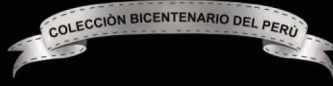




COLEGIO DE INGENIEROS DEL PERÚ



CASCOS BLANCOS



FRANSILES GALLARDO

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

CASCOS BLANCOS

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

CASCOS BLANCOS

Fransiles Gallardo

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



COLEGIO DE INGENIEROS DEL PERÚ

COLECCIÓN BICENTENARIO DEL PERÚ



COLEGIO DE INGENIEROS DEL PERÚ

CASCOS BLANCOS

© Ing. Fransiles Gallardo Plasencia

© Dibujos: Stalin Alva

Primera edición digital: diciembre 2023

Editado por: © Colegio de Ingenieros del Perú – Consejo Nacional

Av. Arequipa 4947, Miraflores

www.cip.org.pe | Telf. 445-6540/446-6997

Directiva Nacional del Colegio de Ingenieros del Perú (2022-2024)

Ing. María del Carmen Ponce Mejía – Decana Nacional

Ing. Segundo Eduardo Reusche Castillo – Vicedecano Nacional

Ing. Marco Antonio Cabrera Huamán – Director Secretario Nacional

Ing. Jaime Antonio Ruiz Bejar – Director Tesorero Nacional

Ing. Jesús García Melgarejo – Director Prosecretario Nacional

Ing. Norman Jesús Beltrán Castañón – Director Protesorero Nacional

Derechos reservados

ISBN N° 978-612-49148-6-7

Hecho en el depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2023-12753

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores y el autor.

El Colegio de Ingenieros del Perú no se verá afectado por el contenido de la obra. En consecuencia, el autor es responsable ante cualquier controversia o conflicto de interés.

Publicado en el Perú

Las historias contadas en este libro, son recopilaciones de relatos de personas reales en diversas zonas, algunos nombres fueron cambiados para respetar y proteger la integridad de cada una de ellas.

Las opiniones expuestas en este libro son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente reflejan la posición del Colegio de Ingenieros del Perú.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

Cascos Blancos
ingenieros del mundo
generadores del estar bien.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

*Los temporales, las ventiscas,
las inclemencias, las incertidumbres,
nada conmina, nada detiene
al ingeniero constructor.*

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

PRESENTACIÓN

El Colegio de Ingenieros del Perú, tiene el gran honor de publicar la obra titulada CASCOS BLANCOS, escrita por el Ing. Fransiles Gallardo Plasencia, en el marco de uno de nuestros fines institucionales, como es el de promover la investigación en las diversas especialidades de la ingeniería; divulgar y publicar los avances, obras y trabajo de sus autores.

Ser ingeniero en nuestra patria se ha convertido en una profesión peligrosa, ser ingeniero empresario en el Perú es doblemente peligroso. Son miles de ingenieros de diversas especialidades de nuestra orden, quienes, en los últimos años, han sufrido el acoso, la intimidación, el secuestro, la extorsión y hasta la agresión física y emocional de parte de supuestos gremios de construcción civil en el Perú.

Mediante los medios de comunicación masiva y en las redes sociales nos informamos de diversos casos, donde las obras de construcción se convierten en botín económico de estas bandas y de peligro inminente para nuestros colegiados.

Las estadísticas son alarmantes y los números lo demuestran.

Es por eso, que cuando leímos el manuscrito CASCOS BLANCOS de nuestro colegiado Ingeniero Fransiles Gallardo Plasencia, tuvimos la certeza de que es un tema de actual realidad, que sufren y soportan miles de colegas en las diversas obras, que se construyen en todos los rincones de la patria.

Los relatos de este libro son también una denuncia; pero también nos permite aplaudir la fortaleza, la sagacidad, la capacidad de negociación y de enfrentamiento de nuestros

colegas ingenieros ante los diferentes tipos de amenazas, extorsiones y secuestros que han sufrido y se dan en el país.

El ingeniero Fransiles Gallardo no es desconocido dentro de nuestro Colegio de Ingenieros del Perú.

Años atrás, nuestra institución tuvo la gran distinción de publicar sus creaciones literarias tales como: Entre Dos Fuegos, Historias de Ingenieros en el 2007 donde relata acontecimientos de nuestros colegas en la época del terrorismo de Sendero Luminoso y Puka Yacu, Río de sangre en el 2014 donde en un lugar de la selva peruana los ingenieros relatan experiencias frente al narcotráfico peruano y colombiano y la posterior represión policial militar.

Además, el año pasado 2022, el ingeniero Fransiles Gallardo Plasencia obtuvo la Primera Convocatoria de la Colección Bicentenario del Colegio de Ingenieros del Perú con su investigación Kumpy Mayu, La Primera Gran Obra de la Ingeniería Peruana.

A nombre del Colegio de Ingenieros del Perú, le damos la bienvenida a CASCOS BLANCOS, invitándolos a reflexionar y a buscar soluciones frente a las extorsiones individuales y colectivas, que desangran a nuestros colegas y a las empresas de la construcción civil, también.

Ing. María del Carmen Ponce Mejía
Decana Nacional
Colegio de Ingenieros del Perú

LOS EXTORSIONADORES DE CONSTRUCCIÓN CIVIL Y LOS CASCOS BLANCOS

Nuestro país enfrenta un grave problema relacionado con la falta de valores morales, éticos y, por tanto, la criminalidad en su conjunto, representan una realidad alarmante.

Dentro de la ingeniería de la construcción y de edificaciones, uno de los muchos tipos de delitos existentes es la extorsión, el cual se ha convertido en una situación casi cotidiana con las consecuentes secuelas que este delito conlleva.

Por causa de este grave problema social, cada día perdemos la libertad, la paz y la tranquilidad, que como una epidemia social; su tratamiento, enfrentamiento y expección, generan gastos individuales, colectivos o empresariales, en la forma de resguardo personal de su integridad física, de los miembros de su familia o de los integrantes de su entorno laboral.

En el país la extorsión se ha definido como un problema grave de seguridad ciudadana.

Informes oficiales señalan que en año 2022 se registraron 13 694 delitos de extorsión y solo en enero del 2023 se han registrado 1 398 denuncias por este delito.

Según versiones de la División de protección de obras civiles de la Policía Nacional del Perú -DIPROC, las tasas de extorsión varían entre el dos y el cinco por ciento de los costos totales de una obra; lo cual genera ganancias a los grupos extorsionadores, de unos 70 mil soles por obra.

En la construcción civil, el fallecido dirigente Mario Huamán, secretario general de la federación de trabajadores de construcción civil del Perú -FTCCP, señalaba que 57 de

los 72 sindicatos paralelos a su federación, son supuestos trabajadores en la construcción y sirven de fachada, para los grupos de extorsionadores que existen en el país.

El ing. Fransiles Gallardo en su obra “Cascos Blancos”, nos trasmite todas las vivencias y casuísticas que pasamos los ingenieros responsables, residentes, supervisores o inspectores (los de los cascos blancos), contratistas o sub contratistas, empresarios o propietarios de las edificaciones, responsables del diseño, la ejecución de obras y las supervisiones de construcción civil, de índole pública o privada, formales o informales; así como los maestros de obra, operarios, oficiales, obreros y proveedores múltiples, que laboran en y para dichas obras, son sometidas al delito de extorsión, con la modalidad conocida como “Pago de Cupos o cupos de trabajo” ya sea por la particularidad de puestos de trabajo o el pago de diversos montos de dinero; aduciendo protección a la obra, o porque la edificación se encuentra dentro de su área de operación o que les corresponde por derecho, o simplemente, por tener la fuerza de la impunidad y la violencia.

En resumen, este libro que es también una obra detalla en cada historia contada, momentos dramáticos, de incertidumbre, dolor o zozobra; de la tragedia de estos pasajes violentos de principio a fin, dejándonos el sabor de la angustia, la impotencia y el desarraigo emocional de los actores de estos hechos violentos.

Pero también es indispensable rescatar el liderazgo y experiencia de estos Cascos Blancos, para manejar los diversos momentos de intimidación y terror, que la violencia de las extorsiones genera y, a la vez, conocer su lado humano, tierno, responsable y generoso para afrontar estos terribles momentos y que nos garantizan que “Obras son Amores y no buenas razones”.

En los tiempos presentes, en el sector de la construcción civil, no solamente se requieren ingenieros con gran experiencia técnica y de gestión; sino que, además, tengan experiencias en el manejo de las diferentes formas de las amenazas y ejecuciones de las extorsiones, convirtiéndose en una variable indispensable, para garantizar que las obras se culminen dentro de los plazos, costos y tiempos planificados.

Felicitamos al ingeniero Fransiles Gallardo; porque este su libro “Casos Blancos”, pone en vitrina y sobre el tapete, un latente problema social de la ingeniería que hemos pretendido soslayar o minimizar.

Mg. Ing. Edwin Chávarri Carahuatay
Presidente de capítulo de ingenieros mecánicos
y mecánicos eléctricos
CD LIMA -CIP, 2022-2024

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



MALOCHO

Los filudos cristales del pico de la verde botella zigzaguean la morena piel de Malocho.

Los virulentos rayos del sol, de este ardoroso verano porteño, reflejan brillantes destellos multicolores, en los fragmentos de los vidrios destrozados.

Sus cortantes cristales, sangran su curtido pecho y desangran su flácido abdomen. Hilillos de rojo oscuro resbalan, dentro de sus pantalones.

Sobre su pecho, un desigual rayado, de un inusual juego de michi, semeja un tablero de ajedrez, mal trazado.

Soy ingeniero supervisor de la remodelación de doce centros educativos, alrededor de la avenida La Costanera. Desde el Colegio Militar Leoncio Prado, hasta los colegios en los temibles y temidos Barracones del chim pum Callao.

- ¡No me dejará sin chamba ingeniero... quiero trabajar! -, grita desesperado Rangel Cavero, Malocho, rasgándose el polo amarillento, sudado y sangrante-, por favor, no me deje sin trabajo ingeniero, - con los ojos llorosos y la mirada abrigada.

Un vaho rancio, podrido, con olor a amoníaco y lija de hierro número 60, ingresa raspando nuestras narices. Son los desagües que fluyen a las calles, formando charcos y cienagas malolientes.

- ¡Malocho, pasa por caja para tu liquidación! -le comunica Aldonado Sisniegas, administrador de la constructora, esta mala noticia.

Es mediodía de este sofocante sábado de marzo, y el calor evapora las aguas servidas de los charcos, que las mamás del barrio arrojan, sobre las desiguales y polvorientas calles, de este bravo barrio chalaco.

Leyendo un papel, el administrador de la constructora dice: Pasen por su liquidación, Alcibiades Ternero, Luciano Parraguez y Charles Flores.

A Malocho, le invade una crisis nerviosa. Sus años de malandro, humo y correrías delincuenciales, en etapa de regeneración, se agolpan en su aún, maltrecho cerebro. Quedarse sin trabajo, es no tener dinero, para el pan del día, los tarros de leche, el kerosene, los lápices y cuadernos, que sus dos chamaquitos reclaman.

-De a verdá, de a verdacito quiero el regenerer, no más vicio mi ingeniero, se lo juro por mi viejita, -prometió con su vozarrón, el día que ingresó a chambear, como ayudante de los pintores.

Las pronunciadas arrugas sobre su frente y los pómulos salientes lo hacen aparentar más edad de la que tiene. Es un zambo chivillo, pero el humo, el terokal y el alcohol metílico, le dan el talante de un hombre de cuarentaicinco.

-Etoy planta, mi ingeniero -reafirmo tamborileando nerviosos los dedos, sobre el bolsillo derecho de su pantalón, como si palpara algo.

Malocho forma parte del grupo de papás del colegio; quienes ingresaron como obreros, en cumplimiento a las estipulaciones del contrato. Dar trabajo a los padres de familia y moradores de la zona.

-Lo que se construya en tierras chalacas, lo harán los chalacos -afirmaron los funcionarios de Corde Callao.

Malocho coloca, una vez más, sobre su propio cuello, el sangrante pico de la botella. Los verdes vidrios reflejan, más intensos, los multicolores destellos, los cuales invaden mis lentes y empañan mi visión.

- ¡Ya dejé el vicio ingeniero, me quiero regenerar y usted me quita la chamba! -grita desesperado-. ¡Yo ya estoy plantao, ingeniero! -con el vidrio presionando su garganta,

amenazando clavársela, en cualquier momento y ante cualquier movimiento.

Sobre los filos del pico de la botella, se han coagulado, algunas rojas gotas de sangre.

Intento acercarme, pero la mirada agresiva de Malocho, me desanima. El temor a una tragedia mayor me desespera. Aun así, avanzo hacia él.

Carlos Alfonso Salazar, el ingeniero residente de la obra, me mira asombrado. Está paralizado. La palidez, refleja las venas verdes de su frente. Despacio avanzo, paso a paso. Son ocho pasos que nos distancian. Una eternidad para transitarlos. Malocho baja el pico de la botella de su garganta y zigzaguea, una vez más, su pecho.

Las luces multicolores de los vidrios resplandecen sobre su piel morena y penetran en mis ojos, haciéndome parpadear. La sangre de su pecho y de su abdomen resbala, manchando aún más, el rojo coagulado de su gastado pantalón de trabajo.

- ¡No me botas ingeniero, tu administrador es malo ingeniero! -grita enronquecido- ¡quieres que vuelva al vicio! -levantando sobre su cabeza, el sangrante pico de la botella.

Camino hacia él.

Malocho a los dieciséis años era un peloterito de las *Barracas*, me cuenta el profesor Henry Torrejón Ordóñez, director del centro educativo, que estamos remodelando.

En una redada, de una neblinosa noche sin luna, la policía se metió violentamente en su casucha. Un asaltante ingresó por la puerta de enfrente, corriendo salió por la posterior. La policía por detrás.

Malocho entró en pánico.

Huyó sobre las piedras de la playa y los guardias civiles, y la PIP, lo correataron a balazos, creyéndolo cómplice u otro avezado delincuente.

- ¡Solo era un niño pájaro frutero!, como todos los muchachos de estos barrios- me ilustra el director del colegio-, rateritos de poca monta, para su humo, para su vicio ingeniero – me dice arreglándose los puños de su camisa celeste.

“La fuerza de la costumbre o la costumbre de la fuerza”, medito silencioso.

Me invita un vaso, con una bebida gaseosa amarilla. La bebo lentamente.

-Se *mechó* a cuchillo con varios policías, pero como eran más, lo redujeron, lo apresaron y le sacaron la mierda, a patadas, a varazos y a puñetazos, ingeniero.

-La normalidad de la anormalidad-, comentó.

Estamos en el patio del colegio, al costado de la asta metálica de la bandera, donde los lunes de todas las semanas, izan el pabellón nacional y los alumnos entonan patrióticos “Somos libres, seámoslo siempre”.

-Coincidencias de la vida, ingeniero -, nos cuenta el profesor Torrejón- cuando lo redujeron, les sacaron la mierda a golpes y le quebraron ocho huesos; estuvo ocho semanas hospitalizado y lo sentenciaron a ocho años de cárcel por agresión a ocho policías.

Lo escucho, asombrado.

-Como los guardias no sabían su nombre y seguramente, por las coincidencias de los ochos y por lo malherido que estaba, le pusieron Malocho y así se quedó para siempre, ingeniero.

En las edificaciones y construcciones, la rotación de los obreros es muy alta. No siempre los que comienzan una obra, la terminan.

Todos somos parte de la eventualidad del trabajo. Hasta yo mismo, como ingeniero residente. Firmo el acta final de entrega de obra y hasta vernos los pastores. Hasta una próxima obra. Si la hay.

Malocho tiene a sus dos hijos, estudiando en este colegio. En el día de la madre, Manolo su hijo de ocho años, delante de todos los alumnos y profesores del colegio, ha dicho: “que buena mamá es mi papá”.

Malocho ha llorado, como los machos.

Desde que se ingresa a la chamba, los trabajadores saben, que su permanencia es temporal y si no lo saben, lo intuyen. Dicen que Malocho lloró como los buenos. Su mujer se fue con otro y lo dejó con sus dos hijos pequeños. Él se hizo cargo. No los abandonó. Se regeneró. Por ellos abandonó la delincuencia. No quería que sus hijos crecieran, sin padre y en el vicio, como él.

Los que van quedando o los nuevos que ingresan, saben también; que cuando la chamba se acabe y sus servicios técnicos no sean necesarios, también se irán.

Malocho con el pico de la botella en la mano, se aproxima, amenazador. Los vidrios emiten luces de colores, que traspasan los vidrios de mis lentes, haciéndome parpadear. Su pecho sangra, su abdomen también. Coágulos, dejan una huella rojiza oscura, que se escurren, pantalones adentro.

Perrocán y Colombino, mis “chalecos” de obra, se ponen delante de Malocho, protegiéndome. Desafiante, los mira. No les teme. No tiene nada que perder.

La ira se refleja en sus ojos, empequeñecidos, por la luz solar.

- ¡Por qué me botas, ingeniero! -grita desesperado-, ¡tengo mis dos hijos, ingeniero! –me reclama.

Son minutos tensos, desesperados. Los trabajadores en silencio esperan un desenlace fatal. Una tragedia, tal vez.

Me aproximo. Sus ojos irradian impotencia y rabia. El pico de la botella da vueltas en su mano. Estoy frente a él. Lo miro. Armándome de un valor inusitado, le palmeo el hombro.

- ¡Ya Malocho, ya pasó!, -con la escasa valentía, que aún me queda.

Se queda inmóvil. Me mira sorprendido, sus ojos se empequeñecen más aún. Inclina la cabeza y baja el brazo.

- ¡Está bien Malocho, tú ganas! -le digo conciliador-, te quedas las cuatro semanas más, que quedan de trabajo -el reflejo del sol empequeñecen mis ojos- pero ya sabes, se acaba la chamba y no hay más, ¿okey? -secándose el sudor, que baja de mi frente, con la tela de mi pañuelo azul.

El zambo chivillo se ha quedado quieto, inmóvil, con la mirada sobre el piso. No dice nada.

De los vidrios verdes, un hilo de sangre se desprende. El pico de la botella cuelga de su mano derecha, como campanilla de seminarista. Inofensiva.

- ¡Perrocan, Colombino!, lleven a Malocho a la posta médica para que lo curen- ordeno- y que le pongan ocho puntos, ¡sobre los ocho cortes que ya tiene! -, digo haciéndome el chistoso.

-Ja jajá, ja jajá-, los trabajadores, ríen. Suspiran aliviados. Como yo.

Malocho me mira inexpresivo, no dice nada. Yo suspiro.

Lo toman de los brazos y lo suben a la camioneta, rumbo al Instituto Nacional de Rehabilitación, que está a unas diez cuadras de allí.

Suspiramos, aliviados, todos.

- ¡Una cerveza, ingeniero! -me dice el ingeniero Elizer Romero- tengo la boca seca y los huevos en la garganta, ingeniero.

-Que sean dos -replico.

- ¿Los huevos o las cervezas...?

-Lo que sea ingeniero, pero heladas- le contesto, limpiando los vidrios de mis lentes.

UNA MANO, ESA MANO

Una huesuda mano, nerviosa y presurosa, resbala de abajo hacia arriba, debajo de la minifalda negra.

Una violenta mano, de arriba hacia abajo, rasga el aire. En reversa.

Exhibiendo sus impresionantes muslos y cimbreando las caderas, Rosabell Monasterio detiene su caminar en la esquina de los bancos. El semáforo pinta de rojo a la avenida Principal. Alrededor de una carreta de emolientes; trasnochadores y afanosos madrugadores se disputan vasos de maca, cuáquer con manzana, leche con café y otros menjunjes. Son las seis y media de la mañana. Desayunan. Esperan la llegada de los buses y colectivos, que los transportarán hasta sus centros de trabajo y los devolverán doce horas después.

Mueve su húmeda cabellera y gotas de agua resbalan sobre su espalda. Mira a la derecha y a la izquierda. El semáforo aún está en rojo, se detiene.

Inesperada, una huesuda mano asciende intrépida, entre sus recién jabonados muslos. Se desliza impúdica, entre las mitades de sus exuberancias, tras la huella del hilo dental. Esa huesuda mano se pierde, cuesta arriba por su espalda baja; mostrando al viento, la hermosura de sus largas piernas y la majestuosidad de sus glúteos poderosos.

Asombrados ojos. Excitadas miradas. Pechos agitados. Labios lujuriosos. Un ¡Oooohh! de admiración y sorpresa, se escucha. Rosabell Monasterio, instintivamente, al sentir su intimidad violentada gira ciento ochenta grados sobre la estructura de sus tacones.

Babeante, lujurioso y cadavérico, Belisario Benites la mira con los ojos desorbitados y la calva incipiente. Una

grotesca mirada de satisfacción, de deseo consumado. Un orgasmo interno de deseo satisfecho. Su dentadura postiza sonríe por el atrevimiento. Lo ha intentado antes. Le faltaba valor “pronto llegará el día de mi suerte”, hoy por fin.

La mano derecha de Rosabell Monasterio, se eleva hacia arriba, violenta resbala hacia abajo. Rasga el aire, estrellándose sobre el arrugado rostro. La violencia del impacto debilita su estabilidad. Su artrítico cuerpo cae sobre la vereda, golpeando su espalda. Su boca sangra. La dentadura postiza aprisiona sus mandíbulas.

- ¡Párate, viejo miserable! -grita exasperada- ¡Quiero ver qué tan hombre eres!, ¡Párate animal! -le recrimina.

Belisario no se mueve. Sorprendidos los espectadores enmudecen. Nadie dice nada. Silencio. Las bocinas de los autos suenan en la avenida. Se inclina. Lo toma por el pecho. Lo levanta como a un muñeco de tela.

Es Belisario Benites, jubilado de las empresas eléctricas. Tiene mujer, cinco hijos y tres nietos. La boca sangrante y el terror dibujado en los ojos. No dice nada.

-Señorita...-se escucha una voz entre la multitud- Ya está bien, señorita, déjelo ya.

Rosabell está furiosa.

- ¿Que lo deje, dices?, ¿Y si fuera tu mujer o tu hija a quien le metieran la mano, dirías lo mismo?, ¡Ah!?, ¡Dimel!, ¿Dirías lo mismo!? -

Varios transeúntes se detienen, para enterarse del alboroto, con sus bolsas de papel en las manos, muchachas que salen de la panadería, se arremolinan.

- ¡Qué quieres conmigo! – grita indignada-.

Belisario Benites está paralizado. Entiende lo que ha sucedido, pero el pánico lo invade. No calculó la violenta reacción, su mirada lo traiciona. Nadie puede ayudarlo, menos salvarlo.

Rosabell se inclina, desabrocha el cinturón de cuero, y con el mismo, le propina dos soberbios correazos. Lo balancea, ante la atónita mirada de los transeúntes.

- ¡Viejo miserable- hondeando la correa- ¡Con esto no me vas a sentir ni cosquillas, viejo animal! – dice burlona y con rabia.

Mira al miserable. Levanta su zapato de tacón y le propina, violenta, una patada. Su cuerpo se estrella contra el piso de cemento. Queda tirado contra la vereda de la calle, boca abajo. Se sacude las manos, revisa su cartera. Mueve su cabellera alborotada, se acomoda el polo rosado y la minifalda negra. Gira en redondo y su minifalda se eleva, exhibiendo sus preciosas piernas.

- ¡Qué mujer! -se escucha, entre los circunstanciales espectadores, como un susurro, que dispersa el viento.

Se abre paso entre la gente. Se dirige hacia la esquina, cimbreando sus jóvenes años de palmera y sus ciento setentaiocho centímetros de belleza exuberante. Levanta un brazo. Detiene a un taxi y se pierde por la avenida.

Es la arquitecta del Estudio “Formas y Reformas, Arquitectura y Construcción”. Jefa del Proyecto del Edificio Multifamiliar de 20 pisos y 4 sótanos “Verde Vida” y trabaja en el Diseño del proyecto Remodelación Arquitectónica Integral de la Plaza de la Bandera.

Por diversas formas, motivos y canales, los tres últimos meses, el Sindicato de Construcción de Breña y Pueblo Libre la ha amenazado; exigiendo cupos de trabajo y contratos de obras, para darle seguridad y dejarla trabajar en paz.

Una de las exigencias, de entre otras tantas es, “un par de horitas en un hotelito cuatro estrellas, para arreglar las cosas como gente adulta y, de paso, tratar el temita de los cupos de trabajo y la protección para sus obritas”.

Es el Zambo Suñe, secretario de organización del sindicato de construcción de La Huaca, hijo adoptivo de Belisario Benites.

Ni más menos.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

CEVICHITO DE A DOS SOLES

- ¡Ingeniero, ingeniero, lo buscan, ingeniero! -Es la enronquecida voz de Filiberto Contreras, el guardián de la obra de remodelación integral que hemos iniciado, hace una semana, en Santa Anita.

Sudoroso y agitado se aparece en la puerta de la oficina de triplay y calamina, luego de haber saltado zanjas y los montículos de tierra, acumulados por el *bobcat*, en el extremo derecho del terreno.

- ¡Llegaron, ingeniero, llegaron! -me dice desde la puerta-. Son tres sindicatos que vienen por sus cupos, ingeniero, ¡son tres! -, jadea nervioso.

Le pido que se calme. Yo también estoy alterado.

-Lo que tenga que suceder, que sea hoy y no mañana, Filiberto- lo conforto.

Camiones cargados con materiales de construcción, ingresan.

- “*Al mal tiempo dale prisa*”, decía mi padre.

En unos días, comenzaremos las excavaciones profundas.

- “*Si por allá llueve por acá tampoco escampa*” -me acuerdo de las vicisitudes de mis amigos ingenieros, en otros lugares de la patria y en las mismas circunstancias.

Las extorsiones y secuestros de las obras.

Son las once de la mañana de un abril, de la primera década de la nueva centuria y el sol brilla, con un calorcito de veintidós grados.

Los sindicatos de construcción civil de la Carretera Central se anoticiaron del inicio de los trabajos de remodelación de los ambientes de la ex Ecasa, la Empresa Comercializadora del Arroz; que en los años ochenta del

siglo pasado, manejaba políticamente, la comercialización y distribución del arroz, en nuestro país.

Los seudo sindicatos de construcción de la Carretera Central, se disputan los cupos “como en una carnicería” de trabajo, en las obras que se ejecutan dentro de la zona.

- ¡Cuándo carajo terminará! -comenta muy disgustado Peter Bizarros, estudiante del último año de Arquitectura. - ¡Nos tienen cojudos! -, es mi asistente de obra y quien controla los cronogramas de avance, las valorizaciones y los planos de replanteo.

- ¡Vienen a joder y a pedir plata, Píter! -le comento indignado.

Camino lentamente, hasta la puerta de ingreso a la obra, pensando, en las decisiones a tomar.

Es una práctica común. Invisibles obreros que cobran por no trabajar. Y encima, cobran por joder.

“Mejor colorado un día, que pálido toda la vida”, me digo, dándome ánimos.

Benigno Romero, mi guardaespaldas, se acomoda el chaleco. En la cintura coloca su pistola de seis tiros, “para lo que tenga que suceder, ingeniero”, me dice, resignado.

- ¡Róger!, ¡Nicasio!, ¡los necesito! -Son mis obreros de confianza-. ¡Llegaron esos hijos de puta! ¡Ahora comienza el baile! -, llamándolos a grito pelado.

Armados con fierros de construcción y una pata de cabra cada uno, se colocan detrás de mí.

“La avalancha del río hasta aquí nos trajo, asustados, embarrados y jodidos; pero saldremos, jodidos, asustados y embarrados, pero saldremos”; me digo, dándome ánimos.

Filiberto, el guardián de la obra; armado con un cuartón de madera, abre la puerta.

Una treintena de acaloradas y violentas voces, me reciben.

No es la primera vez, que me enfrente a estos sindicalistas. Algunas malas experiencias, en estos últimos años, hemos tenido ya.

Flanqueado por mi personal de resguardo, levanto la mano y pido silencio. No usarán la violencia, hasta no haberme escuchado.

De a pocos, las voces se silencian. Es la ley del extorsionador.

- ¡Soy el ingeniero Fernando Velezmoro! -grito para que me escuchen. - ¡Quiero saber qué quieren! -exijo a los amotinados.

Mis chalecos están atentos, ante cualquier agresivo movimiento. Están cuajados en estos menesteres. Nos hemos defendido mutuamente, en varios aprietos.

Un cuarentón, moreno, alto y vestido con un viejo polo granate, se acerca mostrándome un carné, colgado del cuello.

- ¡Ingeniero, soy Marcial Huamanticas, dirigente del sindicato de construcción civil del sector H de Ceres de Ate, y usted sabe, ingeniero; que esta obra nos pertenece... queremos su colaboración, ¡ingeniero!

Lo miro. Nos miramos. Nos medimos.

De un extremo del grupo, se escucha otra voz.

- ¡Él es un dirigente *trucho*, ingeniero! -un flaco larguirucho, con paso desgarbado se acerca hasta donde estoy-. ¡Yo soy el subsecretario del sindicato del sector 3 de Santa Anita y, por lo tanto, esta obra nos pertenece porque está dentro de nuestro territorio, ingeniero! - levantando el puño, amenazador.

Los del sector H, responden con gritos, ofensas y consignas. Se insultan.

- ¡Nosotros somos los verdaderos dirigentes de construcción de Santa Anita! -grita una voz de otro sector de

la turba-. ¡Ustedes no son nadie, no representan a nadie..., traidores, coimeros, asesinos! -grita esa anónima voz.

Las agresiones verbales mutuas, se intensifican.

A través de mis lentes, los observo en silencio. Aguzo mi atención para analizar lo que sucede. Necesito presentir un probable desenlace, para determinar la actitud que debemos asumir.

- ¡Cállense vendidos! -grita la voz de un cholón alto y grueso, quemado por el sol. - ¡Ustedes no representan a nada ni a nadie! ¡Son impostores, ingeniero! -por su porte parece obrero llenador de techos.

- ¡Yo soy dirigente del sindicato de construcción civil de la Carretera Central y, por lo tanto, nosotros conduciremos esta obra! -arenga a sus compañeros.

“¡Viva el glorioso sindicato de construcción civil de la Carretera Central!”, “¡viva!”, “abajo los traidores y coimeros!”, “¡abajo!”.

Más vivas, insultos y provocaciones.

Los otros grupos reaccionan, gritando. Contestan una agresión verbal con otra agresión mayor. Cualquiera se cree con derecho a secuestrar y extorsionar a nuestra obra. Esta la que estoy construyendo como ingeniero residente.

“Desde cuando estos huevones son ingenieros y controlan las obras” -le comento a Nicasio; quien golpea sobre su pierna derecha, el fierro de construcción, listo para defendernos.

Las réplicas y contra réplicas, se escuchan y a grito limpio, se insultan: “¡traidores!”, “¡sinvergüenzas!”, “¡fuera de aquí!”, “¡coimeros!”, “¡de aquí no salen vivos!”, “¡asesinos!”.

Los empujones estallan. Los empujones entre los grupos rivales se inician. Si no hago nada; en un momento, se desatará una batalla campal, con heridos y de repente, algunos fríos también y yo no quiero ser testigo de nada.

- ¡Cállense carajo! -grito- ¡Si quieren matarse, fuera de mi obra!

Enmudecen. Los ánimos se aquietan. Me miran sorprendidos, como diciendo “¿y este de cuatro ojos qué se cree?”.

Se juntan a mí alrededor. Puedo sentir a través del vaho del verano, el tufo de los alcoholes consumidos, la noche anterior.

Eso activa mi cerebro.

Son tres pseudo sindicatos, que quieren controlar nuestra obra. La extorsión es un gran negocio, sin la mínima inversión.

Miro alrededor midiendo las reacciones. Uno de los sindicalistas mete su mano debajo de su polo, como si arreglara su arma. Otros tantean sus muslos, comprobando que los cuchillos, estén en su sitio.

Benigno Romero, mi guardaespaldas, palmea mi hombro, para recordarme que está allí, para resguardarme.

Se me prende el foquito.

- ¡Voy a hablar solo con un dirigente de cada sindicato!
- mi autoridad.

Filiberto, Roger y Nicasio me miran sorprendidos. No entienden que pasa, pero están allí, para protegerme.

De los tres grupos, salen tres dirigentes. Se acercan a mí. Me rodean.

¡Pasen! -les digo, mostrándoles la puerta de la obra.

Ingresamos. Filiberto cierra la puerta. La tranca con un cuartón de madera. Afuera, el bullicio continúa.

-Bien muchachos- les digo en tono paternal-, saben que no puedo hablar con los tres, ni puedo llegar a un acuerdo con los tres -mirándolos a los ojos, uno por uno-. Ustedes tres se creen dueños de esta obra que yo dirijo y no es así y lo saben- les aclaro.

Me miran sorprendidos.

- ¡Voy a hablar solo con uno de ustedes!, ¿está claro?, ¿o no hay trato?

Se miran entre ellos. No saben qué hacer, ni qué decir, ni como decidir.

- ¡Déjense de huevadas, con uno o con ninguno! - argumento, firmemente.

Están sorprendidos. No esperaban una reacción así. Aprovecho el momento.

- ¡Benigno! -le ordeno a mi guardaespaldas-. ¡Muéstrales a estos cojudos, que nosotros, también sabemos negociar...!

De la parte posterior de su pantalón, Benigno Romero, ex infante de la Marina de Guerra del Perú, extrae su pistola Beretta, cargada con seis tiros.

Coloca el cañón, en la frente del gordo Marcial Huamanticas del grupo H y lo rastrilla. El gordo suda.

“Tranquilo, con eso no se juega, primo”.

Se dirige al larguirucho de la Carretera Central y se la coloca en la sien.

“Putá, no te pongas nervioso, compadre”.

Al moreno del sindicato de Santa Anita, le pone la pistola en el pecho, a la altura del corazón.

“No bromees compadre”.

Están sudando.

- ¡Así que son gallinas! -me burlo-. ¿No que eran bien machos? -, todo cachaciento- Un poco más y se orinan en sus pantalones. Gracias Benigno, gracias, guarda tu fierro - palmeándole el hombro.

Los miro y sonrío. Están desconcertados. Miran al suelo, me miran de reojo.

Del bolsillo derecho de mi descolorido jean, saco mi billetera y extraigo un par de billetes azules, de cien soles.

La incertidumbre baila en las pupilas de esos tres pares de ojos.

- ¡A dos cuadras de aquí, hay una cevichería! - flameando los billetes-, se comen una fuentecita de ceviche a mi nombre o de seguro van a la carretilla de la esquina y se comen un ceviche de a dos soles y se toman unas *cbelas* heladitas, para curar su resaca. ¿Qué les parece? -mirándolos sonriente y burlón.

Por experiencia propia sé. Que por una cerveza heladita que nivele los alcoholes y amaine el ardor de la resaca de la borrachera de la noche anterior; a cualquier arreglo se puede llegar.

-Ah, se ponen de acuerdo y viene uno, solo uno y si no viene ninguno, mejor -reafirmo.

Flameo los billetes, como banderines, delante de esas caras sedientas y desesperadas.

Se miran. No dicen nada. Me miran intrigados. Se les hace agua la boca. Asienten con la cabeza.

- ¡A ver, a ver! ¿Quién de ustedes es el más honrado? -pregunto, ganador.

El larguirucho extiende la mano y toma los billetes. Dan media vuelta. Caminan hasta la puerta. Se van.

-Gracias, ingeniero-

Afuera los gritos, consignas y protestas, continúan.

Suspiro aliviado. Mis guardaespaldas, me miran sorprendidos.

-Muchachos -pregunto-, ¿alguien se resiste a un cebichito y a unas cervecitas bien heladas? -suspirando. - Y más aún con este calor.

Extraigo el casco blanco de mi cabeza y se lo entrego al vigilante, para que lo guarde.

- ¡Tampoco nosotros, muchachos vamos por un cevichito de ley! -dirigiéndonos a la salida.

Es hora del refrigerio.

Han pasado dos días y los tres dirigentes de los tres sindicatos de Construcción Civil de la Carretera Central, regresan.

- ¡Ingeniero, ingeniero!, lo buscan los dirigentes de la vez pasada -es la enronquecida voz de Filiberto Contreras, el guardián de la obra.

Me coloco el casco blanco. Filiberto va delante. En silencio, preocupado.

-Buenos días, ingeniero -me saludan, a coro.

Los miro, detenidamente. Uno a uno. Intentando adivinar las respuestas a su presencia.

-Queremos conversar con usted, ingeniero- me dice el larguirucho dirigente de la Carretera Central- pero los tres -en tono serio.

Los miro con desconfianza.

-Primero un cebichito, ingeniero y después hablamos, ja jajá -ríen a coro.

Yo sonrío, desconfiado.

-La hizo linda, ingeniero -me comenta bajito Benigno Romero, mi guardaespaldas, palmeándome el hombro.

Entrego mi casco blanco al vigilante para que lo guarde. Me acomodo el cabello. Salimos de la obra.

Cruzamos la carretera central toreando a los chosicanos, doblamos a la derecha, caminamos un par de calles. El sol cae a plomo. “El Pulpo marisquero” está todavía vacío.

Nos sentamos, en la mesa del fondo.

-Es hora de conversar -les digo.

-No hay prisa ingeniero-riendo, el larguirucho sindicalista.

-Primero un cevichito y una cervecita para el calor, ingeniero -me dicen a coro.

-Ya que insisten -contesto, pensando en las condiciones que pondrán.

La fuente de ceviche mixto con mariscos está al frente nuestro. Está apetecible y digerible.

Levantado su vaso, el flaco y larguirucho, me dice:

-A su salud, ingeniero, nos agarró redonditos. Tiene clase ingeniero, ¡salud!

Los miro, expresando fingida sorpresa.

-Gallo viejo con el ala mata, ingeniero -comenta riendo el otro dirigente.

-Si ustedes lo dicen muchachos por algo será - saboreando la espuma de la cerveza helada.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

EX OBREROS, LOS RIVALES

-Si algo me pasa, ingeniero, el Jesús Payrazamán es el culpable -me advierte, rojo de ira y de miedo, Rosendo Calderón-. Si a mí o a mi familia les pasa algo, nadie más que él, será el causante.

Algo sabía de sus controversias y de sus roces. De sus desavenencias sindicales, algunas cositas me habían contado. No pensé que esa rivalidad, culminara en amenazas de muerte entre compañeros de trabajo, en la misma obra y con el mismo salario “en el mismo lugar y con la misma gente” y bajo mi dirección.

Dicen que otorongo no come otorongo, en fin, “*no todo es orégano en el cerro*”, decía mi padre y todo puede suceder en las viñas del Señor.

Uno es miembro del Comité de Seguridad de Obra, del Complejo Habitacional que construimos en Trujillo. El otro es delegado del Sindicato de Construcción Civil de la obra.

Rosendo Calderón es operario fierrero y Jesús Payrazamán es operario encofrador. Uno termina su chamba, para que comience el otro o viceversa. Entre ellos coordinan tiempos y actividades, para no entorpecer el trabajo, ni retrasarlo y cumplir todos, con el cronograma de avance de obra planteado, por mí, como ingeniero residente.

Todo comenzó, cuando una ráfaga de balas, disparadas desde una *station wagon* blanca, hicieron añicos los vidrios catedrales de la puerta y la ventana, de la casa de Rosendo Calderón, en la calle Los Floripondios, en El Milagro.

Es el alba, de una friolenta mañana trujillana. Son las cinco y cuarto de mañana. Aún duerme, con Angelina, su mujer. En los otros dormitorios dormitan su hijo, Ángel, de

recién cumplidos cinco años y su hija Patricia, de cara redonda y cabellos trenzados, de diez.

El ruido de las balas y de los vidrios rotos cayendo sobre el piso de cemento, lo despiertan, violentamente. En polo y calzoncillo se levanta, aturdido; sin saber exactamente lo que está pasando. Abre la puerta de su dormitorio y corre hacia donde se encuentran sus hijos. Plácidos los pequeñuelos, quietecitos duermen, sin enterarse de nada.

Una bala ha perforado su retrato matrimonial, astillando el vidrio y traspasando el cartón fotográfico. Una redonda huella, del tamaño de una moneda de diez céntimos, ha quedado impregnado, sobre el saco del terno azul de su retrato.

- ¡Jesús, conchetumadre, hijo de la gran puta! -grita desesperado.

Para él, es un mensaje implícito.

Amontona los vidrios rotos esparcidos sobre el piso de cemento, con una usada escoba. Angelina lo mira llorosa y sorprendida. No entiende lo que pasa, lo abraza. Se abrazan. Se confortan. Lloran.

Abre la puerta que da a la calle y el frío de junio, le golpea la cara curtida por el sol y el tiempo. Mira a la derecha y a la izquierda, tratando de descifrar lo sucedido. La neblina del amanecer, le impide una mayor área de visión.

- ¡Vecino, vecino! -lo llama don Damián Escurra, quien vive a dos puertas de su casa. - dispararon desde un auto blanco, vecino...-dice nervioso y aturdido. No sé en qué estará metido vecino, pero cuídese, que nos joden a nosotros.

La llovizna moja la calle. Las luces públicas de los postes aún están encendidas. A dos cuadras, un ruidoso mototaxi se aleja. A una cuadra más allá, un perro ladra.

-Gracias veci...-se queda con las palabras en la boca. Solo escucha, *braamm*, el metálico ruido de la puerta, al cerrarse.

Los dos trabajan en la obra, pero son de dos gremios sindicales rivales. Dos de los tantos grupos extorsionadores de Construcción Civil, que abundan en Trujillo y sus alrededores.

Rodrigo Bohórquez, gerente general de la Constructora CFG&BC Contratistas Generales SAC vino desde Lima, para negociar directamente, el pago del cupo “para protección”.

-En este clima de delincuencia e incertidumbre laboral, creo que negociar es lo mejor para todos, ingeniero – me dice tratando de convencerme, acomoda sus lentes de carey.

-A lo que hemos llegado, don Rodrigo, pagar para trabajar- contesto consternado.

-Lo sé, ingeniero –dice a manera de explicación, - es una huevada ingeniero, pero qué mierda podemos hacer, espero que, con este arreglo usted trabaje tranquilo, nosotros también y esos hijos de puta no jodan más.

Yo también, espero que así sea. Afirmo con la cabeza. No queda otra alternativa. Estamos sometidos a la extorsión de la delincuencia organizada. Las empresas de construcción, no sabemos qué hacer, ni a quién recurrir. Estamos en la cornisa. Negociar o sucumbir.

¡Ya lo sabe, ingeniero -Rosendo se lamenta desesperado-! ¡Esos mierdas del sindicato del Payrazamán me quieren matar, ingeniero! -dice angustiado.

Nuestra empresa ha negociado con Rosendo Calderón, secretario de organización del Sindicato de Trabajadores de Construcción Civil de la zona norte de Trujillo. Diez cupos para sus obreros desocupados, incluido él.

A Jesús Payrazamán y al Sindicato de Construcción Civil de La Libertad, este trato, no les cayó nada bien.

- ¡Nos aprimeraron esos pendejos, carajo, pero ya verán, poquito les durará su risita -protestan mal intencionados! - Caro, muy caro lo van a pagar, ¡conchesumadres! - han amenazado.

Circunstancias de la vida y del trotar por las chambas, en diversas provincias del país. Sucede que yo conozco a los dos. Pero ellos no lo saben. Trabajaron conmigo en dos obras distintas, en lugares distantes y en tiempos diferentes.

Eran mis peones. Jesús trabajó conmigo en la pavimentación de la carretera a Lurín y Rosendo en la construcción del Centro de Salud de Carabaylo en Lima.

Eran los inicios de la primera década del dos mil y los sindicatos de construcción civil, empezaban la lotización distrital de la ciudad de Lima; para extorsionar selectivamente y secuestrar a las obras, financiadas por organismos públicos y privados.

Independientemente, los dos formaron parte de varios sindicatos.

La competencia por el dinero sin trabajar se estandarizó entre los sindicatos. Para hacerse de las obras, necesitaban gente brava, con el soporte de fierros cortos y largos, “para parar y pechar” las broncas sindicales.

En Lima, no eran ni fuertes ni poderosos. Eran simples peones de construcción.

-Acá no la hacemos cuñao, estamos cagaos - tomándose la sexta cerveza de la tarde-, regresemos a nuestro sitio, compadre, a nuestro barrio, a la capital de la primavera, primo -palmeando, piden dos cervezas más, a la azafata de las cimbreantes caderas, que los atiende.

Hicieron chin chin. Brindaron por un futuro mejor. Juraron trabajar siempre juntos y nunca chocar, con la chamba del otro. Otro chin chin prometiendo “un sencillo

nunca nos separará, hermano lindo”. Un abrazo fuerte. “Prometer hasta meter, una vez metido, se olvida lo prometido”, decía mi pata José “el chino” Tomás.

Fueron hasta Fiori, se treparon a un bus interprovincial de “quince mangos” y amanecieron en Trujillo. A las 10 de la mañana, estaban de vuelta en su natal y movido distrito de La Esperanza, en el barrio de El Milagro.

-El negocio está limpiecito y aquí la hacemos linda - abrazándose. - ¡Amigos y socios por siempre! -jurándose “amor eterno” extorsionador.

Recorrieron las calles. Invasión de las municipalidades. Recabaron información de las obras y de los montos presupuestados y por cobrar. Formaron, cada quien su sindicato. Dos sindicatos extorsionadores paralelos de construcción civil.

- “Pa’ controlar más mejor las obritas, papá”.

Con la experiencia sindical conseguida en sus diferentes chambas en Lima; con la información obtenida y procesada, de pesquisas y seguimientos; comenzaron “la chamba operativa”.

Amedrentar a los ingenieros, fácil, “los llamas por teléfono y les dices que conoces a su mujer, a sus hijos, dónde estudian, qué hacen, etc., etc.”.

A los gerentes, igual, “les metes miedo y si se ponen machos, les dejas una corona de flores, con una tarjetita en la puerta de su casa y asunto arreglado”.

En Trujillo son los “menes”. Controlan varias obras. Extorsionan a varios ingenieros. La plata les llega fácil.

-Ingeniero Valencia, buenos días -me saluda satisfecho Rodrigo Bohórquez, gerente general de la constructora- hemos ganado la licitación para la construcción del complejo habitacional en Trujillo -me comunica por teléfono-. Es por la salida a Laredo y lo

necesitamos como nuestro ingeniero residente –, una mañana de la segunda semana de abril.

Han pasado tres semanas desde que llegamos a Trujillo y estamos implementando las casetas para las mesas de trabajo y las computadoras, los almacenes para el fierro, ladrillo, tuberías y demás materiales, baños y otros ambientes para la obra.

Estamos elaborando la proyección presupuestaria y definiendo la ruta crítica constructiva del proyecto; el abastecimiento de materiales, equipos y la logística necesaria, con mi ingeniero asistente y la aprobación del ingeniero supervisor de la obra.

Hemos iniciado las excavaciones y el vaciado de las zapatas, de las primeras columnas y las vigas de cimentación.

- ¡Ingeniero Valencia! -me saludan dos voces, a la vez.

Los miro sorprendido. Estoy rumbo a un restaurant cercano para almorzar. Ellos ríen, como quienes se reencuentran, con alguien muy conocido.

No los recuerdo mucho. Mi memoria trata de ubicarlos. Son tantos años, tantas obras, tantos obreros, tantos nombres, tantos rostros, tantos lugares del país.

La sorpresa es también para ellos. No sabían que me conocían, ni que habían trabajado conmigo. Una sorpresa, también para mí.

Con un shámbar de por medio en una picantería cercana y en una amena charla, me recuerdan, cada uno por su lado; las épocas, los sucesos, los buenos y malos tiempos y los trabajos realizados.

También a los maestros de obra, a los dueños y gerentes de las empresas de construcción y las anécdotas con las gentes de las chambas.

-Se acuerda inge, cuando llenando un techo en Carabayllo se rompió un pie derecho y casi se cae el techo

enterito y usté comenzó a gran putear a todo el mundo, ja jajá”-

-Tú culpa pue huevón, uniste dos palos viejos, en lugar de poner uno nuevo.

Los dos me ofrecen protección, seguridad y resguardo para trabajar.

-Y esa vez, inge en Lurín, cuando se subió al cargador frontal a esparcir afirmado y terminó en media ladera, jajaja.

-El suelo cedió y me iba ladeando, bajé la lampa y salté; esa vez me *cagué* de miedo, jajajá.

Me cuentan de sus proezas y hazañas con las obras y los cupos de construcción en Trujillo.

Los dos me reafirman su compromiso sindical.

-Unos cuantos cupos, ingeniero; por los buenos tiempos y todos felices, ingeniero- conciliadores-, si no somos nosotros, otros van a querer cagarlo, ingeniero -saboreando un cabrito a la norteña-. Nosotros ya nos conocemos, ingeniero y siempre podremos conversar-, argumentan- como la buena gente que somos o no lo somos, ingeniero, jajajá -piden una jarra con una chicha de jora, para asentar el almuerzo

- Salú con chichita en poto, ingeniero -brindando Rosendo.

- Para que ese cabrito no se vuelva cabro, jajajá -riendo, complementa Jesús.

*“Llaman al guardia si
quieren,
pero yo no pago el poto
una cosa es que lo use
otra que yo la haya roto”*

Tarareo el famoso tondero piurano.

-Qué buena inge, tenía su estilacho y su guardadito inge, salú, aunque ya esté roto, ja jajá, el potó, ja jajá.

Son las risas y carcajadas del reencuentro.

-Gente de arriba de la empresa está viendo el tema, muchachos -les digo en confianza, - espero contar con su apoyo cuando los necesite, muchachos y creo que será muy pronto, okey -despidiéndome.

Un abrazo y a esperar lo que suceda, finalmente.

Rosendo Calderón está asustado. Esas balas no son broma. Probablemente, algo terrible y doloroso se avecina.

-Si estás seguro de que fue el Jesús, ¡denúncialo a la policía! -le digo enérgico. - ¡Pide garantías para tu vida! - firmemente, por la gravedad del momento.

Me mira asustado. Sabe que no puede hacerlo. Tiene anticuchos fuertes y graves. La policía lo detendría y de frente a la “chirona”. Está pedido. Salir de cana le costaría tiempo y plata grande. Significa también, quedar fuera del negocio.

- ¡Rosendo -le digo mirándolo seriamente-, toda tu mierda con el Jesús lo arreglan fuera de la obra! - acomodando la montura de mis lentes.

Me mira sorprendido. Más asustado, aún.

- ¡Arréglese o mátense, es su problema, no es mío! - digo firmemente, - ¡Mátense! - corroboro muy molesto-, ¡pero bien lejos de la obra! ¿Está claro, Rosendo?

El sol, entre la neblina, se aparece. Los obreros se mueven, el ruido de las mezcladoras de concreto y los carretilleros, apresuran el paso, transportando el concreto. Volquetes ingresan varillas de fierro, ladrillos, arena, piedra chancada. Todo se amontona.

Se inicia otro día de jornada y estoy cansado. No dormí bien anoche. No es el cansancio por la chamba. Es la incertidumbre en la cual vivimos. Es la depresión del entorno. Ya lo viví antes.

“No está muerto, quien aún pelea”, animándome. Con mi casco blanco sobre la cabeza, chequeo los niveles de los trazos. Con mi libreta de apuntes en la mano, camino lentamente.

¿Con cuántos muertos y heridos terminará esta obra? No lo sé, adivino no soy, comento en voz baja, pensativo.

Una amistad de tantos años, por un poco de dinero, en tragedia terminará, me lamento.

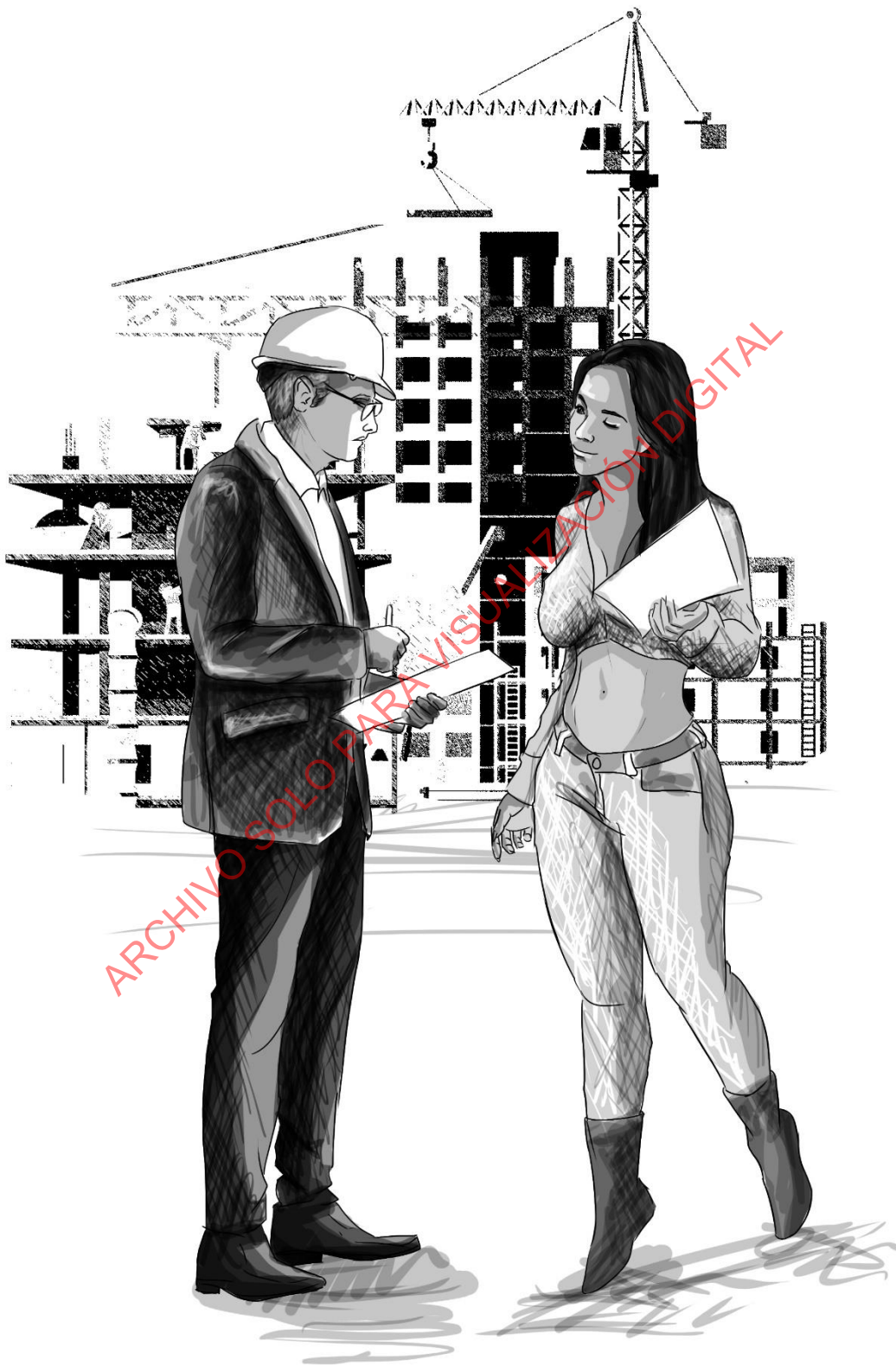
En fin. No me pagan para lamentarme ni para pensar en el futuro de otros. No soy astrólogo, soy ingeniero. Para eso están los genios de los escritorios.

La chamba tiene que continuar.

El ingeniero supervisor de obra, me llama para verificar los trazos y llenar el cuaderno de obra. Avanzo hacia él.

Rosendo y Jesús, entre el ruido de las máquinas, vociferan. Mueven las manos. Se amenazan.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



LA FIORE

- ¡No te metas con mi hombre! -trueno chillona la voz de la Fiore. - ¿Quién te has creído que eres, negro feo? -hay fuego en su mirada. - ¡Te lo advertí! -la ira reflejada en su gesto peligroso.

Juanelo Juárez desde su metro ochentaicinco de estatura, con un montón de cicatrices en los brazos y, un amplio prontuario delictivo; tontamente sonríe. Semeja a un niño atrapado, queriendo travesuras. No contesta.

En la parte posterior de su pantalón de dril desgastado y, envuelto en una hoja de periódico, esconde un filudo cuchillo.

-No te pego negro feo -mirándose las manos-, porque me malogro las uñas y hoy quiero estar linda, para un churro muy especial, ¿me oíste?

Tomándolo por la correa del pantalón, levanta violentamente su rodilla golpeándolo, en la entrepierna.

- ¡Auuuhhh! - se escucha en medio del bullicio de la calle.

En los alrededores, los trabajadores observan asombrados y silenciosos.

-Esta noche voy a salir con mi hombre - abofeteándolo con una pañoleta de colores, que ha extraído de su bolsillo posterior.

-*Dicupa* Fiore -contesta humillado, - *mequivoqué*, no lo reconocí. Fiore, *dicupa* Fiore -la mirada pegada al piso, derrotado.

Con una sonrisa nerviosa, como quien se encuentra, entre el temor y la derrota, el negro Juanelo, da media vuelta. Agachada la cabeza y arrastrando sus pasos, se pierde por las

descascaradas veredas, del temible barrio de San Judas Tadeo, en el Callao.

En el momento del atraco, chequeaba la correcta instalación de las tuberías de PVC para los medidores de agua; que tres cuadrillas de trabajo instalan en las calles de este temido barrio.

Mostrándome un filudo cuchillo de cocina de treinta centímetros, el negro Juanelo pretendió asaltarme. Probablemente, no sabía quién era yo y, si lo sabía; pensó que unos billetes extras, "pal vicio", no le vendrían mal.

De tres saltos, la Fiore, se interpuso entre los dos.

- ¿Verdad que hoy salimos, mi ingeniero? - Me dice entornando sus ojos. - hoy le salvé la vida, mi ingeniero, me la debe- me sonríe coquetamente.

Lo miro. La Fiore hace un gesto de desaprobación con la boca y se aleja de puntillas, camina cruzando las piernas, como si estuviera en una pasarela, aun con el suelo desnivelado.

-No te olvides que necesito el inventario de las válvulas de media pulgada y de tres cuartos, para ayer, ¿me escuchaste?, ¡para ayer! -le digo, en tanto, continúo con mi trabajo de verificación de la nivelación con Alejandro Pizano, mi topógrafo.

Lanzando piedritas a las zanjas, la Fiore se dirige al almacén de materiales, dentro del corralón de las calles Mantaro y Leguía, colindante, con las pedregosas playas de la Costanera.

Estamos ejecutando la instalación de la red de agua, desagüe y alcantarillado de diez cuadras de la avenida Costanera y de sus calles transversales, por un concurso público, convocado por el Gobierno Regional del Callao y de Sedapal.

Permitirá el mejoramiento de la calidad de vida, de los habitantes de esta deprimida, marginada y agreste zona habitacional chalaca.

Ojalá nunca más.

Se vean aguas servidas en medio de las calles. Fétidos líquidos, fermentados por el canicular sol de los veranos.

No más.

Oxidados cilindros que almacenen agua no potable para cocinar. Pagar veinte soles, por cilindro de agua de regadío sin clorar; para beber, bañarse y lavar su ropa.

No más.

Precarios silos, construidos con maderos viejos, calaminas rotas y humedecidos triplays.

No más.

Niñas, adolescentes, varones y mujeres, haciendo sus necesidades fisiológicas, sobre los cantos rodados de la playa, que luego, arrastran las olas, mar adentro.

Soy pueblo.

Cargué baldes de aluminio, llenos con agua desde la acequia grande, para beber y cocinar. También hice mis necesidades, entre los cañaverales y las chacras cercanas a mi casa. En mi pueblo.

Conozco sus carencias. Las viví. Las sufrí. Las soporté. Me emociono como ingeniero, me conmuevo como hombre. Es mediodía. Contemplo, el vaivén de la espuma del mar.

Miro alrededor la pobreza que me rodea. Desconfiados rostros. Belicosas miradas. La muda protesta de la gente, que sufre, sin quejas ni lamentos.

Desde que nacen, en su chip cerebral grabado tienen, que esta es su vida. Que esto es lo que el destino les tiene reservado. Que es lo que han conseguido. Que es la vida que se merecen.

Una barriada de lágrimas, que, a pesar de todo, tal vez valga la pena ser vivida.

Pienso en mi pueblo y su río, regando playas y pueblos hasta llegar al mar. Imagino a esta gente ribereña del océano, como mis paisanos poblanos.

Bien vale el esfuerzo de la gente que trabaja conmigo y el mío. Bajo los treinta grados de este achicharrante sol veraniego, sudando a chorros; haciendo de su trabajo, lo mejor.

El anhelo de prosperar, para ellos y su descendencia.
La nostalgia me invade.

-Estás triste ingeniero -susurra una voz a mi espalda-, ¿puedo hacer algo para consolarte?

Es *la Fiore*. El guardaespaldas asignado por el Tío Dulanto.

El tío Dulanto, es un viejo *choro plantao* de la Costanera. Ha tenido más tiempo en *cana*, que en libertad. Es el *faiete* de esta zona brava del Llauca. Es el respeto del barrio. Es quien impone la autoridad, en una zona de todos y de nadie. Él es, quien decide lo que se hace, lo que sucederá.

- ¡Nadie lo joderá, mi ingeniero! -Fueron sus palabras de bienvenida, hace varios martes atrás; al bajar de la camioneta, para conversar con él.

-Es el Corleone de la Costanera, ingeniero -me dijeron algunos conocidos de la zona-. Hable con él, es el men del barrio -me recomendaron.

Terminados los discursos y los aplausos por el inicio de los trabajos y la colocación de la primera piedra; se enrollaron las banderolas. Las camionetas con las portátiles se fueron. Los patrulleros sonando sus sirenas y levantando polvo, desaparecieron.

Las autoridades, enrumbaron a festejar el acontecimiento “con un cevichón en el Cherres y unas

cervecitas, para bajar el picante porteño”, en un almuerzo ya previsto.

Los policías, de tres en tres o de cuatro en cuatro “nerviosones” y mirando en todas las direcciones “con sus fierros en modo disparo” y conocedores de lo peligroso de esta zona, se marcharon también.

Después del bullerío y los redobles de la banda de músicos, todo volvió a la normalidad, “no pasa na, causa, ya fue”.

Me he quedado solo, en medio de cientos de pares de ojos, que me miran al acecho. Es un mediodía caluroso, de asfixiante humedad.

Solo, en el medio de un barrio calificado por la policía, de altísima peligrosidad “si no sales vivo, sales calato”, dice la tradición, las malas lenguas y los historiadores chalacos.

-Uté es buena gente, mi ingenierito -mostrándome sus cuatro dientes amarillentos y esbozando una sonrisa-, ¡uté viene a hacer cosas güenas po nosotros y eso se valora! - tomándose a pico de botella, un líquido amarillento.

- ¡Naides lo tocará mi ingenierito, ni los malandros, ni los palomillas, naides le joderá la vida, ingenierito! - saboreando el trago, sin etiqueta ni fecha de vencimiento-, ni a uté, ni a su gente, ni a sus cosas, ni a sus máquinas, ni nada -entregándome la botella para beber un trago.

-Cualquier cosita na má, miavisa y lo componemos ¡Salú ingenierito!

Es Luis María Purizaga Dulanto, “el tío Dulanto”; quien me da su bendición y bienvenida.

Bebo un trago. Me quema la lengua, la garganta, el esófago y me retuerce el estómago. Es el pacto entre caballeros. Es el precio de la seguridad.

Lo miro agradecido. Mi vida y la de mi gente, está en sus manos y en las de la Fiore, también.

-Mañana vengo con mi gente, don Dulanto, le agradezco su apoyo -el trago, aún me raspa.

-No se preocupe de nada, mi ingeniero, naides le faltará, -mostrándome sus brazos llenos de cicatrices, huella de los cortes de sus tiempos de delincuencia brava-. Naidés lo joderá, ni esos chuchas de construcción civil, asomarán su culo por acá.

Camino por las polvorientas calles de las barracas. Algunas, ni siquiera nombre tienen. Pero si decenas de ojos “me aguaitan” por las rendijas de las casuchas, hechas de tablas superpuestas, pedazos de cartón y calaminas oxidadas.

Detrás de mí, está la Fiore.

- ¡Me respondes con tu vida, sobrino! -le advirtió serio y amenazador.

Se llama Ricardo Miguel Castillejo Benegas y es producto del humo, el abandono, la pobreza y la marginalidad, de quienes viven en los barracones.

Desde los seis años se dedicó al hurto, el cuadro y al pandillaje, para sobrevivir.

Es un barrio, donde se impone la ley del más fuerte. Desde chibolito aprendió a mecharse y a usar la chaira, como los buenos. Para defenderse, de los malandrines de su barrio y de barrios vecinos, quienes venían “por sus mujeres, el control de la pasta, el poder y el arrebato”.

Al cumplir los catorce años, tenía un par de caneos en su prontuario; pero por ser menor de edad, no podían recluirlo.

Era uno de los bravos de San Judas y daba la vida por su gente, por su barrio. El tío Dulanto siempre lo defendió. Se defendieron. Se tenían ley.

Desde adolescente empezaron sus problemas de identidad sexual. Se enamoró de Maycol el “coloradito de la calle Canadá y el más bacán de ese barrio”. Se desató su homosexualidad.

Se vistió de mujer, se dejó crecer su crespa cabellera; se puso tacones, se pintó los labios, se colgó una cartera y fue hasta el barrio vecino.

Se mechó, con las mujeres que se le acercaban y, a cuchilladas, con los malandros que lo querían cuadrar. Lo persiguió, lo protegió y lo conquistó.

Fueron felices un par de años. Días más, días menos. Chambeaba para él. Hacía lo que el deseara. Era su adoración. Su primer gran amor.

Una madrugada de marzo, Maycol amaneció muerto, con dos balazos en la espalda. Tirado, sobre el cemento de una esquina, del temido jirón Loreto.

La Fiore se desconoció. Enfureció. Se puso al borde de la locura. Buscó al Gerson, el asesino de su Maycol, “el bravo de Loreto”, celoso por una blanquita quinceañera de Chucuito, le disparó a traición; lo asesinó una noche de junio, a una cuadra de su casa.

Sin decirle una sola palabra, lo cosió a puñaladas.

La sentenciaron a seis años en la cárcel. En el penal de Lurigancho aprendió a mechar mejor y, en poco tiempo, se convirtió en jefa de su cuadra, protegido por *el serrano*, el capo del pabellón B. Era su favorita. Eso, le dio nombre y poder.

Desde hace dos años está en libertad. Está plantado. Ya no le entra, ni al humo ni a la delincuencia. El Tío Dulanto lo protege. Se protegen. Se necesitan.

- ¡No permita que le salga el hombre a la Fiore, mi ingenierito, ja jajá! -me dice riendo el tío Dulanto-. ¡La Fiore es bien brava, es temible y mecha como los buenos, ja jajá! -carcajeando.

Con un polo negro, un jean azul y las manos entrelazadas, la Fiore mira al piso. Solo escucha.

- ¡Serás el chaleco del inge, Fiore! ¡Tú me respondes por él! -con el rostro serio y adusto-. Sin mariconadas, Fiori,

que el hombre es serio -con la mirada cómplice-. Ahora si el ingenierito quiere algo contigo, no respondo, ja jajá - sacándose los residuos de comida, con un palito de fósforos; de los pocos dientes, que aún le quedan.

Desde esa mañana, la Fiore siempre está detrás de mí. Todos los días con la camioneta, me recoge a las siete y media de la mañana, de la avenida Dos de Mayo y me regresa a las cinco de la tarde, para tomar mi movilidad.

Han pasado algunas semanas y ya conoce la chamba. Aprende rápido. Es hábil. Chequea niveles. Controla los avances de campo. Conecta tubos de PVC para agua y desagüe. Es un obrero más.

Es octubre y el sol del mediodía de la primavera chalaca, provoca calores y sudores.

De una bodega, sale una morena de unos veintiocho años, moviendo sus impresionantes caderas; vestida con una minifalda floreada, que resaltan sus muslos firmes y excitantes.

Sobre su torso, un polo naranja, deja al descubierto, la magnitud de su escote; sus senos prominentes y la morena piel, alrededor de su ombligo redondo.

- ¡Ingenierooo, ingenierooo! -camina saltando sobre sus tacones, entre los montículos de tierra, amontonados al costado de las zanjas.

Apresurada, se dirige hacia nosotros.

- ¡Un favor ingeniero, un favor! -sonriendo, alegremente.

La Fiore revisa, wincha en mano, la profundidad de un buzón. Escucha que me llaman y da un salto, como de dos metros, se coloca delante de la ampulosa muchacha de cabello ensortijado.

La Fiore, le aprieta de los hombros, zarandeándola.

- ¡Con mi ingeniero no te metas, perra desgraciada! - los obreros detienen su trabajo.

- ¡Ni tus tetas ni tu culo van a provocarlo, ¿me oíste? - sorprendidos, como yo. - ¡Ya lo sabes, con él no te metas! - los maquinistas no quieren perderse el chisme-. ¡Es mi hombre y nadie se mete con él! -los vecinos han salido a sus puertas por la bullanga. - ¡Me escuchaste, perra!

Me interpongo entre ellas. Las interrogo con la mirada.

- ¡Ay, ya Fiore, perdón, no es para tanto! - arreglándose el cabello castaño oscuro. - ¡Tampoco es de tu propiedad ¿o sí? -provocadora. - ¡El inge está buenazo, como para devorarlo, papacitooo!

La Fiore se le va encima. La detengo.

-Tranqui, Fiore, tranquila -reprendiéndola.

La morena sabe lo que tiene y lo que marca. Mueve su alborotadora cabellera ensortijada, coqueta y provocadora. Mordiendo sensualmente su labio inferior, sonríe.

- ¡Eres una perra maldita y te voy a matar! -grita *la* Fiore.

Me interpongo, una vez más, entre las dos, pidiéndoles calma.

-*Ay Fiore, Fiore*, amiga, solo quiero pedirle un favorcito al inge, y a ti también, es para mí Charly, - arrastra las sílabas, sensualmente.

La Fiore, la mira de pies a cabeza.

-Acaba de salir de Maranguita y quiero que se ponga a trabajar, ¿tendrán algo para él?

La morena entorna sus ojos negros, por el reflejo del sol primaveral. Se acomoda la faldita floreada y con su voz de gata en celo, me dice:

-Si me hace el favorcito, ingeniero -frunciendo sus labios pintados de rojo fuego-. No sabe lo agradecida que estaré con usted, mi ingeniero -mordiéndose el labio inferior

- Y dispuesta a devolverle el favorcito, como usted quiera, mi ingeniero -mueve cabello negro retinto.

La Fiore está furiosa, echa humo; hay fuego en sus ojos. Se miran, sus ojos despiden rayos láser, midiéndose, como gatas encrespadas. Se temen, se conocen.

-Si es para tu Charly, sí -contesta la Fiore-, pero ya sabes ¡No te metas con mi hombre!, ¿entendiste, perra? -la amenaza.

Se alzan de hombros. Se dan la espalda. No se miran.

Ya es mediodía y los trabajadores de la obra, guardan sus herramientas para salir a su refrigerio. Es hora del almuerzo. Yo también, más que hambre, tengo sed.

-Bien chicas, se acabó el pleito, les invito unos refrescos bien helados, para que hagan las paces ¿okey?

Se miran, se sonríen, se conocen. Son del barrio. Saben quiénes son.

Escoltado por las dos, nos dirigimos hacia la bodega del Tío Dulanto. El tío se ha ganado con toda la escena.

Mostrando sus dientes amarillentos, ríe. Con un enrollado periódico viejo, se distrae matando moscas. Nos sirve tres Inca Kola personales, bien heladas y una para él.

- ¡No le dije, mi ingenierito, *la Fiore* es brava, bien brava! -me comenta orgulloso.

La morena, mira con deseo contenido, a las cervezas en el refrigerador.

-Lo lamento -les digo- las chelas bien al polo norte, para otra vez serán -tomando a pico la gaseosa- hay que chambear todavía -raspándome la garganta por la sed.

De mala gana, *la Fiore* y la morena asienten, moviendo la cabeza. Decepcionadas.

-Si pues, para otra vez será -murmuran.

CÁNEPA

Miro el reloj y sus manecillas marcan las cinco de la tarde. Las veredas de la avenida Grau son un hervidero, con sus necesidades y sus negocios, sus prisas y sus problemas personales. Igual que yo.

La neblina y el crepúsculo aparecen.

Entreverado, dentro de un montón de apresurados transeúntes, cruzo por el pasaje peatonal, sobre la polucionada y congestionada avenida.

Una interminable fila de triplay, clavados sobre postes de madera, limita las áreas de trabajo que sirven también, de cercos de seguridad para la protección de los viandantes y curiosos; quienes sobre puntas de pies y estirando sus cuellos, quieren “matar el tiempo”, chismoseando cómo trabajan los equipos de perforación y en qué se ocupan las decenas de cascos de diferentes colores y la maquinaria, que opera dentro y fuera de la obra.

Rugen los tractores y los cargadores frontales, excavan cientos de metros cúbicos de tierra. Una interminable fila de volquetes de diez neumáticos, entran y salen, llevando el material acumulado y desmonte generado. Otros volquetes ingresan, acumulando toneladas de material de préstamo, para afirmar las bases y sub bases de este viaducto.

Se está construyendo la vía expresa “solo pa’ los micros y ómnibus del público, papá”, desde la plaza Miguel Grau hasta el Hospital Dos de Mayo, que incluye la construcción de seis puentes vehiculares de concreto armado, sobre las calles y avenidas transversales.

Soy uno más, entre la jauría y la multitud, encerrado, en esta selva de cemento.

Cruzo la avenida, doblo por una de las calles de la primera cuadra, a espaldas de Polvos Azules. En la esquina, prostitutas de diversas edades, tamaños y sexos ofrecen sus servicios. Los vendedores ambulantes venden de todo y por todo. A media cuadra de lo que era un gran cuartel militar, un local cinematográfico exhibe películas pornográficas, todo el día y con una sola entrada.

A dos cuadras está Capeco y allí me reuniré, con Cesítar de la Cruz Santa para conversar sobre algunos cursos libres, que dictaré en el instituto dedicado a la formación y capacitación de la construcción, en la ciudad capital.

Es agosto. La humedad del viento de la tarde se cuela bajo mi camisa. Tengo las manos metidas, dentro de los bolsillos, de mi vieja casaca marrón.

Por los alrededores se han abierto restaurantes, bares y puticlubs al paso. “Un sol la barra, pase, pase, un sol, cinco chicas calatitas en la barra ¡Un sol la barra!” promocionan los negocios, muchachos de gorro. Viejos rostros, con chalinas alrededor del cuello, reparten volantes.

Por entre las luces azuladas, de una de las tantas cantinas de la cuadra, Chacalón suena a todo volumen:

*“Soy muchacho provinciano,
me levanto muy temprano,
para ir con mis hermanos
a trabajar... a trabajar”.*

La canción invade mi nostalgia y disminuyo el ritmo de mis pasos, para escucharlo mejor.

*“No tengo padre ni madre
ni perrito que me ladre,
Solo tengo la esperanza de progresar...
ayayayay... de progresar...”.*

La letra de la canción me ha puesto nostálgico. Mi corazón se encoge por la melancolía. La tristeza y los recuerdos se anudan en mi garganta y la saliva se atraganta.

Ojalá pueda lograrlo, carajo -me digo a mí mismo. Mi paladar exige una cerveza.

- ¡Ingeniero Galíndez, ingeniero, ingeniero Galíndez!
-desde el interior de un barcito de luces brillantes, gritan mi apellido.

Me paro de golpe y giro hacia la puerta. Una figura gruesa y con los brazos abiertos se dirige hacia mí, dispuesto a abrazarme; con la confianza de quien me conoce, desde hace buenas temporadas.

Hago memoria. Miro su cara, su figura. Trato de definir algún rasgo que lo identifique, su voluminoso abdomen, su porte,” ha trabajado conmigo en una de las obras”. Intento ubicarlo en mi espacio memorístico, “no lo recuerdo exactamente, ¿en cuál y dónde?”, me pregunta. “La memoria, esta bendita memoria”, me recrimino.

- ¡Soy Cánepa, ingeniero! -ríe, abrazándome. -
Trabajé con usted instalando medidores en los cerros de Chorrillos. ¿Se acuerda?

Claro. Ahora lo recuerdo. El Gordo era uno de los jefes de los siete grupos, con quienes instalamos, ciento cuarenta mil medidores de agua potable, en las zonas altas de Barranco y Chorrillos, por un contrato con Sedapal.

- ¡Que tal Cánepa, ¿cómo estás? -respondo al saludo y al abrazo.

- ¡Después de tantas lunas! -mirándolo de arriba hacia abajo. - Vaya, vaya, por lo visto la vida no te ha tratado mal. ¿Y ahora en qué andas? -le pregunto.

Las luces multicolores me ciegan por un momento.

-Pase inge, pase -tomándome del brazo, - unas cervecitas y un piqueito y le cuento lo que quiera, ja jajá, ingeniero, qué chico es el mundo, ¡carajo!

Saco mis lentes. Froto mis párpados, para que mis ojos se adapten al cambio de la luz y a la semioscuridad.

En una rockola antigua, de luces resplandecientes y señales parpadeantes, suena el Grupo Guinda:

“tomaré para olvidarte... para no pensar en tíiii”

-Venga inge, le presento a mi gente.

En una esquina del bar y con una ruma de cervezas, cuatro contertulios beben y conversan a gritos, para poder escucharse a través del bullicio musical.

- ¡Muchachos! -eleva la voz para que lo escuchen. - ¡Les presento a mi ingeniero! - palmeándome el hombro, orgulloso.

Nos acercamos; jala una silla de otra mesa, me invita a sentar.

- ¡El ingeniero Galíndez, muchachos, es un tipazo! ¿O no, ingeniero? Trabajé con él hace tiempo, por los cerros de Chorrillos -, a manera de explicación.

Dejan de conversar. Me miran. No logro reconocerlos, las multicolores luces del local me lo impiden.

Les doy la mano, uno por uno.” Ingeniero, hola, que tal. Ingeniero, muchachos, como están”.

Arrastro una silla de madera, me siento.

Cánepa, palmeando las manos, llama para que lo atiendan. Presurosa una muchachita se acerca. Las luces moradas y negras hacen brillar las pupilas de sus ojos y traslucen, el blanco color de su brassiere.

- ¡Seis chelas para mi ingeniero, mamita! Por los buenos tiempos, inge. ¡Y no me diga que no, inge, que me enojo!, ja jajá.

Reímos. La conversa se reanuda.

- ¿Y qué es de la vida de los Águilas, de los charapas, inge, de los tíos Saldanas, en qué andan, qué están haciendo? ¿Siguen en la construcción?

Le digo que sí. Que me aparté de la empresa para hacer mi tesis y graduarme de ingeniero civil.

-En esa época era *bachiche*, nomás, ja jajá.

Orgulloso, les muestro mi plastificado carnet del Colegio de Ingenieros del Perú, con mi foto y mi número de registro.

-Ahora soy Ingeniero de verdad -les digo riendo-, y colegiado y habilitado, por siaca, ja jajá.

La mesera sonriendo y brillantando sus dientes; coqueta, coloca una botella de cerveza delante de cada uno. Inclina su pecho con movimientos sexis. Hasta mí, llega su perfume sudado, barato, pero agresivo.

-Gracias mamita -moviendo las caderas, se da media vuelta. Las luces negras le dan un color azulado, a su diminuta tanguita blanca, debajo de su minifalda negra.

La ronda es, de botella y vaso, para cada uno.

- ¡Así es *más mejor*, ingeniero! -me explica uno de los amigos de Cánepa. - Así, cada uno responde por su botella, ingeniero -arrastrando las sílabas por el efecto de las cervezas bebidas, -eso de girar el vaso es una cojudez, ingeniero -sirviéndose un vaso de su botella-, después, unos toman más y otros menos. Así, más mejor, para que no haya discriminación. Que dice usted, ingeniero, ¿Está bien o está mal?

Me sirvo un vaso de cerveza y lo saboreo, lentamente. Las burbujas de la espuma brillan, con las luces multicolores del bar.

- ¿Se acuerda, ingeniero, cuando esos chuchas de San Gregorio nos robaban nuestras herramientas? -me pregunta Cánepa.

-Si claro, como no me voy a acordar, ya nos tenían cojudos con la robadera -le contesto, bebiéndome otro trago.

A cada operario, le dejábamos sus materiales para cada medidor. Siete bolsas de concrelisto para el vaciado del piso, tubos de PVC, sus aditivos y pegamentos. Una maleta negra de plástico con su kit de herramientas, que incluían sus llaves, combas, martillos, desarmadores, alicates y demás accesorios para la chamba.

Mientras los operarios, agachados excavaban o realizaban las conexiones domiciliarias de agua; se aparecían los fumones, choros y ladronzuelos de la zona y a la carrera, se llevaban las carretillas con los materiales, las cajas de herramientas o lo que encontraran, a la mano.

Cuando el operario se daba cuenta, la carretilla ya no estaba y si lo veía, gritaba a viva voz “choro, choro”, los vecinos solo miraban y el ladrón corriendo, todo lo que sus piernas le permitían, se alejaba cuadradas abajo. La chamba se quedaba a medias y los rendimientos bajaban. Se retrasaban los avances diarios, a veces, hasta se paralizaban los trabajos hasta el día siguiente. Nuestro operador logístico Cesarino Aguilar, rascándose la oreja derecha y maldiciendo con su dejo español, “joder, joder”, se iba hasta la cachina de Huaylas, para recomprar, todo cuanto nos habían robado.

- ¡Salú inge y no se ponga triste, ja jajá! -sacándome de mis cavilaciones.

- ¿Y ahora en qué estás, Cánepa?, cuéntame -le pregunto.

Sonríe y sus dientes reflejan la blancura con la luz negra. Alisa sus trinchudos cabellos, brinda conmigo.

- ¡Han cambiado los tiempos, pe, inge! -chocando su vaso con el mío.

Del bolsillo posterior de su pantalón saca una billetera. Extrae una tarjeta blanca, que se aclara con la luz negra. Me lo entrega. Lo acerco a la luz. Me quito los lentes para leer mejor.

Sindicato de Construcción Civil de Lima Metropolitana
Base El Agustino

Carlos Adalberto Cánepa Casandro
Secretario de Defensa.

Me pongo los lentes. Lo miro sorprendido. Le palmeo el hombro.

- ¿Y esto?, que bien Cánepa, estás que das la hora.

-Ahora soy uno de los fuertes, pe inge –me contesta sonriendo, con un dejo de orgullo y poder.

Chocamos los vasos. Bebo, vaciando la espuma de la cerveza, en un recipiente de plástico azul.

Picando de una fuente de jalea de mariscos, me comenta:

-Aquí en la Avenida Grau tengo mi gente, inge, y la vengo a chequear. ¡Usté sabe, el ojo del amo engorda al caballo, ja jajá!, y el sábado vengo a cuadrar cuentas.

Con lujo de detalles, me comenta, todo lo que su sindicato ha tenido que hacer para imponerse. Se han agarrado a balazos y a fierrazos con los sindicalistas piratas; quienes han querido chocar con ellos y arrebatarnos sus territorios.

Uno de los sindicalistas, “causa firme” de Cánepa, sentado a mi costado, me demuestra que no miente. Saca de su cintura una pistola y la coloca sobre la mesa, haciéndola girar, hasta que se detiene. El cañón me apunta. Lo miro de reojo.

- ¡Tranqui, muchachón! -le digo nervioso. - Guarda tu fierro, que no es a mí, a quien vas a atracar.

- ¡Ja jajá, inge siempre ingenioso, inge, ja jajá! -ríe Cánepa y los otros también. - ¡Ya, ya, guarda tu cojudez, que me espantas a mi ingeniero! - ordena.

La fuente de jalea se ha terminado.

-El ingeniero de Obra de Grau se ha vuelto mi causa, ingeniero, es buena gente y nosotros lo chalequeamos, para que no le pase nada, ni a él ni a su gente -haciéndome salud con su vaso. - Lo protegemos para que la obra se haga en su plazo y sin problemas. ¡Usted sabe, inge, son negocios, solo negocios! -explicándome desde su nebulosa. - Si no somos nosotros serán otros, así llegamos a un buen arreglo con los dueños de la empresa y todos felices. ¡Salú, mi ingeniero!, por los buenos tiempos y porque se repitan -me dice emocionado.

“provinciano soy... forastero soy”.

Los Shapis, en la rockola, suenan estridentes

- ¡Esta chamba es más rentable inge, que sacarse la mierda chambeando de sol a sol, ingeniero! ¡Pero más peligrosa, ingel! -parece resignado. - Cualquier rato nos dan vuelta y no pasa nada, inge -mirando a sus acompañantes. - Dicen que extorsionamos, ingeniero, eso no es cierto -a modo de explicación. - Solo damos protección para que las obras no se perjudiquen, mi inge -llenando su vaso con cerveza.

La joven azafata, bajo el brillo de las luces del salón, ensaya unos pasitos de baile. Mueve las caderas. Muestra el blanco su ropa interior, reflejado bajo la luz negra del local. Los clientes deben consumir. Es bueno para ella, también. Si hay propinas, mejor. Si hay extras, también. Un poco de sexo rápido, mejor.

- ¡Inge, cuando tenga algún problemita con alguno de esos sindicatos huevones, me llama nomás, mi ingeniero y los ponemos en orden! -palmeándome el hombro. - ¡A usted nadie lo jode, ni lo va a joder, mi ingeniero! -no sé si creerle, de verdad.

- Cuando me necesite, me llama nomás, inge -siento seguridad en sus palabras. - Aunque sea, solo para un cevichito y un par de chelas, inge, ja jajá -reímos todos.

Miro mi reloj y son casi las siete de la noche. Aún hay compromisos por cumplir.

- ¡A usted no le cobramos nada mi ingeniero! -me reafirma- Solo unas chelas para regar las sequías, nada más, ja jajá -ríó también con ellos. - Usted es derecho, ingeniero y a la gente derecha hay que protegerla. ¿O no?

Afirmo con la cabeza, agradeciendo. Es hora de cantar la retirada.

Sobre la humedad de Lima, anochece.

-Ahí está mi número, ingeniero, para cualquier cosita, no se olvide.

Saco mi billetera y guardo la tarjeta. Por si algún día, la tenga que necesitar.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



COJO BELISARIO

Arrastrando su zapato izquierdo, el cojo Belisario “rengo rengo”, se acerca llamándome a gritos. Reviso el funcionamiento de la mezcladora de concreto, de once pies cúbicos, con la cual, vaciaremos los sardineles de las veredas de la avenida El Sol, en Barranco.

- ¡Ingeniero, ingenierooo! -grita agitado y presuroso- afuera hay unos cojudos con pinta de choros, que están que dan vueltas y vueltas, ¡Sindicalistas no son ingeniero! –

A su paso deja sobre el suelo una raya polvorienta. Está nervioso. Usualmente no es así. Alguna razón debe tener.

- ¡Segurito nos están pasteando esas lacras!, unos joden por chamba y los otros, solo quieren la plata de la gente, -me comenta alarmado.

Lo miro sorprendido.

El cojo Belisario es el guardián del turno de día. Lleva varias semanas trabajando con nosotros. Ingres a las siete de la mañana, y a las siete de la noche se va.

-Gracias Belisario, me comunicaré con la empresa pidiendo protección -le contesto.

Extrae de su jean azul, un cuchillo con empuñadura de tela y lo coloca dentro de su camisa. Nervioso, sube el cierre de su chaleco.

- ¡Precaución, ingeniero, precaución! -Me dice, agitado.

Desde temprano, frente a la puerta de ingreso, un grupo de sindicalistas de construcción civil, gritan consignas exigiendo cupos de trabajo.

Hemos proseguido con los trabajos del parchado de pistas y veredas de algunas calles de Barranco, Surco y Chorrillos.

- ¡Queremos trabajar! -Vocifera iracunda la turba- ¡Cupos de trabajo! -golpean palos de madera y fierros de construcción, sobre el cemento de la calle- ¡Viva nuestro glorioso sindicato! ¡Esta obra es nuestra! -gritan a voz en cuello.

Hay un grupito, que ni grita, ni arenga, ni protesta. Solo mira, merodea y observa.

Es sábado y es casi mediodía. En una hora, culminará la chamba y los obreros vendrán hasta el almacén, por su pago semanal.

El cojo Belisario ha salido hasta la bodega de la esquina, a comprar unas galletas y con su olfato de choro plantado, me comenta:

-Mejor llame a la oficina, ingeniero -arrastrando su cojera- algo no huele bien por acá.

La camioneta de la empresa, que trae los sobres con el pago de la semana de los 65 trabajadores, ha ingresado a la vía expresa.

Por el teléfono, le comento a mi gerente de nuestras sospechas y de lo que podía suceder. Me dice que, por la seguridad de todos, ordenará el retorno de la camioneta a la empresa. Allí se pagará.

- ¡Belisario, le dices a la gente que en la empresa van a pagar la semana! -le ordeno.

En ese momento ingresa hasta el almacén, una de las camionetas de la empresa, trayendo materiales, herramientas y carretillas. Pedrito Zúñiga, el chofer, cuelga las llaves de un clavo.

-Hasta el lunes, ingeniero -se despide.

-Que tengas un buen fin de semana -le contesto.

Son las dos y cuarto de la tarde y me dispongo a salir. Dejo mi casco blanco sobre la mesa de trabajo. Escucho bulla dentro del campamento. Miro hacia el portón. Unos individuos han reducido al vigilante.

-Abre Belisario -le han dicho- somos de la obra, venimos a dejar las herramientas.

Lo lornearon, cuadraron y no le dieron tiempo a nada. Tres de ellos, corren hacia la oficina donde estoy. No me dan tiempo a hacer nada. Traen pistolas. Tampoco tengo con qué defenderme.

- ¡La plata, conchetumadre! -me amenazan- ¡La plata o te quemamos, mierda! - poniendo la pistola sobre mi pecho.

Por instinto levanto las manos. El pánico me invade. Un calor frío me recorre el espinazo.

- ¡La plata, conchetumadre o eres sordo! -Repiten.

No es el sol del mediodía lo que me hace sudar; es el miedo, de que un dedo nervioso active el gatillo y no pueda vivir para contarlo.

- ¡La plata no ha llegado, el banco recién dará la plata el lunes! -nervioso y tartamudeando, explico.

Se miran sorprendidos. Me miran amenazantes.

- ¡Mientes desgraciado o crees que somos huevones! -Rastrillan sus pistolas- ¡La camioneta ha entrado! – Dicen amenazadores.

-Venía de la obra trayendo materiales -contesto.

El flaco cholón de pelo rapado ordena:

- ¡Revisa adentro rapidito! ¡Si nos mientes te cagaste! -me intimida. - ¡Te mataremos! -, rastrilla su pistola, el miedo me hace temblar.

Al cojo Belisario lo tienen cogido del pecho. Un cuchillo presiona su cuello. Me mira asustado, como diciéndome “¡a cagué”. Yo también estoy asustado.

- ¡No hay nadie, no hay nada, nos mintieron, nos cagaron! -Grita una voz - ¡Puta madre!, el dato era firme, ¡carajo, no puede ser! -dice un rostro negro y cabellera ondulada.

Retira la pistola de mi pecho. Respiro aliviado. La sangre me vuelve al rostro. Mis manos dejan de temblar.

- ¡Si quieren lleven cemento, fierro, tubos o lo que quieran! ¡Plata no hay!

El de polo verde, mirándome con rabia, me advierte:

- ¡Ese billete era para el sindicato! -mirando a los otros- ¡Nos van a cagar! -se lamenta.

Rastrilla su arma, nuevamente.

- ¡Tú debes tener plata ingeniero, desembucha carajo! -me amenaza- ¡Sin hacer huevadas, que te quemó!

Saco mi billetera. Tomo todos los billetes y los entrego.

- ¡Puta madre! ¡Qué misio eres, carajo! -, rabioso vocifera otro de los asaltantes.

El cholón grueso guarda en su bolsillo los billetes y el sencillo.

Mostrando sus armas, retroceden. Abren la puerta de la oficina y a paso ligero se van.

Los delincuentes, saliendo del campamento, le propinan un cachazo en la frente de Belisario, dejándole un hilo de sangre.

- ¡No digas nada, mierda; sino regresamos y te quemamos, ¡cojo *conchetumadre!*

Salen corriendo por el portón del almacén.

Estoy sudando. El sol cae a plomo sobre mis lentes. Mi corazón bombea acelerado. Suspiro aliviado. Una sed inmensa, reseca mi garganta.

-El miedo y la adrenalina deben ser -me digo.

Miro en redondo mi oficina. Cierro la puerta y la aseguro con un candado.

- ¡Sindicalistas o choros, la misma huevada, Belisario!
-Comento frustrado.

El Cojo Belisario me mira avergonzado. Limpia la sangre de su frente con el dorso de su mano, como diciendo, “esto me pasa por cojudo”.

- ¡Serénate, Belisario, que te has puesto verde! -
palmeándole el hombro- ¡Que te pasen el huevo para curarte el susto! Más bien préstame un billete. ¡Nos vemos el lunes!,
-me despido.

Salgo hasta la vereda, doblo en la esquina próxima, camino tres cuadras hasta el óvalo de Barranco. Asustado, miro a los transeúntes que caminan a mi costado. Con recelo y desconfianza a los carros que pasan junto a mí. O a las motocicletas, con dos viajeros y sin casco, también.

Ingreso al primer bar que se encuentra abierto en el Ovalo de Barranco. Pido una cerveza. Me sirvo un vaso lleno, lo bebo de un solo trago. Refresca mi garganta. Mi ánimo se reconforta, también.

Llamo a mi gerencia y les informo lo sucedido. Me dicen que, por allí, todo está bien.

-Tómese unas buenas cervezas a nuestra cuenta ingeniero, para el susto - me dice Diego Gonzalo, administrador de la empresa.

Ingresan dos muchachones. Me miran tomar solo. Me pongo nervioso. Se sientan dos mesas detrás.

-Sindicalistas o rateros son la misma mierda, ¡Salud! -
brindo conmigo mismo.

Han pasado tres semanas sin mayores problemas en el frente de trabajo. Avanzamos con la construcción de los sardineles y la remoción del concreto de las veredas.

-Cumpliremos en el plazo, señor Mendaña -le afirmo al gerente general de la empresa, verificando los trabajos ejecutados. Es fin de semana y en su camioneta recorreremos la obra.

Es lunes por la mañana. Será una semana de intenso trabajo.

Camino hacia la obra. Una foto en primera plana en un periódico a nivel nacional y colgado en el quiosco de la esquina del almacén de la obra reclama mi atención.

Esa foto me trae a la memoria, el rostro y el recuerdo del cojo Belisario. Compro tres ejemplares.

El periódico relata el asalto a un camión de caudales en el óvalo de Barranco y la muerte de cuatro balazos, de un ranqueado asaltante.

El atraco fue a las dos y media de la tarde de ayer domingo.

La foto a página entera, me lo confirma. Es Belisario. Su nombre real es Néstor Cotrina Albuquerque, alias Picho chico.

No era cojo. Se amarraba una tablilla en la parte posterior de su rodilla izquierda, para simularlo. Pichangueaba fulbito con sus compinches los domingos en la mañana. Un ceviche y unas chelas al mediodía, hasta el atardecer.

Tres de los delincuentes fueron atrapados por la policía. Tres de los cuatro, que pretendieron asaltar nuestro campamento.

En la obra, es ya, el comentario general.

Si la policía me llama a declarar. No sabré qué decir.

Nos sorprendió a todos. A mí también. No sé quién lo contrató. Averiguaré.

Meses antes llegando al campamento para hacerme cargo de la residencia de la obra, lo encontré sentado en la puerta del almacén. Todas las mañanas de todos los días, estaba allí. Hasta el sábado pasado; cuando con una palmada en el hombro, me despedí.

Usó su puesto de vigilante para reglar al camión de caudales.

Me pregunto.

¿Por qué no les dio el dato preciso sobre el dinero para los trabajadores de la empresa? ¿Por qué simuló el atraco? ¿Por qué le mintió a su gente? ¿Por qué dejó que de un cachazo le reventaran la cabeza?

Sentado y con las manos en la cabeza, más cojudo que de costumbre, me pregunto y repregunto y no tengo respuestas.

No las tendré. No las sé. Nunca las sabré. Ni cómo preguntarle.

Muerto está.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



COMANDO

-¡¡Buenas tardes, ingeniero!! -me saluda una voz fuerte y rotunda. La mirada al frente y los brazos pegados a los costados, en posición de firmes.

Lo miro asombrado. No es usual que me saluden de esa manera. Acomodo mis lentes metálicos para ver bien y, descifrar de donde viene esa voz militar.

- ¡Soy el coronel de la Policía Nacional Mario Nanoya Valdez! -alto y fuerte para que lo escuchen sus subalternos. - Estoy aquí en representación de mi comando y con mi personal, para desarrollar el curso sobre seguridad en obras; de acuerdo con el convenio suscrito con su institución -con la voz, los gestos y la marcialidad militar.

Estrechándole la mano, lo saludo.

Los treintaicinco oficiales y subalternos de la Policía Nacional sentados sobre las carpetas unipersonales mantienen un absoluto silencio.

Delante de la pantalla, donde se reflejan los audiovisuales de las clases, arreglándome el nudo de mi corbata, les doy la bienvenida. Planteo luego, la dinámica a seguir, sobre el procedimiento del acelerado curso de seguridad en el trabajo, que desarrollaremos.

Todo sucedió muy rápido.

Soy profesor del Instituto de Construcción Civil y luego de dictar mi clase sobre seguridad en edificaciones; una llamada a mi teléfono móvil me informa sobre la urgencia de comunicarme con la Coordinación Académica de la institución. Traspaso la mampara de vidrio templado y, en el mueble semicircular, Barbarita Galdós la menuda secretaria, con su cerquillo de quinceañera, “hace rato que lo esperan, ingeniero”, me reprende, sonriendo.

-Ingeniero Rentería -me saluda Rossina Gómez Sánchez, coordinadora de cursos libres de instituto, sonriendo con sus hoyitos en las mejillas.

Alrededor de su escritorio, seis trabajadores administrativos teclean sus computadoras. Redactan informes y analizan cuadros estadísticos. Al fondo, un televisor refleja las imágenes del circuito cerrado de televisión.

-Buen día, Rossina, ¿cómo estás? -la saludo tendiéndole mi mano. -A tu llamado; cuéntame para qué soy bueno -, devolviéndole el gesto.

Miro alrededor y con un movimiento de cabeza saludo a los trabajadores administrativos. Levantando la mano, algunos me contestan. Los otros velozmente, con diez dedos sobre el teclado, siguen redactando documentos.

-Qué envidia, yo, a las justas tecleo con dos dedos.

Me miro las manos. Sonríe. Recuerdo mis viejas máquinas de escribir Remington y Brother con sus cintas roja y negra y su manija para el carril. Vuelvo a sonreír, nostálgico. La voz de Rossina me saca de mis cavilaciones.

-Un ratito, ingeniero -levantándose de su escritorio-. Llamaré a Cesáreo para coordinar, siéntese, por favor.

Tomo una revista de construcción y me abstraigo leyendo las novedades técnicas y las noticias que detalla.

¡Lo estábamos buscando, ingeniero! -me saluda Cesáreo Cruces con su sonrisa amplia y sus dientes bien alineados. -Le tenemos un reto y esperamos que acepte y no nos diga que no-, palmeándome el hombro.

Me levanto para abrazarlo. Cesáreo, es el responsable de los convenios institucionales.

Semanas antes, habíamos dictado cursos de capacitación para los maestros de obras, de una importante empresa brasileña de la construcción, que ejecuta varios proyectos, en diversas regiones del Perú.

- ¿A quién tenemos que secuestrar con un cuchillo de algodón, Cesítar?, - bromeo.

Sonreímos. Jala una silla y se sienta a mi costado.

Desde su sillón de ejecutiva, Rossina me dice:

-Usted mejor que nosotros, conoce los problemas de las obras ingeniero, que la construcción está en graves problemas, por eso de las extorsiones, los cupos a las empresas constructoras y los sindicatos de construcción civil -me explica de un tirón.

La interrumpo.

-Rossina, ¿estás leyéndome el ensayo que vas a presentar para tu maestría? -. Me mira sorprendida, como diciéndome “no moleste, ingeniero”. Cesáreo sonrío.

- ¡Usted va a ayudarnos, ingeniero! -Poniéndose seria desde su metro cincuenta de estatura. - Usted es residente y supervisor de obras, al menos así dice su hoja de vida, ¿o no es verdad?

- Usted conoce de primera mano, lo que sucede en las obras con los ingenieros, las constructoras y las extorsiones-, entrecerrando los párpados de sus ojos negros.

Afirmo que sí, con un movimiento de cabeza.

- Sabemos que a usted lo han bautizado y rebautizado varias veces, y lo van a canonizar. ¿O me va a decir que no?

Cesáreo desde su metro ochenta, ríe.

Sí pues. Hace unas semanas atrás, en la obra de construcción del cerco perimétrico y la losa deportiva de Centro Educativo Micaela Bastidas, en la ladera del Asentamiento Humano Chavinillo, en Pachacútec, Ventanilla, de la cual soy Ingeniero Residente; dos bandos de construcción civil se agarraron a balazos, por conseguir cupos de construcción.

La gresca dejó seis heridos, tirados sobre el polvo de las calles adyacentes a la obra. Felizmente ninguno de mis

trabajadores resultó herido. Yo tampoco. Estábamos en el interior de la construcción.

-El instituto ha firmado un convenio con la Policía Nacional, para preparar a una unidad especializada en combatir las extorsiones en la construcción -me explica la coordinadora de cursos libres-. Y para eso, debemos capacitar a un grupo de policías en temas de construcción y seguridad en el trabajo -me sigue explicando-, para que ingresen a las obras como prevencionistas de seguridad, -moviendo sus manos expresivamente.

La escucho atentamente.

-Una vez dentro, harán su labor policial; detectando y capturando a los extorsionadores y a los sindicatos, que se dedican a timar a los empresarios -finaliza.

Me mira fijamente, esperando algún comentario. Cesáreo Cruces con su sonrisa bonachona, arreglándose la corbata azul, está expectante.

- ¡Hemos pensado en usted, ingeniero y esperamos que no nos falle! -dicen casi a dúo.

Los miro y sonrío con ellos.

-Siempre hemos confiado en usted, ingeniero -me dice Cesáreo Cruces, palmeando mi hombro.

Desde hace más de tres años dicto cursos libres en el instituto, en seguridad de obra. Son varias promociones de ingenieros, arquitectos y trabajadores de la construcción que hemos capacitado. Ahora trabajan como prevencionistas, en diversas empresas públicas y privadas del país.

El objetivo “Cero accidentes y el mínimo de incidentes, minimizar los peligros, suprimir los riesgos”.

Profesionales de la construcción llegan desde Oxapampa, Huancayo, Barranca y Cañete los fines de semana, para escuchar y participar de mis exposiciones.

-Recuerda, ingeniero -me dice Cesáreo-, ¿aquella vez que usted actualizó a un grupo de ingenieros de España,

Argentina, Chile y Bolivia que venían a trabajar en diferentes proyectos en el país?

Los miro sonriendo. Afirmando con la cabeza.

-Como no recordarlo Cesítar- le digo sonriendo-. Fue extraordinario comparar nuestros niveles académicos y compartir experiencias personales, técnicas edificatorias, procesos constructivos y la legislación laboral vigente con profesionales de otros países y actualizarme yo también, y lo mejor de todo, para para ponerme en onda internacional, ustedes me pagaron.

Reímos.

-Gracias Rossina, gracias, Cesítar -arreglándome los lentes-. A ver cómo es la nuez, explíquenme de que se trata.

Me exponen los detalles, los horarios y los materiales. Me dicen que tengo tres días, para presentar un proyecto de capacitación que durará diez días, con sesenta horas académicas.

El curso se dictará de dos de la tarde a siete de la noche, con evaluación final y certificación académica.

Acomodo mi silla para retirarme. Rossina y Cesáreo, hacen lo mismo.

-Vamos a comunicarle a Patty, que el lunes iniciamos el curso, para que el director lo comunique oficialmente a la policía- Comenta emocionada Rossina.

Caminamos entre grupos de alumnos. Van y vienen por los pasillos rumbo a los ascensores, las aulas o a la cafetería.

Están en cambio de horario.

Atravesamos la puerta de puerta de vidrio templado de la oficina, donde Patty Valdivieso Valdivia desarrolla su trabajo, como coordinadora general del instituto.

- ¡Todo arreglado Patycita -le dice Rossina con una amplia sonrisa-! El ingeniero se encargará de la capacitación de los policías, ¡ya puedes oficializarlo!

Patty levanta los párpados de inmensas pestañas, de entre un montón de documentos que estaba revisando. Retira su sillón de gerente y desde la imponencia de sus ojos negros, nos mira sonriente.

- ¡Bien ingeniero! -me dice acomodándose el dije de plata, que se esconde entre los botones libres, de los promontorios de su blusa de colores-. ¡Sabíamos que no nos fallaría, ingeniero! -moviendo su frondosa cabellera negra, que se esparce por debajo de sus hombros hasta media espalda.

Se acerca a saludarnos.

Patricia es una hermosa y brillante profesional. Ha liderado un equipo logrando la categorización del instituto, ante el Ministerio de Educación.

-Gracias ingeniero -me dice estrechándome la mano.

-Gracias a ti, Patycita -estrechándosela también.

El aire acondicionado refresca el calor de marzo.

- ¡Gracias mi gentita linda, que haría sin ustedes! - bromea con Rossina y Cesareo.

Me acerco, despidiéndome. Rozo su rostro. Su perfume invade mi olfato, es Channel N° 5.

-Hasta el lunes, entonces -les digo abrazándolos.

- ¡Buena suerte ingeniero! -me dicen a coro.

Todas las carpetas unipersonales del aula están llenas de policías vestidos de civil. Al verlos en la calle, nadie sospecharía que son el terror y la pesadilla de los delincuentes del país. Son el Grupo Terna de la Construcción.

En las dos primeras filas están dos coroneles, tres comandantes y cuatro mayores. En las otras filas se mezclan los oficiales y subordinados. Todos puntualitos.

Pongo mi USB en la computadora y el retroproyector visualiza, sobre sobre la pantalla, un video sobre seguridad en la construcción, de un edificio en nuestra ciudad.

Propongo un debate sobre seguridad e inseguridad; no solo en las obras de construcción, sino también de la relación de la policía con la población.

Los videos, PowerPoint, retroproyecciones y explicaciones académicas se convierten en debates comparativos. Las técnicas policiales y las técnicas constructivas. Inmensas similitudes.

En la tercera clase, el comandante Luis Diez Ruiz hace una exposición sobre la forma experimental, de incursión de sus agentes, en los edificios en construcción y las dificultades que tienen dentro de ellas. Para infiltrarse, camuflarse y realizar su trabajo en contra de las mafias extorsionadoras de la construcción.

Con datos estadísticos elaborados por su área de inteligencia; nos ilustra que el año anterior, los enfrentamientos entre las mafias de construcción civil, dejaron treinta muertos y en el primer mes de este año, se han registrado tres asesinatos y diez heridos de bala.

Todas las víctimas eran miembros de alguno de los doscientos sindicatos afiliados a la Central General de Trabajadores del Perú (CGTP), a la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), a la Federación de Trabajadores de Construcción Civil del Cono Norte y a otros grupos desconocidos.

Casi todos reconocidos legalmente.

En las siguientes clases definimos lineamientos, planteamientos, posibilidades y estrategias de desarrollo dentro de las construcciones. Repasamos los conceptos básicos de la Ley de Seguridad y la Norma 050 de Edificaciones. Establecemos funciones dentro de las obras de construcción.

Qué es un IPER, un EPP, un accidente, un incidente, un prevencionista, un AST, la charla diaria de 5 minutos, un EPC, un peligro, un riesgo, etc., etc.

Los gerentes de las obras estarán al tanto de esta estrategia y los ingenieros residentes y supervisores de obra serán los nexos dentro de las edificaciones, para evitar filtraciones e infiltraciones, que alerten a los delincuentes extorsionadores, quienes han tomado por asalto a las construcciones en el país.

Después de diez días, ha finalizado el curso.

Son las seis de la tarde del viernes dieciocho de marzo y el coronel Mario Nanoya, a nombre de su personal, nos agradece por todo lo debatido y aprendido.

Nos reafirma su confianza en la Policía Nacional.

-No todo es malo dentro de la Policía Nacional del Perú; también existimos policías honestos, que nos sacrificamos por la Patria y combatimos a la delincuencia y a la corrupción.

- ¡Crean en su Policía Nacional del Perú! -nos reafirma, cual corolario de su breve proclama.

El presidente del Directorio del Instituto de la Construcción, el ingeniero Roberto Bedoya Wells entrega al coronel, su certificado de aprobación del curso.

Los otros certificados los entregamos, uno a uno.

Nos tomamos las fotos de estilo y el vino de honor.

Al coronel le regalo un par de libros míos, recientemente publicados. Nos abrazamos.

- ¡No le defraudaremos ingeniero! -me reafirma.

-Claro que no, mi próximo general de división-

NEGADO INGENIERO

Son las cuatro y media de la tarde y, un friecillo, húmedo y salobre, arrastrado desde el brumoso mar, invade a las calles de Chucuito.

Al fondo, una densa neblina cubre a las islas del Frontón y San Lorenzo.

-Estoy por la Molina, ingeniero -se justifica Eduardo Paredes, chofer de la empresa constructora Samarin SAC, de la cual soy ingeniero supervisor de obras.

Es verano y desde los ventanales del piso once del edificio de Aduanas, el panorama es impresionante. A la derecha, los barcos y yates de la rada del Callao. A la izquierda, el enlagonado mar de Chucuito y su panorámica vista, hasta el Morro Solar.

He terminado una reunión técnica de trabajo, con un grupo de ingenieros de la gerencia de mantenimiento de las Aduanas del Perú.

-El tráfico en Javier Prado es un desastre y en la Marina está igual -se lamenta Eduardo- no llego para recogerlo, ingeniero, discúlpeme -a través del teléfono celular.

En las gradas de salida, abotono mi saco marrón de corduroy. Acomodo mis lentes metálicos y presuroso salgo a la avenida De la Riva Agüero, para tomar un taxi, que me regrese a Lima por la avenida Colonial.

El frío de mayo punza las articulaciones.

-A Lima no voy -me dice el conductor entradito en años, de una *stations wagon* blanca.

Busco autos o taxis que quieran regresarme hasta Lima.

-Mi ruta es solo mi querido Llauca, míster -me contesta un chofer moreno, desde un auto amarillo.

Buses cremas, con letras negras y naranjas, que transitan por la avenida Venezuela; casi vacíos, pasan frente a mí.

-No tengo autorización para ingresar a Lima, señor - se justifica un moreno de gorrita, desde un Datsun negro-, y para colmo, regreso vacío, ¡Gracias mi estimado, pero no!

En la esquina, una combi que hace la ruta por la avenida Colonial se estaciona, al costado mío, buscando pasajeros.

- ¡Sáenz Peña, Colonial, ¡Dos de Mayo! -se desgañita el cobrador. - ¡Habla barrio, vas, suba tío!, ¡sube, subel!, ¡Fóchet, Universitaria, Colonial, ¡Dos de Mayo!

Subo. Me inclino para no golpear mi cabeza con la parte superior de la puerta. Busco con la mirada algún lugar libre, donde sentar mi humanidad. Me acomodo en el primer asiento doble, junto a la ventana.

En la plaza Grau del Callao suben otros pasajeros. Uno de ellos, se sienta a mi costado. Por el Real Felipe, un muchacho con la cabeza rapada por los dos lados y un mechón de cabello en la parte central sube presuroso.

Se sienta frente a mí, a espaldas del respaldo del asiento del conductor. Me mira fijamente.

La combi está casi llena.

-Ingeniero, buenas tardes, -me saluda bajito, para que lo escuche solamente yo.

Levanto la cabeza y lo miro detenidamente, a través de la miopía de mis lentes metálicos. Dudo si se dirige a mí. No lo reconozco. Su rostro no me es familiar. No lo recuerdo.

Vuelve a mirarme y mete su mano debajo de su polo verde, palpando algo o queriendo hacerme creer, que lleva algo entre la correa de su pantalón y su polo sudado.

-Tío, usted es Ingeniero de la DPA...-me dice despacio, deletreando las palabras.

Me quedo en silencio, sorprendido. Miro a los costados, constatando, si es para mí o para alguien más. No le digo nada. El pasajero a mi costado presiona su hombro izquierdo contra mi brazo derecho.

-Bájese un par de azulitos, ingeniero, o una *santa rosita*, tranquilito nomás, ingeniero -me dice amenazante.

Lo miro asombrado, extrañado.

-Cómo mierda sabe que soy ingeniero -comento para mí. - Ya me cagó este huevón.

El pasajero que está a mi costado está atento a mis movimientos. No dice nada. Presiona una vez más, su hombro izquierdo contra mi brazo derecho. El cobrador sigue llamando a sus pasajeros, para llenar su combi. Parece no darse cuenta de lo que sucede, dentro de su vehículo.

-Te equivocaste conmigo, sobrino -le digo levantando y enronqueciendo la voz. - Yo no soy ingeniero, ojalá lo fuera, soy un modesto profesor del Hipólito Unanue de Mirones, donde estudió el Machín -le respondo, tratando de convencerlo.

El crepúsculo del atardecer invade a la ciudad. Los reflectores de los postes de la avenida encienden sus amarillentas luces.

Los maestros del Perú, estamos hasta el culo de mal pagados, ¡y tú lo sabes, sobrino -argumento.

El chofer de la combi aumenta el volumen de su radio. Es Juanito Alimaña, una salsa antigua: *"...por la vereda del viejo barrio lo vi pasar/ con el tumbao que tienen los negros al caminar/ las manos siempre en los bolsillos de su gabán/ para que no vean en cuál de ellas lleva el puñal"*.

-Yo te conozco, ingeniero, no te hagas el huevón -mirándome fijamente. - Te he visto chambeando en el muelle sur -frotándose las manos. - Tú eres ingeniero de la

DPA, a ustedes les pagan en dólares. ¡Solo un par de azules, tío! -metiendo su mano debajo de su polo. - ¡O aquí te quemó y no pasa nada, ingeniero! -, serio y amenazador.

“Este chucha de su madre me quiere cagar” -digo para mí, nervioso.

La DPA es una empresa holandesa, que ganó la licitación internacional para construir el muelle dos, en la rada del Callao. A este muelle llegarán barcos de alto tonelaje que cruzan el Pacífico. Con esta rada, el país recobrará la supremacía portuaria, que, hasta hoy, mantiene el puerto chileno de Iquique.

Están en los trabajos de montaje final de los montacargas. A mediados del próximo año, el muelle entrará en funcionamiento.

- ¡Ojalá fuera ingeniero, como tú dices, sobrino! - moviendo la cabeza, negando mi profesión de tal, por segunda vez.

Su mirada se vuelve agresiva y sus rodillas presionan mi pierna.

-Tú crees sobrino, que, si fuera ingeniero y con el billete que gana esa gente, estaría en esta combi, viajando contigo, aplastado como un costal - manteniendo la calma.

- ¡Estaría con mi *rocazal*, y no oliendo tus cochinos malos olores, ¿no crees? ¡Así que no jodas pué, sobrino! - mirándolo fijamente.

Su mano derecha, nerviosa se mueve debajo de su polo verde, como si quisiera sacar algo, dentro de su pantalón.

“Es una pistola o un cuchillo?”, lo miro asustado.

Ingresamos a la avenida Colonial. Algo tengo que hacer.

- ¡Permiso, permiso, bajo, bajo, permiso! -, me levanto presuroso, pisándole las zapatillas al pasajero, que comparte conmigo, el asiento doble.

El muchacho me mira sorprendido. Salgo de mi asiento junto a la ventana. Con una mano me agarro de la barra metálica, que cuelga del techo de la combi.

- ¡Choro conchatumadre! -grito, metiéndome entre los pasajeros parados, que van, entre la doble fila de los asientos.

- ¡Te dije que soy profesor de colegio! -negando mi profesión de ingeniero, una vez más. - ¡Y si quieres plata, trabaja o anda róbele a tu abuelito, malparido! -, sabiendo que el extorsionador, tendría que pasar por entre los pasajeros, para llegar hasta donde estoy.

Un murmullo entre los pasajeros se escucha. El cobrador mira y no dice nada. El conductor, solo observa.

Llegamos al cementerio Baquíjano. Al frente, se yerguen, el coliseo cerrado y el estadio del Callao recién construidos. El muchacho de cabello cresta de gallo se levanta, mirándome con rabia.

- ¡Te cagaste conmigo, ingeniero! – amenazador- Te encontraré en el muelle y te voy a cagar de verdad! -, acercándose a la puerta.

No tiene los cojones suficientes, para hacer algo violento, contra mí.

- ¡Bajan, bajan, Cementerio, bajan, no escuchaste, ¡bajan! - grita violento.

La combi para. El cobrador desliza la puerta.

- ¡Baja, ingeniero, aquí lo arreglamos, no te va a pasar nada! -grita desde el pavimento.

Se cierra la puerta. Desde la vereda me mira rabioso.

Levanto mi mano derecha, hago un puño y luego alzo mi dedo medio.

- ¡Que te den por el culo! -grito envalentonado.

La combi avanza. Miro a los pasajeros. Algunos están asustados. Otros me sonríen. Con los demás, el problema no es.



SALVA

-¡¡Acelera, carajo!! ¡¡acelera, que nos matan!! -grito desesperado, protegiendo mi cuerpo, debajo de la cabina de la camioneta.

Soy el ingeniero residente de la empresa constructora Pavimentos y Asfaltos SAC y trabajamos, en la ampliación de la pista Pasamayo – Huaral, en la Panamericana norte.

Desde el otorgamiento de la buena pro del concurso público, tenemos graves problemas, con los mal llamados “*sindicatos de construcción civil del norte chico*”.

No me explico, cómo estos dirigentes han conseguido, nuestros números telefónicos personales, las direcciones de las casas de los gerentes de la empresa, del ingeniero supervisor de la obra, del administrador, y el mío.

Hemos recibido advertencias. “Les daremos protección ingeniero, negocie con nosotros”, es la más inocente y menos indecente propuesta intimidatoria, que hemos escuchado.

También amenazas. “Los tenemos chequeados, señor Almeyda, a usted y sus ingenieros”,

Y por supuesto, chantajes telefónicos. “Hable con nosotros, señor Lumbreras, o le contamos a su mujer, de sus saliditas; con esa morocha de pelo castaño, que lo acompaña los fines de semana”.

Las llamadas vienen de tres sindicatos de construcción del norte chico. Números desconocidos ingresan a mi teléfono, los mensajes intimidatorios invaden a cada hora. Messenger anónimos ingresan a diario. Wasaps también.

El ingeniero José Antonio Navarro, supervisor de la obra, pretende renunciar. Lo han amenazado con volar su camioneta.

A Jeffry Culquicóndor, administrador de la obra, lo han llamado a su casa; intimidando a su mujer.

-Vamos a la policía a denunciar y pedir protección-, tenso y nervioso, le digo a mi chofer -no nos queda otra cosa más, que hacer- cariacontecido.

Enrumbamos hasta la comisaría de Huaral, para denunciar las anónimas llamadas telefónicas y los mensajes extorsionadores.

El mayor PNP César Ríos Zárate nos atiende. Le explicamos lo que está pasando dentro y fuera de la obra.

Nuestras vidas, la de los trabajadores, las máquinas y bienes empresariales, están en grave peligro. Le solicitamos apoyo policial, a fin de llevar adelante nuestro proyecto vial.

En la comisaría, nos piden los números telefónicos del personal clave, les dimos todos. Contribución con papel bond para redactar los informes, dos millares. Gasolina para el patrullaje de los vehículos, dos tanques llenos para comenzar. Refrigerio para los policías, cuántos son.

Otras exigencias más. Las cumplimos. Y de las otras, también.

-Esas llamadas provienen del penal de alta seguridad de Aucallama -nos confirma el suboficial Héctor Ternero León, revisando un viejo cuaderno de apuntes, porque computadoras no tienen, aún.

-Son del Cholo José Pinto, el Mascafierro Teódulo Sierra y el serrano Dolores Doroteo -nos informa, con un aire de preocupación en su cara colorada.

Lo miro sin entender mucho. *Pero ¿están presos?*, me pregunto.

-Desde la cárcel, estos malditos manejan el negocio de las extorsiones -nos explica preocupado el suboficial-, y

no solo son las constructoras, también las fábricas, las granjas y todos los negocios de la región- concluye.

De un ambiente lateral, en cuya pared está pintado el escudo peruano y escrito el himno de la Policía Nacional del Perú, se aparece un oficial, alto y flaco.

No usa quepí. Sobre su cabeza se sostiene una gorra granate, colocada de costado. No lleva pistola de reglamento. Una metralleta cuelga de su hombro derecho.

- ¡Investigaremos ingeniero! -nos dice el lampiño capitán de la policía. - Tengo el encargo de mi comando, para realizar todas las averiguaciones y hacer el seguimiento respectivo, ingeniero -argumenta, convencido de sus palabras.

-Le informaremos de los avances y de nuestras pesquisas, investigaré ingeniero -, aprieta mi mano, a manera de despedida.

La historia se repite. Los hechos recirculan. Trabajar en estas circunstancias, me recuerda la terrible época del terrorismo. Momentos y circunstancias que los ingenieros no queremos recordar. La tragedia de los años ochenta y noventa, que todos los peruanos, quisiéramos olvidar. Los mismos métodos. Las mismas estrategias. Las mismas formas de chantaje.

Ahora somos los ingenieros residentes, los gerentes de las pequeñas y medianas empresas constructoras y los ingenieros supervisores, que controlan el cumplimiento de los planos y de las especificaciones técnicas de las obras.

Amenazan. Extorsionan. Chantajean. Abalean tu casa. Te matan. Te hieren a ti o a tu familia, a tu mujer, a tus hijos, a tus viejos. No tienen bandera. Somos el blanco al que hay que intimidar. Estamos desamparados. Nadie quiere defendernos. Ni el Chapulín Colorado, que, para colmo, ni siquiera es peruano. Estamos en el limbo. La disyuntiva, ceder o no ceder. Continuar o abandonar. Sin alternativas.

Ante tanta presión, la gerencia general de la empresa ha decidido pactar con uno de estos mal habidos sindicatos.

El salario semanal de ocho operarios, que nunca trabajarán en la obra. Obreros fantasmas, que nunca conoceremos. Que se llevan la plata, sin trabajar.

-Mejor –comento yo.

La motoniveladora esparce el material de préstamo, que los volquetes depositan al costado de la vía.

La cisterna rocía agua, para alcanzar el nivel de humedad; a fin de que el rodillo vibrador, compacte el material y logre su estado óptimo de compactación de la sub base y base de la pista. Luego vendrá el riego de la liga asfáltica y la posterior colocación del asfalto en caliente, de tres pulgadas de espesor. A la par, construimos las cunetas laterales, para la evacuación de las aguas de las lluvias y del regadío, de las chacras de la zona.

Trabajamos a doble turno. Queremos terminar los trabajos antes del plazo y alejarnos de este incierto entorno, lo antes posible.

Son las diez de la mañana y el sol calienta a los cerros colindantes. El verde del valle salpica a las casas de ladrillo y cemento, que bordean a la carretera.

-*Rudolf Nureyev* -llamo al chófer de la camioneta, -vámonos a la cantera de afirmado, que no quiero desagradables sorpresas, en el avance de obra.

Enrumbamos para verificar la calidad y la cantidad suficientes del afirmado, que nos permita concluir los trabajos; sin problemas y sin sorpresas de última hora.

-Yo no bailo ballet, ingeniero -me dice riendo el conductor, con la mirada sobre la pista y las manos tensas sobre el timón.

Se llama Rodolfo Nureña. Bromeando, le digo *Rudolf Nureyev*, como el gran bailarín ruso.

Antes de atravesar la tranquera del campamento, el controlador de los volquetes se acerca corriendo. Trae en su mano el reporte de los volúmenes de afirmado, que los volquetes han depositado a lo largo de la zona de trabajo.

-Dale a Ricardo, el administrador, que los verifique; regresando los firmo -le contesto presuroso.

Rodolfo pisa embrague, acelera y partimos. La carretera está despejada.

-Ya se me vencieron mis recibos de agua y luz, *Nureyev*, hoy tengo que pagar, sí o sí, sino me cortan y a mí, mi mujer me bota de mi casa -bromeo, aunque sea cierto.

Al pactar con uno de los sindicatos, los otros dos sindicatos están intranquilos. Siguen con sus amenazas.

Estamos a medio kilómetro del campamento y escucho disparos. Giro la cabeza y los fogonazos vienen directos hacia la camioneta. Salen de entre los arbustos y matorrales, que bordean la carretera.

-¡¡ Agáchese ingeniero, agáchese!! -grita Rodolfo.

Abro el cinturón de seguridad. Desesperado, me resguardo debajo de la cabina.

- ¡Están acibillando la camioneta, Rodolfo! - grito nervioso.

Rodolfo se agacha sobre el timón y, acelera, a la máxima velocidad que soporta la camioneta. Las ruedas patinan sobre el afirmado antiguo. La camioneta salta. Me elevo sobre el asiento. Mi cabeza, se golpea con el techo de la cabina y vuelvo a caer. Chirriando las llantas, levantando polvareda, nos alejamos. Dos colectivos que vienen en sentido contrario frenan de golpe. Los pasajeros se protegen en sus asientos. Han escuchado las balas.

- ¡A la comisaría de Huaral, Rudolf! -, colocándome nuevamente, el cinturón de seguridad de copiloto.

La camioneta ruge. Alcanza cien kilómetros por hora. Nos alejamos, velozmente.

A unos cinco kilómetros, una camioneta de la policía de carreteras, sonando sus sirenas, rueda en sentido contrario. Han escuchado la balacera. Supongo.

- ¡Para, para! -ordenó.

Rodolfo hace juego de luces. El patrullero se detiene. Desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta. Sudoroso y tartamudeando le explico a los policías, lo sucedido.

Dos de ellos bajan, miran a la camioneta por delante y atrás. La revisan por los cuatro costados. Por arriba. Por abajo. Los parabrisas y las llantas.

Está intacta.

- ¡Lo han querido asustar, ingeniero! -me dice con ironía el policía, de vientre abultado y boina negra.

Estoy sudando y temblando. Y no es por el sol, que calienta este mediodía.

- Si hubiesen querido darle vuelta, hace rato lo hubiesen hecho, ingeniero -, palmeándome el hombro.

Lo mismo pienso yo. Suspiro aliviado. *Nureyev*, también.

- Es un aviso ingeniero; esos malandros algo quieren, ¡Cúidese, ingeniero! -me recomiendan.

Me palpo la cara, los brazos, las piernas. Estoy completo. Rodolfo está pálido, me mira asustado. Yo también.

- Fue una salva- me dice el alférez caminando hacia su vehículo- pero una salva de balas- riendo.

El conductor del patrullero enciende las luces azul y blanca de la circulina, suena sus sirenas.

Anuncia su presencia. Pregonando a la distancia, que vigila a las carreteras de su jurisdicción.

SOBRE MANILA

María Concepción Varillas, “*la tía Conshe*”, es la más antigua trabajadora de limpieza de la municipalidad. Esta mañana, con una escoba y un recogedor entre las manos, barre las veredas del local municipal de Huacho.

Un sobre amarillo de manila, tirado en la puerta auxiliar del jirón Cristóbal Colón, llama su atención.

-Seguro se le ha caído a alguien -murmura-, qué será, *pue* -inclinándose para recogerlo.

Superficialmente, sus dedos palpan el contenido y el miedo la invade.

- ¡Jesús, Dios mío, señor! -grita espantada, casi al borde del desmayo.

Un grupo de muchachos, estudiantes de un colegio ubicado a dos cuadras de la Plaza de Armas, la miran sorprendidos.

- ¡Policía, policía! -levanta la voz, para que la escuchen los hombres de boina verde, sentados dentro del patrullero estacionado, en la esquina de la municipalidad.

Asustada y nerviosa, ha tirado el sobre amarillo sobre la vereda. Los transeúntes se aglomeran, alrededor de *La Tía* María Concepción.

Dos serenos y un policía que resguardan el local municipal llegan corriendo. Se abren paso, entre una veintena de curiosos, que quieren saberlo todo. La novedad es siempre contagiosa y si es en provincias, donde casi nunca sucede nada, más aún.

- ¿Que ha pasao, que ha pasao, ah? -preguntan.

Un policía vestido de verde con su boina granate, colocada de costado sobre su recortado cabello, se acerca presuroso.

- ¡Alejen a la gente! ¡Aléjenlos! - ordena con voz de mando.

Los municipales forman un cordón. Los vecinos se aglomeran, pretendiendo invadirlo. El policía se acerca despacio, precavido. Toma el sobre entre sus manos. Lo palpa. Rasga el sobre, por uno de sus extremos.

- ¡Retírense, fuera, retírense! -gritan los serenos.

Alertado, un policía llama por teléfono a su base, solicita la presencia de la unidad de desactivación de explosivos.

Son dos granadas de guerra y seis cartuchos para fusil.

Son las siete y cuarenta y cinco de la mañana y los trabajadores y empleados municipales, se agolpan frente a los relojes marcadores de ingreso. Decenas de usuarios hacen sus colas, para realizar sus tramites municipales.

El local municipal y los alrededores son un caos. La confusión y la desesperación, se vuelve colectiva. No saber que es, qué hacer, ni adónde ir. Hay más de un centenar de empleados temerosos y usuarios aterrorizados, dentro del local municipal. Intentan llegar hasta las puertas de salida, para refugiarse en los jardines de la plaza de armas.

- ¡Coche bomba, coche bomba! -gritan entre el barullo y el desconcierto generalizado. Gritos desesperados se escuchan, en las oficinas del segundo y tercer piso.

En los pasillos de los tres pisos del edificio, la confusión invade; visitantes que ingresan, trabajadores que bajan. En las escaleras del primero piso, una señora rueda, gradas abajo.

- ¡Han puesto dinamita en la puerta! -alarmada grita otra voz.

Uniformados, serenos y vigilantes, llaman al orden. Nadie escucha. Nadie hace caso.

Hombres que suben, mujeres que bajan. Paralizados se quedan otros. Unos cuantos ni suben ni bajan. Se aglomeran en los pasillos, bloquean las escaleras.

- ¡Permisooo, carajo! ¡Permisooo! -, voces dispersas se oyen, gradas abajo.

- ¡Tranquilos, por favor, tranquilos! -gritan a todo pulmón, los hombres de azul del serenazgo -Abandonen en orden, mujeres, niños y ancianos primero-, intentando mantener la calma.

Son órdenes que no se oyen, que nadie escucha, que nadie acata. Todos desobedecen. El caos es colectivo.

Protegido por miembros de su seguridad personal, Pepe Barbarán Torres ha sido llevado casi en peso; desde su despacho en el segundo piso, hasta la glorieta en el centro de la plaza de armas.

Es el alcalde de la provincia de Huaura y hace honor a su apellido. Abundante barba entrecana, cabello encrespado, vellos en los brazos y el pecho. Desde su metro ochentaicinco de altura, su presencia, nunca pasa desapercibida.

Antes de ser elegido alcalde de la provincia, ha sido regidor dos veces y teniente alcalde, una vez. Experiencia de gestión y gobierno municipal, no le falta.

Con un suspiro de alivio, las granadas de guerra han sido desactivadas por el personal policial de la UDEX. Un ¡¡uuufff! colectivo, se escucha.

Con un megáfono en la mano; desgañitándose, un policía pide calma. El nerviosismo continúa y la inseguridad, también.

Pepe Barbarán Torres, el alcalde Provincial tiene entre sus manos, el papel bond escrito; que uno de los policías le ha alcanzado y que estaba dentro del sobre manila de color amarillo.

*Perro concha tu madre te llegó tu hora de pagar.
Te apropiaste de los terrenos de la comunidad y no pagaste nada.
No cooperas con el sindicato por las obras que haces.
Tienes 24 horas para llamar a este número...999...
Si no pagas, te mueres, perro de mierda.
Esta es la única advertencia, alcaldecito de mierda,
la próxima te vamos a matar a ti y a toda tu
familia.
Vas a colaborararnos con cien mil dólares o mueres, perro desgraciado.*

No es la primera vez, que Pepe Barbarán Torres recibe amenazas. Esta vez, la cosa parece más seria. Las balas y las granadas de guerra lo han puesto nervioso. Se nota en la palidez de su rostro colorado.

Recientemente, ha autorizado la construcción de la primera cadena de tiendas por departamentos. Los huachanos, ya no tendrán que viajar hasta Lima para reventar sus tarjetas de créditos y gastar sus salarios en ropa, artefactos, cines y comida rápida. Es decir, endeudarse, sin saber cómo pagar. Consumismo, le dicen.

He sido contratado como Ingeniero Supervisor, por parte de la Municipalidad.

- ¡Combatiremos la extorsión y la corrupción dentro y fuera de las obras, que se construirán en nuestra ciudad! - ha dicho en su discurso, al colocar la primera piedra de este emporio comercial. - ¡No tranzaremos con ningún sindicato o seudos sindicatos extorsionadores de la construcción- ha remarcado firmemente!

Los obreros contratados, con sus cascos de diversos colores y sus chalecos de obra, han aplaudido de buena gana. Este complejo comercial dará trabajo a más de doscientos obreros de la zona, por dieciocho meses, generando unos tres mil empleos colaterales.

- ¡Los sindicatos de construcción, solo son grupos de delincuentes extorsionadores, que quieren su bien personal y no el desarrollo de la región! -, ha dicho públicamente a los medios de comunicación.

Las empresas dedicadas a la construcción han aplaudido. Los ingenieros, también. Los sindicatos, no.

Hoy, desde las siete y media de mañana, nos hemos reunido con los ingenieros de la Gerencia de Proyectos y Obras de la Municipalidad; para revisar los planos, verificar los cronogramas de avance y sus detalles, además de coordinar las licencias y actualizar los documentos técnicos de la obra.

El movimiento de tierras debe iniciarse en unos días. Estamos con el tiempo encima.

El griterío en los pasillos de la municipalidad nos ha alarmado. Las secretarías y el personal administrativo salieron apresurados; dejando sus computadoras prendidas, teléfonos abandonados, folders y documentos tirados.

- ¡Va a explotar la municipalidad! -escuchamos entre el griterío.

Los ingenieros salimos corriendo, escaleras abajo. Los ascensores están bloqueados. Las sirenas del edificio se activaron, en señal de peligro. El pánico invade.

Bajo lo más rápido que puedo; atravieso la puerta principal, cruzo la calle abarrotada de los trabajadores municipales y me dirijo donde está el alcalde, rodeado de su seguridad.

-Pepito-, lo saludo dándole la mano.

Nos miramos. Nerviosos sonreímos. No decimos nada.

-Ingeniero-, estrechando mi mano.

En los años noventa ya pasamos por esto. Pepe y yo estamos curtidos. Era la época del terrorismo.

Yo era Gerente de Operaciones de la Empresa de Agua Potable y Alcantarillado y Pepe, era miembro del Directorio.

Los terroristas llenaron con decenas de sacos de tierra y desperdicios de plumas de cientos de pavos; a las recién instaladas tuberías del desagüe, de treinta pulgadas de diámetro, en las quince cuadras de la recién inaugurada pista de la avenida San Martín; haciéndolas colapsar

Inundaron calles, parques y casas con las aguas residuales de la ciudad y a las tres de la mañana, cerraron las válvulas de la red de agua, dejando sin agua potable a la ciudad.

Carteles en rojo y banderas con la hoz y el martillo, confirmaban, lo que todos sabían. No era un circunstancial accidente.

Era la noche del veinticuatro y la madrugada del veinticinco de diciembre, de una Noche Buena y de una Feliz Navidad.

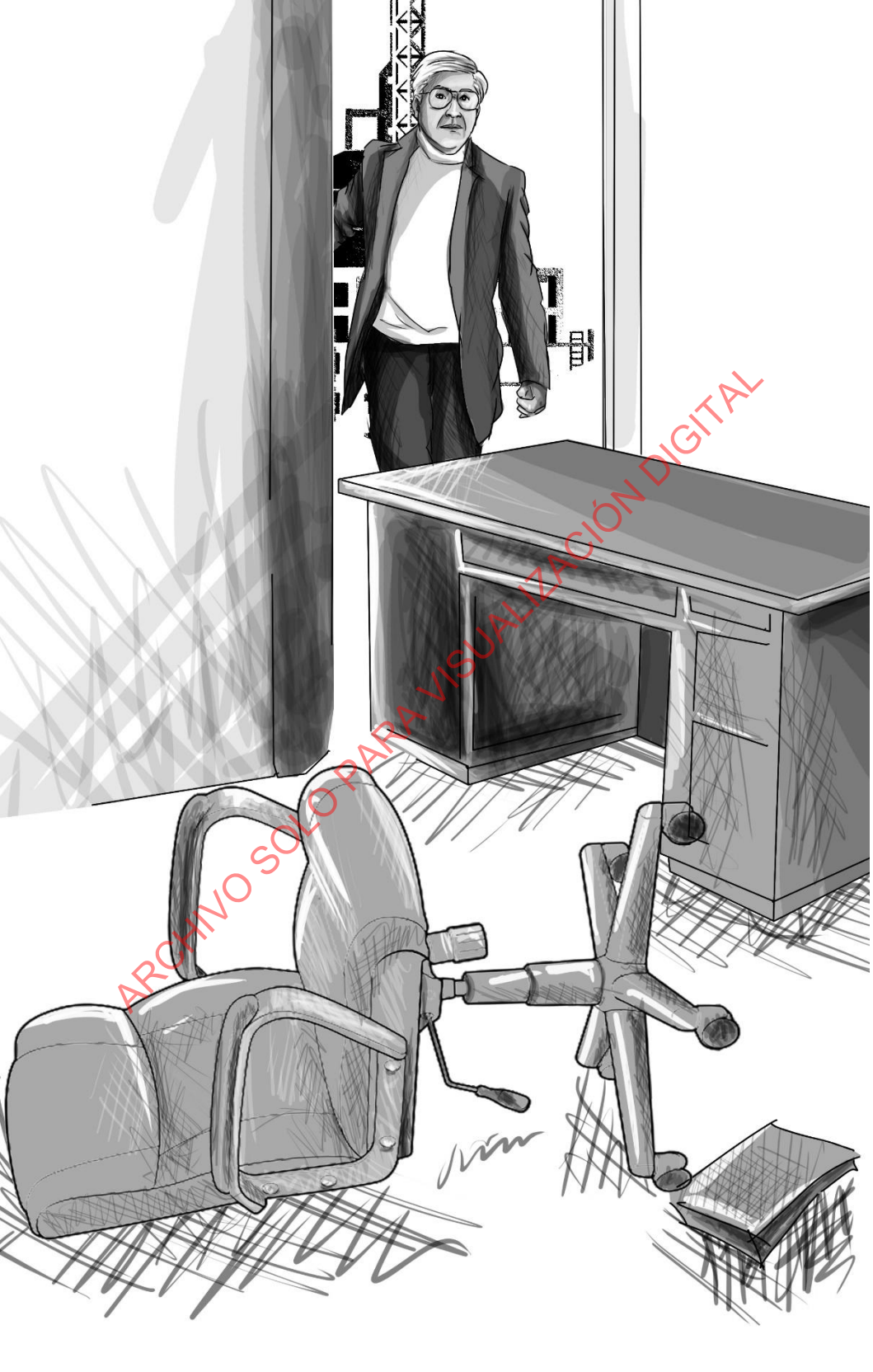
Cientos de huachanos, han retornado a su terruño para ser felices, una vez más, y se encuentran con una ciudad inundada por aguas servidas del desagüe y sin agua potable, para ducharse y desayunar; después de los brindis, abrazos y sudores de la noche de navidad.

Los terroristas festejan. Se emborrachan y bailan en la fiesta organizado por el Centro Social Huacho.

La calma ha retornado a la Plaza de Armas. El alcalde y yo nos miramos. Sonreímos. Levantamos los hombros.

Una amenaza más se suma a las tantas, más. Como alcalde. Como Ingeniero. No nos hace ni menos ni más. Solo un poquito de miedo, nada más.

Una raya más de oscuro gris no es una menos de claro marrón, sobre el lomo de un estepario gato montés.



ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

CASCO TROFEO

La humedad del frío limeño me hace tiritar, subido el cierre hasta el cuello y, las manos metidas dentro de los bolsillos de mi casaca negra; comento efusivo, con el chófer de la camioneta Lalo Gómez, sobre el último clásico de fútbol jugado ayer; donde Universitario de Deportes, le volteó el partido al Alianza Lima por tres a dos, con un golazo a los noventa y dos minutos de juego.

-Partidazo, ingeniero -responde calmadamente, el moreno chofer, declarado hincha blanquiazul.

Son las siete y cuarto de esta lluviosa mañana y el frío de junio limeño, llega hasta los huesos y perfora las articulaciones, especialmente, las rodillas.

El tráfico está tranquilo. A esta hora, no transitan muchos vehículos rumbo al norte de Lima. Avanzamos por la Panamericana, pasando frente al nuevo cementerio privado en construcción, llegamos hasta Puente Piedra, doblando a la izquierda por la avenida Juan Lecaros, hasta la terrosa y recién afirmada avenida Copacabana.

Construimos el colegio Nuestra Señora de Copacabana. Son cuatro pabellones de tres pisos, con seis aulas por piso y un pequeño coliseo techado.

Lalo frena intempestivamente. Estamos a varias cuadras de la obra.

- ¡La cagada ingeniero! -irritado Lalo. - ¡Los sindicalistas!, otra vez jodiendo, ingeniero -, desacelerando la velocidad de la camioneta.

Armados con palos, fierros, combas y ladrillos, frente a la fachada de la obra; un medio centenar de gentes, gritan consignas.

- ¡Seguro son gente del negro Octavio! -, fastidiado, molesto e incómodo, le contesto. - ¡Y están exigiendo cupos de trabajo! –sacando mi cabeza por la ventanilla, para ver mejor.

Avanzamos despacio. Pienso que hacer. No sé qué actitud asumir. Estamos a dos cuadras de la obra y del grupo de los belicosos sindicalistas.

Durante toda la semana, don Jorge Miguel Arzan, Gerente General de la empresa constructora, donde trabajo como Ingeniero Residente, ha recibido llamadas telefónicas de “*Los Destrozadores del Cono Norte*”, exigiéndole cupos de trabajo para su sindicato.

-Solo queremos que diez de nuestros compañeros entren y protegeremos a nuestra obra, señor Arzan, ¡Esta obra es nuestra!, está dentro de nuestro territorio y eso se respeta *pe*, señor Arzan- justifican su petición-. ¡Es nuestra obra! y queremos una colaboración y todos en paz-, amenazador el negro Octavio Morales Panizo “*Moralitos*”, a través del teléfono.

Don Jorge Miguel Arzan, lo deja hablar. Escucha las exigencias, no contesta ni sí, ni no. Corta la llamada. No ha cedido.

-No baje, *inge* -me previene Lalo-. Esos mal nacidos, segurito lo van a querer agarrar a usted -, frenando de golpe la camioneta-. ¡Son capaces de cualquier cosa! -, en actitud protectora.

Tiene razón. Tengo miedo. No tengo cómo defenderme, ni con qué. Soy Ingeniero, no pistolero. Estoy desarmado. Solo frente a esa multitud. Mis trabajadores están dentro de la obra o están llegando. No quiero comprometerlos. No es su tema. Es mío. Hasta aquí me trajo el destino *como hoja que el viento arrebat*a, embarrado, crujiendo los dientes y medio *paticojo*; pero voy a ir.

Asiento con un movimiento de cabeza.

-Quédese aquí ingeniero -me sugiere Lalo-, voy a ver cómo está la cosa y le aviso- bajándose de la camioneta cierra la puerta, despacio-. Ah, por si acaso le dejo las llaves Ingeniero, cualquier cosa y arranca en prima nomás. - desde su ventanilla

Lo miro agradecido. Lalo a paso ligero se dirige hacia la obra de la recién habilitada urbanización “Los Jardines de Puente Piedra”.

- ¿Sabe manejar o no ingeniero?, ja jajá -me dice antes de marcharse -Por mí no se preocupe, me meteré en la obra, si algo malo pasa -me previene.

Limpio mis lentes de miope, para aclarar mi mal mirar. Por entre el descampado, escucho los gritos de los sindicalistas.

Algunos propietarios están recién construyendo sus casas, con fierro y ladrillo. Hay ya de dos pisos, pintadas con imprimante blanco y otras, aún sin tarrajear. El terreno está en proceso de urbanización.

-Prontito tendremos luz y agua, ingeniero -comenta entusiasmada doña Carmela Rivas, quien ha instalado una *ramadita* dentro de su casa y con la ayuda de su sobrina Chabelita, prepara y vende los almuerzos, para los trabajadores de la obra.

-Y cervecita para los fines de semana, ingeniero -nos recuerda con su sonrisa alegre y provinciana, con su cara colorada, de rasgos andinos cajamarquinos.

Tenemos recién unos días de iniciados los trabajos y ya hemos instalado nuestro almacén con triplay y un container metálico, el cual usaremos como nuestra oficina administrativa. Hemos instalado un cerco provisional, alrededor del perímetro de la obra, como seguridad y protección. Pasado mañana llegarán, la retro excavadora y los volquetes para iniciar la excavación de las zapatas y zanjas. Iniciaremos con los cimientos del colegio.

- ¡Que salga el ingenierooo! ¡Que salgaaa! ¡Queremos dialogar! ¡Dialogaaa! - escucho los gritos, a la distancia.

No puedo quedarme dentro del vehículo. Enciendo a la camioneta, doblo como quien retorna a la Panamericana. Llego hasta la esquina en donde hay instalado un teléfono público. Coloco un rin y luego otro. Marco el privado de la oficina de don Jorge Miguel Arzan, para informarle.

El teléfono timbra, timbra y nadie contesta.

- ¡No llega carajo! - me digo fastidiado.

Marco el número de la empresa. Timbra y la voz de fastidio del vigilante de turno, me contesta:

-Soy el ingeniero José Carlos Pariona de la obra de Puente Piedra...

-Ah, ingeniero, buenos días.

-Dile a don Jorge, que los huevas de construcción civil no nos dejan chambear...

-Y *usté*, ingeniero como está - con la voz preocupada.

-Yo estoy bien, no te preocupes, cualquier cosa los llamo - y cuelgo.

Son las nueve de la mañana. Ante la negativa del guardián sobre mi presencia. “El ingeniero no está”. La turba lanza palos y piedras. Los sindicalistas patean la puerta de triplay y derrumban, el recién instalado cerco perimétrico de la obra. Lalo Gómez sudoroso regresa corriendo.

La turba ha destrozado el almacén, las oficinas, los ambientes, los vestidores, los servicios higiénicos. Al container metálico, por su peso, no han podido derribarlo. Permanece enhiesto, pero han ingresado a su interior.

Vivando a su sindicato de construcción civil; se han llevado “robado” picos, palanas, barretas, carretillas, combas y martillos; bolsas con cemento, ladrillos, fierros de construcción y herramientas a medio usar.

Hasta mi casco blanco de ingeniero, se lo han llevado. Como trofeo de guerra, supongo.

ARREGLO FLORAL

- ¡Conmigo lo que quieran, carajo! - indignado, grito para mí.
- ¡Con mi familia, mi mujer, mis hijos, no! ... ¡Ellos no tienen la culpa de nada! -me lamento.

Estoy desolado. Nunca pensé que se llegaría a tanto, Es lunes y ha llovinado toda la madrugada. La alarma del reloj suena las seis y treinta de la mañana. Para todos, es un sacrificio levantarse de la cama. Incluso para mí, la chamba obliga.

Los lunes no deberían existir. Ni los martes, ni los miércoles, etc., etc., se lamentan mis hijos y yo, también.

Despierto a Margie Wynny. “Al colegio muchachos, a levantarse”. Joseph Arthur se revuelve en su cama, se cubre con las frazadas. “Hace frío, papi, tengo sueño”. Protestan, no quieren levantarse; pero las obligaciones mandan. Caballero nomás.

El olor a café pasado invade el departamento. Es Javy. Va a sus clases en la universidad Cayetano Heredia. Se aparece en la sala, con una humeante taza, que me provoca arrebatárselo, uhmmm, exquisito.

Korilyum, arrastrando una mochila más grande que ella, se aparece por la cocina, para tomar su jugo y su leche “con café, papi”, me pide.

Es la hora del tráfico, el bullicio y las prisas. El tiempo de los des tiempos. Para ir a los trabajos, a los colegios, a la universidad.

La movilidad escolar ha llegado. Toca el claxon. Mis hijos, presurosos bajan las escaleras, para subirse a la combi y no llegar tarde a sus clases, en el colegio parroquial de la Trinidad.

Acomodándose su sacón negro, Madame Blench, mi mujer; camina detrás de ellos, para embarcarlos y, además, esperar el carro que la llevará al Hospital Rebagliati, donde trabaja, como médico especialista.

Le gusta que la llamen Madame Blench, desde su época de estudiante de la Alianza Francesa. De metro ochenta, y ojos azules, su profesor de francés, con su clásico engolamiento vocal parisino, la llamaba “madamm Blennnchh, madamm Blennnchh”.

Abro el portón. Despido a mi mujer con un beso. El taxi dobla por la esquina, se aleja.

Doy media vuelta para cerrar con llave el portón, para irme al trabajo. Sobre el jardín, un arreglo floral me paraliza.

Giro en redondo, buscando con la mirada, a mi mujer y mis hijos. No están, se han marchado, uff, felizmente, no lo han visto. Se fueron presurosos.

Tiene forma de lágrima para velorio; con flores blancas, hojas verdes y un cintillo negro. Encima, un sobre de manila, grande. Mi cerebro se vuelve una licuadora. Me angustio. Pienso cosas, un montón de cosas, cientos de cosas. Temblando, recojo el sobre amarillo.

Soy Ingeniero Asistente, especialista en estructuras de concreto, de la obra de los Tréboles de las avenidas Venezuela, Colonial y Universitaria. Desde el inicio, hemos tenido serios problemas, con la dirigencia política estudiantil de la Universidad de San Marcos; quienes con su clásico “de que se trata para oponernos”, se resisten a la modernización de estas importantes avenidas, que descongestionarán el nudo vehicular, modernizando, además el ingreso a la ciudad universitaria.

Se firmaron actas de buena fe, con el Rector de la casa de estudios. Pero igual, los estudiantes lo han desconocido y algunos profesores, también. Es política, dicen.

Como empresa tenemos el acoso estudiantil universitario, las presiones laborales de los trabajadores desocupados y las amenazas por cupos de trabajo exigidos por los sindicatos de construcción civil de la avenida Colonial, del Asentamiento Humano La Huaca de la avenida Venezuela y del Gremio de Desocupados del Callao.

A palazos, disparos, fierrazos, insultos y amenazas, los tres sindicatos se disputan la obra. Quieren sus cuotas de trabajo. Controlar “su territorio”. Secuestrar la obra.

Una friolenta mañana de abril cientos de estudiantes y profesores sanmarquinos; en una inusual faena colectiva, instalaron un cerco con alambres de púas, en la vía de retorno de la avenida Universitaria, reduciéndola a un solo carril.

Dicen, que ese carril les pertenece. Que esa calle es suya. Se apropiaron, de una mitad de la avenida Universitaria y nadie ha protestado. Autonomía universitaria, le llaman. Prepotencia, le dicen otros.

Decenas de encapuchados, día y noche vigilan la cerca. Armados con piedras, palos y bombas molotov se oponen a la construcción de los anillos viales, tipo Jockey Plaza de la avenida Javier Prado.

- ¡Es una violación a la autonomía universitaria! - vociferan.
- ¡No a la invasión de la universidad! ¡No al recorte de los terrenos universitarios! ¡Obra del imperialismo traidor y corrupto! - marchan y contra marchan, gritando, - ¡No queremos limosnas burguesas en nuestra universidad!

Con un megáfono, gritan, insultan, amenazan. A viva voz, también.

El proyecto del anillo vial contempla, además, la pavimentación de todas las calles internas de la Ciudad Universitaria y la puesta en valor del estadio de San Marcos, el más grande del Perú, con capacidad para cien mil personas.

Como consecuencia de la oposición universitaria, la obra se paralizará. La empresa contratista rescindirá el contrato. Valorizará su trabajo ejecutado, más las pérdidas por rescisión del contrato. Cobrará su plata, recogerá sus materiales en cancha y se irá. Su inversión no se perderá.

El mal uso del poder político universitario pesará más. Ni la universidad ni los revoltosos ni un centavo no pagarán. Finalmente quedarán columnas a medio hacer, plataformas con principio y sin final. Construcciones a medias “que no le sirven ni a Dios ni al diablo”. Elefantes ni grises ni blancos, sin uso ni desuso, monumentos a la intolerancia, se verán.

Tal vez con el tiempo, de estas decisiones, se lamentarán.

Las malas lenguas comentan que son, “los eternos dirigentes y vagos estudiantes, que no quieren sustentar tesis para su bachillerato”. Solo cursos culminados, títulos aprobados. Ese es el chantaje. Ese no es el sentido de la universidad. “Sin querer, queriendo”, los visionarios dirigentes sanmarquinos, los universitarios y los sindicatos extorsionadores, juegan al alimón. La supuesta violación a la autonomía universitaria y las exigencias de cupos de trabajo, son un combo de tres por uno. Unos juegan para otros. Suman, restando.

Una inocente utilización de a dos, en favor de uno. Faena torera.

Vuelvo a mi realidad. A la atemorizada vereda del departamento donde vivo. Me coloco delante del arreglo floral. Ni mi mujer, ni mis hijos, ni el conductor de la movilidad deben verlo.

Les digo que se apuren, que se hacen tarde. Uno a uno los abrazo, les doy un beso en la frente a cada uno, suben a la movilidad, cierran la puerta; la combi parte y recién respiro aliviado.

El taxi está llegando y los segundos son eternos. Para distraerla, le pregunto sobre sus tareas de hoy. Me dice que tiene una lista de pacientes que la están esperando y dos reuniones médicas, para después del mediodía.

- Será un día con mucho ajeteo -me comenta, abotonándose el abrigo.

Aparento serenidad. Me acomodo los lentes, subo el cierre de mi casaca. Qué frío.

-Ah, te espero para comernos unos *anticuchitos* donde doña Paula, por nuestro aniversario, no lo olvides -me recuerda.

Lo había olvidado. Peor aún, con este nerviosismo que intento disimular. Le confirmo que allí estaré, sí o sí. No recuerdo bien “que fecha es ni de que se trata”; pero si ella lo dice, no hay porqué dudar.

Sube al taxi y cierro la puerta. El Toyota amarillo dobla la esquina rumbo a la avenida, se va.

Tembloroso y temeroso, me acerco lentamente. La mañana es friolenta; pero el calor de mi nerviosismo me hace transpirar.

Hay un sobre de manila amarillo en medio del arreglo floral. Me tiemblan las manos, “Qué mierda es esto”, murmuro. Lo abro despacio, sin prisa, lentamente.

El espanto me invade.

Seis balas de fusil caen al piso. Temblando me inclino a recogerlas. Cada bala tiene un nombre escrito con plumón, pegado con cinta *scotch*: *Tú. Tu mujer. Tu hijo Mayor. Tu hija segunda. Tu hija Tercera. Tu último hijo.*

Sobre una hoja de papel bond, unas letras cortadas de titulares de periódicos y revistas antiguas forman frases.

Me quito los lentes, empañados por la llovizna y el frío sudor, para leer bien. Con el corazón en la garganta, deletreo:

Si el hijo de puta del dueño de tu Empresa no negocia con nosotros, te joderemos a ti y tu familia. Los perros sanmarquinos. Hacen bulla por nosotros. Son misios. Con unos soles y unas cervezas, los hemos comprado. Te estamos vigilando. Tu eres un huevón más.

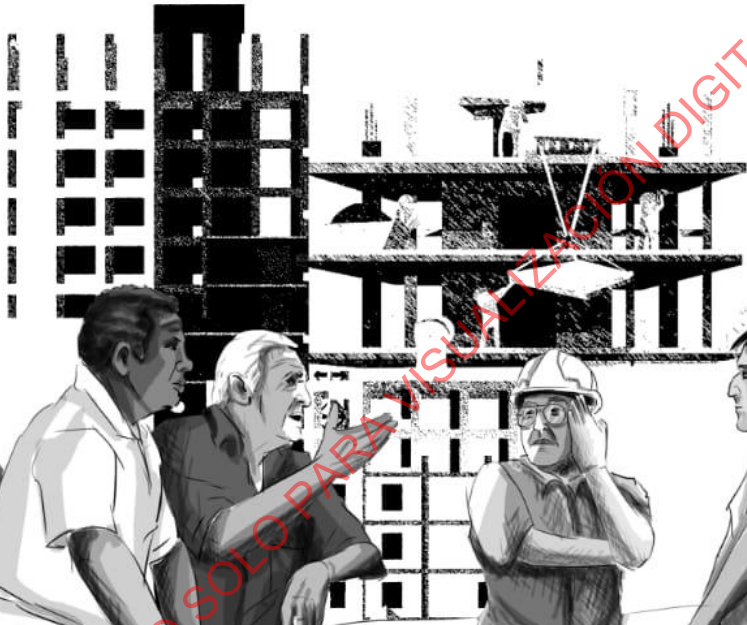
El cojo Mamerto. Penal de Piedras Gordas.

Desolado, dejo caer mi cuerpo sobre el húmedo sardinel de la vereda.

Conmigo lo que quieran. Mátenme si quieren. Mi mujer y mis hijos no tienen culpa de nada, angustiado, me lamento.

Desolado, me pongo a llorar.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



ARCHIVO SOLO PARA CONSULTA DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

CEREBRO

En las oficinas de la constructora Xawenkoj SAC *Contratistas Generales*, impacientes y nerviosos esperamos esas no, tan esperadas llamadas telefónicas; luego de ser declarados ganadores, en la apertura de los sobres para el Concurso de la Construcción del Tanque Elevado, Cerro Colorado, Carabaylo, Lima.

El arquitecto Román Samanez Torrejón y los ingenieros de obra sabemos bien, que los sindicatos de construcción civil; en cualquier momento, a cualquier hora, cualquier día de la semana, de día o de noche; en el instante menos pensado sonarán los teléfonos, para extorsionarnos.

-Provecho, coleguitas, que el viejo Tamariz, el negro Cabrejos y el cholo Coropuna- medio en serio, medio en broma murmuraron irónicos de demás postores, -seguro que los agarrarán del cuello para negociar sus cupos- comentan los otros asistentes al concurso público.

En la Gerencia de Obras de la Constructora Xawenkoj, los geólogos y los ingenieros estructurales, con las computadoras programadas y con los planos extendidos sobre la mesa de trabajo; discutimos, coordinamos, chequeamos detalles del expediente técnico; a fin de determinar probables vicios ocultos, partidas que no estén incluidas en los metrados y detalles que se hayan omitido en los planos o los diseños específicos de obra, que, por algunas razones, se hayan obviado.

Analizamos criterios técnicos para unificarlos, coordinando las mejores técnicas constructivas, a fin de optimizar nuestra curva de rendimiento y alcanzar, en óptimas condiciones, el plazo estipulado.

- ¡Aló, aló, Arquitecto Samanez, ¡aló! -. Una voz gruesa y gangosa. - ¡Aló, aló, Arquitecto, ¡aló! - del otro lado del teléfono.

El arquitecto Román Samanez Torrejón, Gerente General de la constructora, prevenido de la llamada; pone el teléfono en altavoz, para que todos escuchemos.

El número proviene de un teléfono público.

Con un gesto de su mano, el arquitecto nos pide silencio. Suspendemos nuestras conversaciones y los debates técnicos de obra, a fin de que escuchemos la conversación para estar enterados de lo que se dice.

- ¡Están construyendo dentro de mi territorio, ¡carajo! y por su propia protección, ¡tienen que pagar -. Agresiva y conminatoria suena esa voz.-. ¡Quiero hablar con el fuerte de la empresa, con el arquitecto Samanez! -exige.

El arquitecto Román Samanez jala una silla y se sienta a un costado de la mesa del directorio. Presiona la grabadora de su teléfono.

- ¡Soy el arquitecto Samanez, te escucho! -, contesta gravemente.

Tosen al otro lado del teléfono. Se escuchan murmullos. Parece que no está solo.

-Buenas tardes, soy Cerebro, arquitecto-arreglándose la voz y la garganta.

-Sí, ya sé quién eres, qué quieres -frío y cortante contesta el Arquitecto

-Queremos su colaboración señor Samanez, para que nuestra obra se ejecute sin problemas, arquitecto, *cofff, cofff*-tosiendo.

-Estos hijos de puta están bien informados; saben el nombre del arquitecto y seguramente los nombres, teléfonos y direcciones de todos nosotros, -comenta bajito el ingeniero Wilfrido Rondinel Velásquez, con rabia y temblor en la voz.

-Que propones -pregunta el arquitecto, con su tono más calmo.

-No mucho, arquitecto - engrosando la voz-. ¡Solo el dos, punto, cinco por ciento del monto de la obra -carraspea, pareciera que está resfriado-! Son solamente cincuenta y siete mil trescientos veinticuatro nuevos soles con setenta y dos céntimos- soltando las cifras, de un solo tirón.

Nos miramos incrédulos. Ni nosotros, que somos los responsables de la ejecución de la obra, sabemos bien, los montos del presupuesto aprobado.

-Arquitecto, este sencillo será pagado en tres cuotas mensuales de veinte mil luquitas cada una, nada más, arquitecto, ah, ¡y no es negociable Arquitecto! - remata tosiendo.

Nos miramos sorprendidos, *“hasta han sacado su cuenta, estos maldecidos”*. La rabia y el espanto se reflejan en nuestros sorprendidos rostros.

-Hijos de puta -, como un susurro general.

- ¡Es mucha plata, Cerebro! -levanta la voz el arquitecto-, ¡sabes que no somos una gran empresa y los costos de Sedapal no son los mejores!

Un murmullo, se escucha, del otro lado del teléfono.

- ¡Ja jaja, que buen chiste arquitecto, ja jaja! ¡Y eso, que mierda me importa a mí y a mi sindicato! Estas son nuestras condiciones, ¡Me oyó, arquitecto? ¡O se atienen a las consecuencias!

Nos miramos atemorizados. Interrogándonos con la mirada, estupefactos.

-Mire que somos buena gente, señor Samanez -la voz suena conciliadora-. Lo que tiene hacer, arquitecto, es cumplirnos con nuestros cupos de paz laboral y todos felices, ¿Me escucha, arquitecto?, nuestros cupos de paz laboral, -tosiendo.

-Hasta nombre jurídico le han puesto a la extorsión, carajo-, murmuro apesadumbrado.

-Solo tiene que contratar a doce de nuestras gentes y ponerlo en planilla -nos miramos sorprendidos-, y claro nunca irán a su obra y si van, ja jaja -, la voz suena burlona- le armamos un sindicato en su obra y va a ser peor. ¿Qué dice? ¿Usted decide, arquitecto? -escuchamos murmullos, de varias voces al otro lado del teléfono.

Estamos asustados, incrédulos.

-Nos están asaltando, nos están extorsionando, nos están robando y por teléfono -, comentamos en voz baja.

- ¡Andate a la mierda, Cerebro hijo de puta, ¡me estás asaltando! -protesta el arquitecto Samanez, irritado, encolerizado y muy molesto.

Nos miramos sorprendidos. No esperábamos esa respuesta. El arquitecto Samanez es una persona ecuaníme, serena y conciliadora. Esa reacción no parece suya.

- ¡El que se va a ir a la mierda es usted, arquitecto! - gritan al otro lado del teléfono-. ¡Tiene una semana para decidir, lo llamaré el próximo lunes! ¿¡Oyó, el lunes!?

El ambiente está denso. Tenso. El aire, irrespirable.

- ¡Ah, arquitecto, y no haga cagadas, esto es un negocio entre nosotros! ¡Sabe, los tenemos bien chequeados, dónde viven, qué hacen y qué no hacen!

Nos miramos asustados. Pálidos. Temerosos.

-A propósito, su hijita, está bien rica su chinita, arquitecto, ja jaja -se escucha una carcajada en coro.

El arquitecto Samanez está sudando. Nosotros, asombrados. En silencio.

- ¡Ah! -continúa esa voz ronca y cachacienta. - Un saludo para su Residente de obra, el ingeniero Carlos Aparcana Romero, ja jaja -su risa hierde mis tímpanos- Dígame que lo tenemos bien marcadito, ja jaja -apagando el teléfono.

Ese ingeniero soy yo. Ni siquiera he ido a la obra y, ya saben quién soy.

- ¡Estamos jodidos! -, comenta el arquitecto, apagando el teléfono. Derrotado.

-Jodidos y solos -, dice el ingeniero Elmer Burgos.

-Solos y jodidos -, murmuramos a coro, apesadumbrados.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

PLANIFICADORES

Alrededor de una mesa metálica cubierta con mantel verde de hule y rayas rojas, sobre sillas de fierro forradas con plástico floreado; sentados están, seis contertulios, del Sindicato de Trabajadores Desocupados del Callao y Ventanilla.

Tienen Asamblea General de Junta Directiva. En agenda, planificar “los próximos trabajitos” con las empresas de la construcción.

Discuten, conversan y proyectan la próxima “intervención”, a las obras estatales, principalmente.

-Con las obras grandes no vamos a poder, ¡carajo! -, argumenta el gordo Venancio con rabia en la mirada. - ¡Esos territorios son de los tiburonzos del gobierno; ¡ahí la plata es grande, muy grande! -filosofa en voz alta.

Sobre la mesa, unas oscuras botellas de cerveza se amontonan, algunas lucen ya vacías.

-Sí, pues, *carajo* -suena una voz- esa es plata de los Gerentes regionales y municipales, ¡angurrientos esos chuchas! -, se lamenta- Se llevan el diez por ciento de la chamba ¡maldecidos! -reniegan

Un vaso de vidrio con cerveza circula de mano en mano, de boca en boca, entre los asistentes.

- ¡Si queremos hacer plata, la puntería son las pequeñas y medianas construcciones, ¡sino *cagamos*, compañeros, *cagamos!* -, limpiándose con el dorso de la mano derecha, la espuma de la cerveza bebida.

Sobre el piso, una caja de plástico marrón contiene una docena de botellas de cerveza. Seis están vacías ya, consumidas.

Venancio intranquilo se levanta, camina por la sala. El volumen de su abdomen expande a su camisa y por entre los botones su abultado ombligo, aparece.

- ¡Pacherres! -eructa-, te vas a la Municipalidad de Ventanilla y en la Dirección de Obras, averiguas todas las obras que han sido otorgadas y dónde quedan -arroja la espuma al piso de cemento. - *Ab*, y lo más importante, cuánto es su presupuesto y que otras obras más, están por salir, ¿Me entendiste, Pacherres?

Desde su flacura y su camisa verde a cuadros, Pacherres asiente con la cabeza, mientras destapa una cerveza, con los dientes.

- ¿Y si no quieren darme el dato, cholo? - pregunta, medio inocente.

Venancio lo mira asombrado, como si no entendiera la pregunta.

- ¡Eres *buevón*, o principiante, o qué! -carraspea. - ¡Hablas con la gente, *pue* cojudo, le pones un billete o les invitas unos ceviches y unas chelas! -fulminándolo con la mirada. - ¡No sé qué *mierda* haces!, pero nos traes esos datos, para ayer, no seas *buevón*, ¡Pacherritos! -escupiendo, sobre el piso de cemento.

- ¡Antes que nos *aprimeren*, como el Colegio de Villa Los Reyes y el local del Parque Industrial- mirando con ojos de rabia-

-No te hagas el *buevas*...o quieres que tu mujer se quede viuda y sin marido, Pacherritos ¿oíste o te quito la sordera?

Un huayno del Jilguero del Huascarán suena en la radio, "*mujer andina, vengo a cantarte todas mis penas y mis tristezas...*"

- ¡Apolonio...! -dirigiéndose al blanquiñoso de polo negro. - ¡Averiguas todo lo que sea del ingenierito de la chamba del colegio de Ventanilla! -tamborileando sus dedos

sobre el plástico de la mesa. – Quién es, donde vive, tiene mujer, hijos, querida, donde come, que hace, cuantas veces *caga* al día- chocando su vaso de cerveza con el vidrio de la botella.

- ¡Ah, y también del maestro de obra! -tomando el contenido de la cerveza en dos tiempos, - esos *buevones* son los que manejan las chambas y siempre pasan piola, ¡esos pendejos!

Apolonio lo mira sonriendo, sabe cómo hacer su chamba. Tiene contactos, unas chelas y los mismos obreros hablan. También la *doñita* que lleva la comida a la obra, ella sabe todo, y mejor aún, la sobrinita que la ayuda y está bien rica, hablará por amor.

- ¡Ya jefe, no se preocupe!, esta semana tiene todo lo que quiere -contesta, probándose unos lentes oscuros, sintiéndose artista de cine.

Agita el cubilete de cuero, lo “*chocolatea*”, lo sopla y lo lanza. Los dados ruedan, sobre la humedad, de la cobertura de la mesa.

- ¡Cuatro zambas en uno! -grita alborozado.

Sonríe. Está tras la sobrinita de la señora de la pensión. Geraldine se llama. Tiene 16 años y está por acabar el colegio. Sonríe. Se frota las manos. La ganancia será por partida doble.

- ¡Cinco cosas son mejores! -, corrige el flaco Bernardo Félix. - ¡Clávale cinco ases y demuéstrole la mano que tienes, *Pitercito, ja jajá!*

Sin mucha ceremonia, lanza el cubilete y solo dos ases. Se toma el vaso de castigo y la espuma va al piso.

-Vidalito, tú te encargas de negociar, lo llamas a nombre del sindicato y exiges la contratación de nuestra gente -palmeándole el hombro-, le pides un porcentaje de la obra y lo presionas hasta que atraque.

Camina hasta el televisor y coloca un CD de cumbia de los Hermanos Galarreta, gira en redondo su voluminosa anatomía, achina los ojos.

- ¡*Kungfulay*...! -truená-. ¡Tú le ayudas al Apolonio!

El chino *Kungfulay* desde sus ojos rasgados, sonríe. Han hecho varios trabajitos juntos y sabe cómo, cuándo y con quienes se negocian las obras.

- Con cuatro obritas que tengamos este año, la hacemos linda... ¡billete grande! - saca su cuenta, se frota las manos. - Y ya saben; si se ponen difíciles, les mandamos a la *gentita* y esos lagartos por un billete, hasta ellos mismos se matan, *ja jajá* -bebiendo otro vaso de espumante cerveza.

Andrés Palomeque está en silencio, solo bebe. No es de mucho hablar. El mudo, le dicen.

- ¡Andresito, tú te encargas de la caballería! Me armas a la tribu, te vas a la Cincuenta en Comas y te compras unos *fierros* largos y cortos y si hay alguna *metraquita* también, ¡hay que estar preparados! *Ah*, esas granaditas tipo piña, no te olvides Andresito ¡si los otros sindicatos nos quieren cagar, tenemos que hacerles sentir que somos los bravos y que nadie viene, levanta la pierna y nos orina!... ¡qué *carajo!*

Levantán sus vasos, brindando por los triunfos antelados.

- ¡No ha nacido el huevón que nos pise el poncho! -ríen, festejan.

Menos los dueños de las pequeñas y medianas empresas constructoras, quienes pronto recibirán llamadas telefónicas, extorsiones, visitas, amenazas, sobres de manila, chantajes y más, cosas más.

Nosotros; los cascos blancos, lo sufriremos también.

TELEFONEANDO

-Aló, aló, Ingeniero Julio Antonio Rosales, buenos días.

-Sí, aló, ¡quien habla! - contesta

-Soy Baldovino Zavala, secretario de Defensa del Sindicato de Trabajadores Desocupados de Pachacútec, ingeniero.

-Sí, buenos días, dígame.

-Lo estoy llamando, *pa' que* nos colabore, ingeniero.

- Qué te colabore, para qué una rifa o que, ¡no soy la beneficencia!

- ¡No me apague el teléfono, ni me corte ingeniero!, solo quiero conversar...

-Conversar, de qué...

-Del asfaltado de la avenida principal de Los Olivos.

- ¿Cómo dices que te llamas?

-Baldovino Zavala, ingeniero, para servirle, ¡Zavalón para los amigos..!

- ¡Zavalón, el sindicalista extorsionador de obras! ¿Tú, estás preso...?, ¡Lo leí en los periódicos!

- ¡Sí, claro, ingeniero!, estoy en Piedras Gordas, pero dentro de poquito saldré libre, ingeniero, para dedicarme personalmente a mis negocios de la construcción.

- ¡Extorsiones dirás, delincuente, ladrón!, ¡eso eres y bien preso estás!

-Tranquilo ingeniero, lo estoy llamando para que colabore con nosotros; usted sabe que, con nuestro respaldo, puede terminar su chamba sin problemitas...usted entiende.

- ¡¿Respaldo de qué?!

-No se haga el zonzo, pue Ingeniero, le cuidamos nuestra obra de los otros sindicatos de construcción.

- ¿Qué quieres...?

-Una contraprestación de servicios, ingeniero, ¡usted nos colabora y nosotros lo protegemos, ingeniero!, podemos llegar a un acuerdo, ¿Qué dice...?

- ¿Y cuánto va a costarnos tu protección...?

-Lo haremos legal ingeniero, le daremos factura para que cuadre su contabilidad, ¿qué le parece?

- ¿Cómo eso eso...?

-Nosotros nos encargamos de la eliminación del desmonte; pero solo será en papeles ¿entiende? Por cada volquete de quince metros cúbicos, nos paga cinco y le facturamos por todo ¿qué le parece?

- ¡Pero es demasiado! Quebraría la obra y no la terminaría y encima me multarían.

-Que su contador, el señor Luis Alberto Zorrilla se encargue de eso. Es muy bueno comprando facturas para no pagar impuestos, ni cancelar *igees* y *bambearle* las cuentas.

- ¡Eso no es cierto! ¿Cómo dices que te llamas?

-Baldovino Zavala, Zavalón, ingeniero, ¿sabe usted lo que hace su contador con sus trabajadores?, ¿No?, le cuento, ingeniero... Un mes los pone en planilla, otro por honorarios y otro mes por boleta, para no pagar seguro social ni *aeépe*, ni *oenepe*, ni nada y tirarse la plata ¡Si algún día sus trabajadores se *emputan* y lo denuncian, lo van a joder, ingeniero y bien jodido! ¡Nosotros seremos sus socios, lo haremos legal, chambeamos por la legal!

-No sabía nada.

-Una joyita le salió su contador, ¿no, ingeniero? le está robando y lo para *cojudeando* Ingeniero, póngase mosca o terminará sin nada y chambeando para él, ja jajá.

-(Silencio)

-Una denuncia a la Sunat y al Ministerio de Trabajo y le cae la noche, Ingeniero, a usted y a su empresa. ¡Y si viene por acá, por este hotelito de Piedras Gordas, también le

puedo dar protección Ingeniero! Sabe *usted*, aquí la gente es mala, muy mala, Ingeniero.

-(Silencio)

- ¡Mis chalecos le pueden destrozar su campamento y sus excavadoras pueden sufrir desperfectos, sus retro excavadoras, sus mezcladoras y sus volquetes también! ¡Usted decide, Ingeniero!

- ¡Llamaré a la policía y te denunciaré!

- ¿Que harán? los mantendrá en su obra, un día o dos...pero no todos los días; además, no podrá probar nada contra mí... ¡Estoy en cana, Ingeniero!; usted lo ha dicho, estoy veraneando en Canadá ja jajá...

(Silencio)

-Ah, me olvidaba, Ingeniero...Ayer estuvieron mis muchachos paseando por su zona y lo vieron salir a usted con su esposa, como a las nueve de la noche, a cenar seguro y a su hijita, la alta y rubia que llegó como a las siete con una amiguita, y su hijo, el flaco, llegó como a las ocho con su enamorada, manejando su *Toyota Tervel*, seguro venía de la universidad.

- ¡Nos has estado reglando, hijo de puta!

-Fíjese, Ingeniero, que me llamaron en ese momento y yo les dije, no lo asusten a mi Ingeniero, no hagan nada hasta mañana que hable con él; después decidiremos, ¿Usted dirá, Ingeniero?

- Y qué seguridad tengo que después de pagarte, no me vas a seguir jodiendo, ni tu ni los otros sindicatos.

- ¡Tiene mi palabra, Ingeniero!, ¡con eso basta! Yo soy derecho Ingeniero, hombre de palabra ¡Usted me cumple, yo le cumplo, Ingeniero! Tendrá el respaldo de nuestra gente y del sindicato ¡Nadie se meterá con usted y tampoco con nuestra obra ¿me entiende ingeniero?

-Hablaré con mis socios.

-Eso está mejor, Ingeniero, ya nos vamos entendiendo, espero su llamada ¡No, no, mejor lo llamo yo! ¡En dos días, a esta hora! ¿Está bien, ingeniero? ¡Dos días, ingeniero!, y que tengan un buen día, usted y su familia.

Apoltronado en su antiguo sillón de gerente, mal digiere esta llamada. Un mal sinsabor le amarga la boca y un sudor frío perla su frente.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

PALETA DE MADERA

Suena un disparo, solo uno y el maestro de obras Hortencio Seladas, cae sobre el asfalto de la cuadra 5 de la avenida Los Rosales, del Asentamiento Humano Los Vigilantes del Cerro.

Un hilo de sangre resbala de su pecho, manchando su sudada camisa gris.

Un encapuchado sicario enfundado en una casaca gris rastrilla su revólver una vez más para ultimarlo. Los gritos de los obreros “asesino, asesino, cójanlo, agárrenlo”, que regresan de su refrigerio, lo intimidan.

- ¡Es el maestro, lo mataron, es el maestro! -gritan, lanzándole piedras al delincuente.

El sicario dispara dos tiros más al aire, para disuadir a los obreros; quienes corriendo se acercan. A la volada el maleante, se trepa a una moto taxi roja que lo espera a unos metros adelante y a toda velocidad dobla por la calle Los Eucaliptos en Carabayllo.

Algunos obreros corren tras la moto taxi, persiguiéndola. No la alcanzan. Zigzagueando baches y personas, entre la confusión y el estupor, desaparece.

Un grupo de obreros se acercan presurosos alrededor del maestro de obras herido. Por los disparos, alarmados varios pobladores del Asentamiento Humano, se acercan preguntando, qué es lo que ha pasado.

- ¡Es el maestro Seladas...carajo...! -grita el operario Juan Arias Velazco. - ¡Avísenle al Ingeniero! -exclaman unos- ¡traigan la camioneta, hay que llevarlo al hospital! -piden otros- ¡Se muere el maestro carajo se muere! -, desesperados los demás.

Hortensio Seladas Castro es el maestro de Obras, responsable de la construcción del Colegio General José Luis Orbegoso, que estamos edificando; por encargo de INFES del Ministerio de Educación.

Tenemos casi noventa días, desde el inicio de los trabajos. Técnicamente, estamos dentro de la curva de rendimiento y el cronograma de avance, está dentro de lo previsto. A pesar de los múltiples problemas extra laborales, paros, feriados y huelgas y marchas, terminaremos en el plazo previsto

Estas son las contingencias y el entorno incierto, con las cuales las empresas lidian cotidianas y construimos en nuestro país.

Soy el Ingeniero Residente de Obra y las relaciones, con los sindicatos de construcción civil que dominan la zona, no pasan por sus mejores momentos. Las presiones por los cupos de trabajo son cada día más fuertes, más tirantes, más estresantes.

En una reunión con la Gerencia de la Constructora Consorcio Río Chilango y el sindicato de Obreros Desocupados de Carabayllo Norte, se decidió incluir dentro de la planilla, a ocho trabajadores de su sindicato.

-Tu gente ingresa a la obra a chambear, como cualquier obrero y si huevean o arman sindicatos o joden por joder, se van- ha sentenciado don Jacinto Emerson Alvarez Culqupáucar, Gerente del Consorcio.

-Sí, claro, señor Alvarez - afirma Emilio Pariona Rojas, a nombre del Sindicato-, si algo malo sucede; me avisa nomás -, estrechándose las manos, en señal de conformidad y apoyo mutuo.

Aunque ese acuerdo sea, un tácito sometimiento, están extorsionándonos, se sienten los dueños de la obra.

-Si no puedes con tu enemigo, únete a él- me comenta con Emerson, palmeándome el hombro- Es también parte del costo beneficio, ingeniero.

A pesar de ese trato, los obreros del Sindicato “se orinan en el acuerdo”: llegan a la hora que quieren, no obedecen órdenes ni del maestro de obra ni de los operarios, hablan mal de la empresa y de todas las otras, dedicadas a la construcción.

Están formando un sindicato dentro de la obra.

Obligan a los obreros a comprarles polladas y los lunes ni las plumas aparecen. Presionan a los trabajadores con boletos de rifas del Sindicato, que jamás realizan o ellos o sus amigos siempre ganan. Corren listas solicitando cuotas “voluntarias” para los “disqué” sindicalistas enfermos y hospitalizados, que nadie conoce ni saben que existen.

“Somos del sindicato y a nosotros nadie nos jode” -, comentan orondos.

No cumplen las advertencias del vigilante de la obra ni del prevencionista de seguridad “El casco me molesta”, contestan y no acatan las normas de prevención de accidentes “las botas me aprietan, los guantes me sudan las manos, los lentes son pa’los ciegos”, burlonamente comentan.

- “Son unos conchudos estos huevones” -, protestan los demás obreros.

Ayer jueves, fue el cumpleaños del sindicalista Remigio Calvay Condori. Aprovechando que el vigilante, hacía su ronda de control; los sindicalizados ingresaron botellas de ron, hasta los servicios higiénicos del primer piso, del segundo pabellón de aulas. Ahí, contra todas las advertencias, se pusieron a beber.

Armando Reyes Palco, otro sindicalizado, salió a comprar cigarros y en la calle encontró a Rosalinda; la hija de quince años de doña Imelda Arrascue, quien es la dueña

del restaurante, que prepara y vende el menú diario para los cuarentaitrés trabajadores de la obra.

La abrazó a la fuerza y quiso besarla contra su voluntad. Ella gritó pidiendo auxilio. La señora Imelda con un palo de escoba lo agarró a palazos por la espalda, la cabeza y las costillas, defendiéndola.

Ofendida, malhumorada y rabiando de la cólera, me buscó como Ingeniero Residente de la Obra y lo denunció.

- ¡Despídelos, Hortensio! -le ordenó al maestro de obra. - Han transgredido el reglamento interno de trabajo de la empresa y eso es falta grave- sentencio.

Marco el teléfono de Artidoro Sánchez Zegarra, secretario de Organización del Sindicato, para informarle de "la cagada" que ha hecho su gente y la decisión adoptada.

- ¡No permito *buevadas* en mi obra Artidoro, ni las faltas de respeto de nadie! -, molesto y ofendido-. Si quieren chupar que vayan a una cantina, ¡mi obra no es bulín, ni bar de mala muerte, Artidoro! y lo sabes.

Siento el malestar al otro lado del teléfono.

- ¡Esa gente se va y se va, sí o sí, Artidoro! ¡en mi obra no se quedan ni un día más!

-Lo entiendo, Ingeniero -, me contesta compungido- Yo también voy a tomar acciones Ingeniero, ¡les quitaré el carnet y los borraré de mi padrón! - sentencia.

Hortensio Seladas, mi maestro de obra con un balazo en el cuerpo está tirado boca arriba, sobre el piso.

- ¡Han matado al maestro Seladas, Ingeniero! - grita fuertemente, el vigilante de la obra, para que, entre el ruido de las máquinas, lo escuche-. ¡Lo cagaron los sindicalistas! - me explica a gritos.

Seladas está tendido sobre el asfalto. Una mancha roja sobre el pecho de su camisa se observa. Los obreros tratan de auxiliarlo.

- ¡Peluche, Peluche! - llamo al chofer de la camioneta.
- ¡Carlos, Carlos! -grito al administrador de la obra-. ¡Vamos al hospital de Comas! ¡Apúrense! -exclamo desesperado-. ¡Se nos muere el cholo, carajo! -alterado y nervioso.

Lo cargan, abren la puerta, lo introducen y lo recuestan sobre el asiento posterior de la camioneta doble cabina.

- ¡Arranca Peluche, arranca, que se nos muere el cholo! -me siento como copiloto. - ¡Que no se duerma, carajo, que no se duerma! -desesperado. - ¡Putra madre, se nos muere el cholo! -me lamento.

Ingresamos a toda velocidad a la Carretera a Canta. La cruzamos sonando el claxon y los carros paran. Por la velocidad, la camioneta salta en un bache. Saltamos y golpeamos nuestras cabezas, con el techo de la camioneta.

Por brusco movimiento, el cholo Hortencio Seladas, abre los ojos, se despierta.

-Que pasó, que pasó, donde estoy -murmura inaudible.

Doblo mi cabeza y lo miro asombrado a través de mis lentes de miope. Carlos y Peluche lo miran sorprendidos, también.

- ¡Casi te matan, carajo! -, le grito emocionado.

Peluche frena la camioneta. Se baja, yo también. Antonio, el administrador, le abre la camisa.

- ¡Es solo es un rozón, ingeniero! -, grita eufórico Carlos, suspirando de contento.

Me acerco y me saco los lentes para mirarlo mejor. Es una pequeña herida, de cinco centímetros. Un rozón sobre el pectoral izquierdo, a la altura del corazón. Sangra.

-*Ja jajá, ja jajá* -reímos de contento-, el susto que nos hiciste pasar, cholo de mierda, *ja jajá, ja jajá* -, seguimos riendo.

Suspiramos tranquilos.

-Mejor te hubieses muerto de verdad, cholo de mierda -bromea Carlos-, para tomar café gratis y no chambear dos días, *ja jajá, ja jajá* -festejamos todos-, ¡no sabes cuánto te habríamos llorado!, *ja jajá* cholo pendejo -tamborileando sobre la cabina de puro contentos.

Es hora del refrigerio y el maestro Hortencio Seladas ha salido de la obra hacia la ferretería, que está a dos cuadras. Necesita comprar dos paletas de madera, para tarrajear los cielos rasos de las aulas del primer piso.

Camina despreocupado por mitad de la pista, silbando. A sus espaldas una ruidosa moto se acerca. Por instinto, voltea.

El encapuchado, de una moto taxi baja a la volada y a paso ligero, se dirige directo hacia él. De entre su ropa extrae un arma, apunta y dispara.

Instintivamente y en un acto reflejo, Hortencio Seladas coloca las paletas de madera, como escudos. La bala traspasa el grosor de la madera y el impacto le golpea el pecho. La fuerza del balazo, lo sacude. La violencia del golpe en la madera, le quita el aire, lo desmaya. La bala hiere su pecho, sangra y se le nubla la vista. No recuerda nada más.

Cae sobre el piso, inconsciente. Golpea su cabeza con el pavimento. Queda tirado, con las dos paletas de madera a los costados de su pecho.

Dicen que fueron los despedidos de la obra *“que se han creído, carajo para botarnos”*; un acto de venganza por haberlos expulsado de la construcción *“gordo conchetumadre, morirás”* por mal comportamiento y falta grave en el trabajo *“dos billetes de cien y una caja de chelas, si le das vuelta a ese huevón”*.

¿Qué son las paletas? Son tablas cepilladas, hechas de la dura madera de tornillo, de treinta centímetros de largo por veinte de ancho y una pulgada de espesor.

Difícil de penetrar.

Lo ingresamos por Emergencia al Hospital de Collique para un chequeo. Personal médico lo ausculta, lo cose, le ponen siete puntos, gasa, esparadrapo y unas pastillas contra la infección y el dolor. Reposo por un día.

Regresamos a la chamba.

- ¡De la que te salvaste, cholito! -, le digo emocionado, abrazándolo.

Me mira agradecido. Sonríe para nosotros.

- Gracias, Diosito lindo -, tocándose el parche sobre su pecho.

Mira agradecido a la paleta con el agujero de la bala. Lo besa lagrimeando.

-Le haré un altar en mi casa, Ingeniero-, lagrimea.

Lo miramos sorprendidos. Comprendiéndolo.

-Ya, ya cholo, no prometas cosas que no vas a cumplir -le dice burlón el administrador- como cuando prometiste, que después de tu operación a la vesícula, nunca más volverías a chupar, *ja jaja* y mira las trancas que te pegas *ja jaja* -, festejamos, todos.

La agujereada paleta reposa sobre dos burros de madera y unas tablas con rebaba de cemento y un astillado hueco de un centímetro de diámetro en el centro.

Semeja un lloroso ojo. Es el recuerdo de un intento de asesinato y la salvación de una vida. Una salvadora tabla de una tentativa de muerte.

Venganza o extorsión. La policía investigará.



ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

UN DÍA DE CHAMBA

5:30 AM, Joselito Guardamino Contreras se despereza, entre las frazadas *Tigre*, deshilachadas y desgastadas por el tiempo y por el uso. Las tablas de la cama crujen con sus movimientos.

La humedad y la neblina traspasa a las tablas rajadas, los listones torcidos, las maderas resecas y los triplay apollados, que sirven como las paredes de su casa. Son dos cuartos que sirven como dormitorios, una cocinita con un aparato de dos hornillas que funciona a kerosene, un baño con un caño de ladrillo donde también se lava la ropa y un inodoro blanco, construidos rudimentariamente, sobre un falso piso de cemento y hormigón.

Lo hicieron a pulso, sobre un terraplén, ganado a punta de cincel y comba, barreta y carretilla, a las laderas del cerro Refugio del kilómetro 32, en Comas.

Llovizó toda la madrugada. La neblina, impide visualizar a las laderas y a las quebradas de los cerros colindantes. Los charcos de agua sobre el piso señalan a las goteras que traspasan el techo cubierto, con calaminas de zinc oxidado y Eternit rojo.

Prontamente tendrán que repararlo, para que no despierten cualquier madrugada, con el piso y sus camas inundadas.

Doña Rosalía Contreras, su mamá y sus hermanos, Anthony y Grecia; duermen aún. Son pequeños. Los tres comparten una cama de madera de dos plazas. Su padre, Anatolio, hace más de seis años los abandonó. Casi no lo ve; pero lo extraña. Tiene otra familia y tres hijos, según le contaron alguna vez.

5:40 AM. Somnoliento aún, se levanta. Se calza unas muy usadas sandalias, que en el verano las usa para ir hasta las piscinas de Puente Piedra y darse un buen chapuzón.

En el patio, un cilindro de plástico azul almacena el agua, llevada hasta esas laderas por alguna de las pocas cisternas que suben al cerro; llenándolo por cinco soles y muy bien administrada, les alcanza una semana.

Les sirve para cocinar, lavar la ropa, bañarse y las lavazas para el wáter, también.

El frío le golpea la cara haciéndolo tiritar. Bajo la ducha, derrama sobre su cabeza, un pocillo con agua helada. Un alarido corta la madrugada “bbrrrrr, que frío, bbrrrrr”. La humedad de la madrugada, lo hace estornudar “atcbiss, atcbiss”.

5:45 AM. Se pone un jean azul y un polo negro y se calza un par de zapatillas muy trajinadas. El frío lo obliga a subirse presuroso, el cierre de su casaca gris con capucha.

5:50 AM. Un sobre de té filtrante y dos panes de ayer, son su desayuno. “Chau mamita, me voy a chamber”, “Chau hijito, te cuidas, ya”.

Es junio y el invierno en las laderas de estos cerros limeños, está más agresivo que otros años. El frío de la calle lo hace tiritar una vez más. Sobre el afirmado de la calle unos charcos aparecen. Sus zapatillas se llenan de barro. La humedad lo hace estornudar.

Mochila al hombro y con las manos metidas entre los bolsillos de su casaca, acelera el paso para llegar lo más pronto, a la pista.

6:00 AM. Se trepa a una combi, que por “una china” lo llevará hasta los buses alimentadores del Metropolitano. Se sienta y cruza los brazos para abrigarse. El cobrador se desgañita, gritando “alimentadora, china, alimentadora, china”. La combi se llena.

6:10 AM. En la cola de pasajeros, una treintena de hombres y mujeres se empujan, a fin de subir y lograr un espacio en el bus alimentador. Colgado del pasamanos y apretujado entre hombres y mujeres madrugadores que se apresuran a llegar a sus chambas, llega hasta el paradero del Naranjal.

6:15AM. Entre empellones sube al expreso Metropolitano y logra un asiento al final del bus. No entra una persona más, pero siguen ingresando. Es hora punta. Son las prisas de la ciudad. El bus se desplaza por su ruta establecida. Dormita. Otros buses aceleran en sentido contrario. Sueña con su trabajo. El bus solo para en unos cuantos paraderos. Tal vez le irá bien.

En su somnolencia, el rostro de Britany Yamil se aparece. Sus ojos grandes, su negro cabello, sus delineados labios, su cintura estrecha, sus piernas perfectas.

Desde hace tres meses es su *enamorada*, “*ya tengo una chambita en una empresa de construcción*”, le ha dicho alegre, “*con mi semana te invitaré un pollito en el Mega Plaza*”, le ha prometido. En febrero, su Britany Yamil dieciocho años cumplirá, eufórico está.

7:00 AM. El expreso ha llegado al paradero final de Matellini en Chorrillos. Apretujado, entre la agolpada multitud, baja. A empellones sale de la terminal.

7:05 AM. Corriendo, cruza la avenida Huaylas y a la volada se sube al micro, que lo llevará hasta los Cedros de Villa. “*Apúrese, que llego tarde a la chamba*”, le increpa al chofer. “*Si quieres llegar temprano, madruga, haragán*”, le responde el moreno conductor.

7:25 AM. Llega a la obra. “*El maestro Clodomiro Asencio me dijo que me presentara a trabajar hoy*”, le dice al vigilante vestido de azul. Lo mira de pies a cabeza, “*tienes nombre o no*” con la dureza de los licenciados del ejército. “*Soy Joselito Guardamino Contreras, señor*”. Abre un fólder amarillo y lee

unos nombres, “*estás llegando tarde...la entrada es a las siete y cuarto...entendiste*”, “*si señor*”, “*pasa*”.

7:30 AM. Se presenta al maestro Clodomiro y lo saluda con timidez. Es el maestro de obra. Él, es nuevo en el oficio. “*Recoge tu epepe en el almacén*”, entregándole un papel firmado, “*te vistes y vienes*”. Camina hasta el Almacén por entre tablas, fierros y ladrillos. “*Ya tengo chambita mi Britany Yamil*”, murmura. Recibe las prendas y se dirige al vestidor. Está contento,

Se pone el pantalón de jean azul, un polo con el logotipo de la empresa “Constructora D’Gall SAC”, se amarra las botas negras con punta de acero, se coloca el casco azul con barbiquejo, los guantes de cuero y los lentes de protección. Orgulloso, se siente un operario de construcción civil. “*Si mi Yamil, me viera*”, susurra.

Está feliz, “*parezco astronauta*”, sonríe, “*me tomaré un selfie para el feis*”. La mejor sonrisa “*clic*”. *Lo envía por WhatsApp a sus amigos, a su Britany Yamil, también.*

7:45 AM. Con diez nuevos obreros que ingresaron hoy lunes, se dirige hasta un cuarto de madera, donde escuchan la charla de inducción. El ingeniero de Seguridad les explica el Reglamento Interno de Trabajo, la Seguridad en obra y las normas para el buen desempeño en su trabajo en construcción civil “*cero accidentes*”, le han dicho.

9:00 AM. Se presenta al maestro Clodomiro Asencio. El maestro de obra llama al operario Ramiro Bustillos Castillo, “*te encargo este muchacho*”, le dice, “*será tu ayudante, entrénalo bien y exígele*”, “*si señor*”.

Joselito los mira en silencio, esperando las órdenes, “*de ti depende que te quedes, sobrino*”, “*si, tío Clodomiro, gracias*”, “*aquí no soy tu tío, soy el maestro, entendiste*”, “*si maestro*”, “*está bien, anda muchacho*”.

Será ayudante. Preparará mezcla de arena fina con cemento, abastecerá de agua y ladrillos a dos operarios, que

levantan las paredes del muro perimétrico del Centro de Esparcimiento de Chorrillos”.

12:00 M. Suena un silbato y es hora del refrigerio. Entre el ir y venir de los trabajadores, busca al maestro Clodomiro Asencio, “*está misio*” para que le garantice el pago de su almuerzo, “*en la semana pago, maestro*”, con la señora Adelina Moncada, quien diariamente trae los almuerzos para los trabajadores de la obra.

1:00 PM. Se reintegra a su chamba. La obra se vuelve un ir y venir de obreros. Los fierros doblan estribos y los encofradores, sujetan con alambre a las tablas de las columnas, “*algún día seré un operario buenazo, como ellos*”, se promete.

Las mezcladoras de concreto reinician su ruidoso trabajo, las carretillas y *buggies* se entrecruzan; llevan la mezcla para llenar los cimientos, zapatas y columnas.

La obra avanza. Los ingenieros con sus cascos blancos supervisan el trabajo. Toman muestras de concreto para las pruebas de laboratorio. Con una wincha metálica miden las dimensiones de las columnas. Verifican el alto de las paredes y el ancho de las veredas.

5:00 PM. La obra para. Los obreros van a los vestidores. Otros hasta las duchas para cambiarse la ropa de faena por la ropa de la calle y regresar a sus casas.

Ha concluido su primer día de trabajo. Que rápido ha pasado la jornada, “*Sin sentirlo*”, murmura.

5:15 PM. Contento sale de la obra. “*Tengo chamba por un año, le compraré sus zapatos a mi mamá, a mi hermano su pelota de fútbol... y a mi Britany Yamil, por su cumple, un regalito le daré*”. Está contento.

Comienza el camino de retorno. “*Como a las ocho, en mi casa, estaré?*”. Despreocupado, camina presurosos hacia el paradero. Dobla la esquina.

Una moto taxi se acerca velozmente. Siente el ruido en su espalda, da media vuelta para esquivar el peligro.

Unos fogonazos salen de una pistola. Tres balazos le impactan en el cuerpo. Dos le perforan el pecho. El otro le agujerea la frente.

Los sicarios huyen sobre una moto taxi negra, sin placa de rodaje. Los vecinos se amontonan, algunos trabajadores de la obra intentan auxiliarlo.

Está muerto.

No era miembro del sindicato que tenía secuestrada a la obra. No estaba sindicalizado. No sabía nada de construcción.

O lo confundieron con algún dirigente parecido a él, una oculta amenaza o un mensaje de extorsión y terror.

Solamente era sobrino de la esposa del maestro de la obra, don Clodomiro Asencio. Por ella y gracias a ella, había ingresado a trabajar en la obra como un humilde y modesto peón.

Era su primer día de trabajo y, por cierto, su único día. Tenía diecinueve años y nadie sabe porque lo mataron.

La policía tal vez averiguará.

En el corazón de su madre, una carga de dinamita llena de tristeza estallará. Y en el de Britany Yamilé su noviecita viuda, tal vez no lo soportará.



ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

CHOLO CIEGO

La plaza de armas de Cañete luce colorida. Conjuntos de música afroperuana tocan, cantan, bailan festejos y zamacuecas. El vino de Zúñiga, la cachina de Catahuasi y el pisco de Lunahuaná, remojan la tarde.

Cuatro morenas de largas piernas y faldas cortas mueven el *cucú*:

“a que no me quemas el alcatraz”

y los flacos morenos vestidos de blanco y pañuelos rojos, con velas en las manos intentan prender las cintas de papel amarradas, a las movedizas caderas de las cimbreadas morenas, “*zaza za*” de derecha a izquierda, “*zaza za*” de arriba abajo “*zaza za*”, redondito:

“que no me quemas el alcatraz...”

Es la tarde noche del 31 de diciembre. El año termina con sus penas y también sus glorias. Los cañetanos lo despiden regándolo con sus piscos quebranta, acholado y mosto verde de diversas uvas y parrales. Es su trago de bandera.

Para refrescarse del calor del iniciado verano, cerveza bien helada beben también.

De los mercados, de tiendas de abarrotes y de los vendedores ambulantes desaparecen, modelos diversos de calzones amarillos, tangas rojas y cacheteros rosados, con la esperanza de un nuevo año, próspero y feliz.

El cholo Ciego y la plana mayor del sindicato de trabajadores de Mala, Cañete y Cerro Azul, festejan con abundante cerveza, la bonanza del año que termina.

-Este año nos ha ido de la puta madre, ¡compañeros! -satisfecho comenta, desde su rostro cetrino y su ralo bigote. - ¡El año que viene será mejor, carajo!... ¡Salud por eso! - pronostica, levantando el vaso de vidrio, mitad cerveza y mitad espuma.

Desde el mediodía, beben cerveza helada en uno de los *huariques* más tradicionales de la zona, “*El Ñañón del Imperial*”. Fuentes de ceviche, sopa seca y camarones de río han desfilado sobre la mesa.

-Sí, cholo ¡Nos ha ido como la puta madre! - responde Adelmo Canya con los ojos vidriosos-, no nos podemos quejar, cholo. - Es el tesorero del Sindicato y sabe bien lo que afirma.

Charles Escudero, secretario de Defensa del Sindicato, achispado ya por las varias cervezas bebidas, suelta el tema que todos esquivaban comentar:

- ¡Ojalá que el *buevón* del Cahuana no joda más, Cieguito! -Palabra por palabra, resbalan, dentro de los oídos de los presentes; como el líquido helado y espumoso que se están bebiendo.

El Cahuana es un filoso cuchillo, que amenaza a la yugular de los otros sindicatos de la zona.

Hasta ese momento, ninguno de los asistentes ha mencionado el tema. “*Para que jodernos la vida, si la estamos pasando bien*”.

La rabia aparece en los enrojecidos ojos del cholo Ciego. Hay ropa tendida entre los sindicatos de la zona, por las apropiaciones de las obras y mucha sangre en los ojos “*sin ofender lo presente cholo*”, por los muertos y mal heridos, habidos en todos los bandos y bandas.

- ¡De ese *conchesumare* me encargo yo! -. envalentonado por el trago consumido, el Cholo Ciego golpea la madera de la mesa, con el puño.

Miradas de soslayo desde otras mesas, sobre el enfurecido rostro del Cholo Ciego. Saben quién es, del poder que tiene su sindicato y de lo que son capaces de hacer.

Atardece. Las bailarinas y el conjunto de música afroperuana terminan su presentación. Por los parlantes de la Plaza principal se escuchan los acordes de un grupo de música criolla, con patriótica voz entonan:

“yo me llamo Perúuuu...con p de patriaaa”

Las amenazas, balazos y encontronazos, con los otros sindicatos, por el control de las obras, han sido varios y variados.

“La e del ejemplo...la r del rifleee”

Unos cuantos heridos con arma blanca. Uno que otro de gravedad por disparos con balas de diversos calibres.

“La u de la uniónnn...”

Unas docenas de contusos por palos, fierros, cuchillos y armas blancas, en ambos bandos se han registrado ya. Un par de muertos, se han contabilizado también.

“La cosa se está poniendo jodida”, comentan. Ya no son, solo dos los sindicatos de construcción, que se reparten las obras, *“esta pista es para tí...esta urbanización para mí...el puente, ya lo veremos”*.

Ya no, es más. Esa modalidad de repartija no va más.

Un tercero se ha entrometido y con mucha fuerza. *“Está arrasando”,* en el negocio de la extorsión a las empresas de la construcción.

- ¡O se va él o me voy yo!, ¡Uno queda, solo uno y ese uno, soy yo...carajo! -, sentencia levantando la voz. - ¡A esos *buevones* los voy a sacar a balazos!

“Y se llama Perúuuu”- suenan en los parlantes de la plaza de Cañete.

- ¡Este es nuestro territorio o no me llamo el Cholo Ciego, mierda!

Desde las otras mesas, los comensales y bebedores de raspadillas de frutas y de cerveza los miran silenciosos, disimuladamente. Los conocen, saben a qué se dedican, las chambas que hacen. Simplemente miran, comen, beben y no comentan nada.

- ¡Que se queden en el *Llauca*, carajo!, ¡Para qué vienen aquí a joder!, ¡Aquí no tienen nada que hacer, *concha de sus madres!* -lanzando con rabia un medio vaso de cerveza al piso

La morocha mesera, desde sus esplendorosos veinte años y con su mejor sonrisa; se acerca, coqueta, a limpiar la mesa. “*Está bien el servicio, señores*”, pregunta.

-Mamita, que rica estás -, entre los efectos de la cerveza y el morbo-, a ver a ver, unos pasitos de festejo... *jebb...ebbb...ebbb!* -, cantan a coro los del sindicato.

Sonríe. Da unos pasitos de festejo, mueve las caderas y los brazos. Lo aplauden. Una generosa propina, con la cual celebrar un mejor año nuevo, no estaría mal. Su hijo como madre soltera, lo espera impaciente, con un regalo de año nuevo.

- ¡Claro, cholito!, ¡A esos hijos de puta, los regresamos al Callao a punta de balazos!, ¡Estamos contigo hasta la muerte, Cholito! - dicen a coro.

El Sindicato de Trabajadores Desocupados de Construcción Civil que lidera el Cholo Ciego, controla gran parte de las construcciones de Mala, Cañete y Cerro Azul. Amenazando a los ingenieros residentes, extorsionando y presionando a los gerentes de las empresas constructoras y a sus familiares, han logrado el control de la zona.

Para conseguirlo, a las buenas o a las malas, con billete de por medio o amenazando lograron la complicidad de los alcaldes y regidores de las municipalidades del sur chico. Con ellos negocian la posesión, la expropiación y el tráfico de terrenos. En su red de influencia, policías y jueces corruptos comprados en el sur de Lima, están también.

El Sindicato los ha transformado en adinerados y poderoso; pero también en sus serviles lacayos. Plata y balas de por medio.

-Desean algo más, los caballeros-, con su mejor sonrisa la atenta mesera, espera una buena propina.

Cañete anochece. Se prenden los reflectores de la Plaza Principal. Cientos de luces multicolores parpadean, sobre las ventanas y fachadas de las casas y edificios de la ciudad de San Vicente.

Son las últimas horas del presente año *“el año viejo se acaba...la la la...”* y al año nuevo, hay que recibirlo a todo dar.

- ¡No se olvide jefe! - le recuerda Yonny Podestá, su seguridad personal, desde su metro ochenta de altura- tiene que ir a Cerro Azul a la fiesta con los del sindicato -, bebiendo agua mineral de una botella de plástico.

La celebración será con el Grupo 5 y *“su motor y motivo”* y Davis Orosco y su *“aquel arbolito... donde estaba escrito...tu nombre y el mío...”*.

Moviendo las caderas, la guapa mesera, se acerca trayendo la cuenta. El cholo Ciego mira el total. Sonríe, mostrando sus dientes amarillentos, devora con deseo reprimido, a las poderosas caderas de la quimbosa mesera.

De su bolsillo derecho, extrae un fajo de billetes, los cuenta y lo deposita sobre la mesa.

-Para que te compres un calzoncito rojo, muñeca -, galán y mujeriego, pone un billete azul sobre su mano-, aunque no lo estrenarás conmigo, *ja jajá*, espero que algún

día me lo muestres, *ja jajá* y seguro te quedará requetebién, *ja jajá* – enamorador, galán con mirada matadora.

Los cuatro miembros del Sindicato se levantan. Las sillas suenan al resbalar sobre el piso de cerámico.

- ¡Vámonos de frente a Cerro Azul!, en el hotel nos ponemos hermosos y a la fiesta a chupar hasta morir, *ja jajá* - comenta Adelmo Canya, el hombre que maneja la plata del Sindicato.

- ¡Richard...Richard!, trae la camioneta, que somos Cerro Azul ¡*carajo!* - ordena el Cholo Ciego.

Una camioneta negra de doble cabina, los espera. Es la reciente adquisición del cholo Ciego, a nombre del Sindicato.

En la plaza de Armas de Cañete, un grupo musical de cumbia y salsa instala sus instrumentos musicales. Harán bailar gratuitamente a los cañetanos hasta el amanecer.

Enrumban por el panamericano norte; pero las obras para la interconexión vial causan congestión vehicular. Hay apuro, todos pretenden llegar lo más pronto a su destino, antes de la medianoche.

Doblan a la izquierda rumbo al puerto, luego a la derecha, después a la izquierda y allí está la playa, el muelle, las casas alumbran fiesta y en el silencio al fondo, el oleaje del mar.

Es una noche sin luna. El océano no refleja su hermoso azul y la espuma blanca brilla intensa. Llega hasta ellos el rumoroso vaivén de las olas del mar.

Richard estaciona la camioneta. Baján y estiran las piernas. Irán al hotel, se ducharán, descansarán un rato. Vendrán sus esposas y se dirigirán al local donde la música y la cerveza, correrán hasta rayar el sol.

Dos muchachos con aire despreocupado se acercan, en sentido contrario al grupo.

Es la noche de Año Nuevo. Cohetes y avellanas se escuchan por doquier.

Los más entusiasmados son los muchachitos; quienes corren tras los coheteros, saltan tratando de evitarlos y viven a las explosiones de luces y color.

Es la víspera del año nuevo. El año viejo se va.

En el bullicio de las diez de la noche, varios disparos se escuchan. El ruido se confunde con el sonido de los cohetes y avellanas que los muchachos revientan en las calles.

El cholo Ciego cae al piso. Dos balazos le han perforado el pecho. Está muerto.

Saulo Hinojosa, miembro del Sindicato se tambalea. Cogiéndose el vientre cae herido, sobre el piso. Evaristo Astopilco, quien se ha unido en ese momento al grupo en Cerro Azul, tiene destrozada la pierna derecha. Se retuerce de dolor.

Entre el caos y la confusión, los sicarios huyen. A la vuelta de la esquina una camioneta station blanco con el motor encendido, los espera. Desaparecen.

Lugareños que transitan por esa calle se acercan, los porteños que se dirigen al local de la fiesta se paralizan y varios turistas que acampan en la playa, se arremolinan.

Richard el chófer de la camioneta y seguridad del Cholo Ciego, con la ayuda de unos muchachos lugareños levantan a los heridos. Los colocan sobre la tolva de la camioneta y haciendo rugir las llantas, a toda velocidad los lleva hacia el hospital Rezola de Cañete.

Los policías que cuidan la puerta de ingreso del local de la fiesta de fin de año llegan corriendo.

-Que venga el señor Fiscal de Turno para levantar al occiso -, comentan.

Los policías han identificado al Cholo Ciego y a los heridos del sindicato.

-Es ajuste de cuentas, promoción -, murmuran entre ellos.

Sospechan que la orden ha venido del huancavelicano Juan Cahuana. Es la guerra sin cuartel y con sangre, que se han declarado ambos bandos sindicales.

Ambos sindicatos se pusieron la cruz, desde que entraron en pugna por el control de las obras en Chilca. La nueva mina de oro y plata de las construcciones, los terrenos y la extorsión.

Es uno o el otro. Ni convivencia ni zonificación, han dicho. Es todo o nada. Ese es el precio.

En el local municipal suena el Grupo 5:

*quien no lloró...
cómo me sucede a mí...
a quién no le pasó...
quién no aprendió a llorar...*

La mujer y los hijos de cholo Ciego, enterados de la mala noticia, lloran.

La fiesta por el año nuevo, para otros, será hasta el amanecer.

La cerveza llegará a la playa y su espuma se mezclará con la espuma del azul del mar azul.

EVANGÉLICO

Calzando sandalias de cuero, el paso sosegado y envuelto en una túnica blanca con una capa azul sobre su espalda, una calmada figura traspasa el portón de madera del templo evangélico, Cristo Es Luz y Vida, Profecía de Eterna Salvación; en el sector 3, grupo 21 de Villa El Salvador.

Respetuosamente, se inclina ante el altar. Retrocede un par de pasos y se arrodilla para orar. Su cuerpo se inclina sobre sus empeines y con las manos extendidas sobre el piso, ora en silencio.

Reza y llora. Implora por su alma y las almas de los demás. Está abatido, no tiene paz con su conciencia.

A su Dios, le pide su perdón y su protección.

Desde hace ocho años, puntualmente, todos los sábados asiste al culto evangélico. Es uno de los fieles conspicuos y leales. Con sus generosos diezmos mantiene a esta Iglesia pentecostal.

Es, además, fundador del grupo sindical "*Los Desocupados de Villa Salvador*" y hace dos días se enfrentó a balazos, pedradas y palazos con los integrantes del sindicato de construcción Civil de Pachacamac.

La causa, razón, motivo o circunstancia: Los cupos de trabajo para la construcción del Hospital de la Seguridad Social, ubicado cerca a la estación inicial del Metro de Lima.

Intervino la policía y los dispersó con bombas lacrimógenas y disparos al aire. Sobre el polvo de la avenida, quedaron tendidos nueve heridos de ambos bandos. Tres de los más graves fueron trasladados al Hospital María Auxiliadora de Villa María del Triunfo.

Uno de los más graves es Percy Velásquez Vergaray, hijo de su hermana mayor, Etelevina, con quien vino hace

más de quince años desde su lejana Churcampa, en *Wankabelika*, con su atado de tristezas, sueños y esperanzas sobre los hombros.

Trepados sobre el tren Macho llegaron hasta *Wankayo* y subidos en un camión lleno de costales de papa, amanecieron en el Mercado Mayorista de Lima, la capital. Un tío lejano "*les dio un cantito en su casita pa' vivir un tiempito*" en Villa El Salvador.

Dos disparos le han comprometido el hígado, el páncreas y los pulmones. Lo han operado dos veces y está en la UCI del Hospital de Villa María. Los médicos dudan que pueda vivir.

No recupera la conciencia. Tubos, máquinas, mangueras y un respirador artificial, lo mantienen con vida.

Segundo Vilcapoma Vergaray, el evangélico, está abatido. El malherido es su sobrino. Un muchacho de veintitrés años, que dejó su trabajo de carpintero en el Parque Industrial de Villa El Salvador, para acompañarlo en el Sindicato." *Necesito un confianza, sobrino*", le ha dicho.

Implora por su vida. Lloro y sus lágrimas mojan el piso. Arrodillado sobre sus empeines, los brazos extendidos y su rostro sobre el piso, ora en silencio.

A su alrededor murmullos de otros cófrades, se escuchan. Lo demás es silencio. Es una iglesia para el culto y la paz espiritual.

Dos sujetos con polos de manga larga, capucha y zapatillas deportivas ingresan al templo. Se acercan sigilosamente hasta el altar. Miran a un lado a otro, como buscando algo o a alguien.

Lentamente y en silencio se acercan hasta donde está Segundo Vilcapoma Vergaray; quien, con el pecho y la cara pegados al piso, ora por la salud de su sobrino. Lloro y ora.

Disparan sobre él toda la cacerina de sus dos pistolas, acribillándolo. Las balas le perforan el cráneo, la espalda y los brazos.

No se enteró de nada. Tal vez solo haya sentido algunos ardores en su cuerpo. Su ensangrentada cabeza está pegado al piso.

Por su larga cabellera, discurren hilos de sangre, que van coagulándose, lentamente, sobre el cemento que, en un sábado de jornada con varios acólitos vacío, semi pulio y bruñó.

Por inercia de su propio peso, su cuerpo se ha ladeado un poco.

Los asesinos miran a su alrededor. *Los hermanos* evangélicos están aterrados y se han tirado al piso. Otros se han refugiado debajo de las bancas de madera. Los demás están paralizados, sentados sobre las bancas, petrificados y aterrorizados.

Los asesinos rastrillan sus armas, amenazando a los acólitos que se atreven a mirarlos. Un par de disparos al techo para amedrentarlos.

Salen a toda carrera. Una moto taxi con el motor encendido los espera. Huyen a toda velocidad.

Son las siete y treinta de la mañana del sábado 19 de agosto del dos mil y tantos.

La policía y el fiscal de turno identificaron al cadáver. Averiguan, cruzan información, verifican trayectorias y denuncias.

El hermano evangélico Segundo Vilcapoma Vergaray, no solo era secretario de Defensa del grupo sindical *“Los Desocupados de Villa Salvador;* sino miembro activo de la banda Los Serranos de Villa.

Autor intelectual de la muerte de cuatro miembros de dos sindicatos rivales en los últimos cinco meses.

Los asesinaron por la apropiación de terrenos y la venta de lotes eriazos en los arenales de Pachacamac y Lomo de Corvina que, a su grupo sindical, supuestamente, pertenecían.

Su cabeza tenía precio y se lo cobraron, en el lugar menos pensado. Su iglesia.

El crimen no perdona, dicen. Dios tampoco. Así dicen.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

PESO PESADO

La mañana del lunes 21 de mayo, Reynaldo Álvarez Tomioca grita consignas laborales al frente de unos cincuenta obreros del sindicato de construcción de la Carretera Central.

- ¡Viva Construcción Civil!, ¡¡Vivaa!!... ¡Queremos trabajar!, ¡¡Viva!... ¡Viva el sindicato!, ¡¡Vivaaa!!... ¡Puestos de trabajo!, ¡¡Puestos de trabajooo!!

Armados con piedras, palos y fierros de construcción se arremolinan al frente de la puerta de ingreso del Hospital de Huaycán, en la zona B, avenida José Carlos Mariátegui, paralela a Andrés Avelino Cáceres, en el Asentamiento Humano de Ate, en Lima; que estamos construyendo.

Varios sindicalistas muestran ostentosos, pistolas, revólveres y machetes para amedrentar.

Dentro de la obra los trabajadores están avisados. Saben que en cualquier momento se aparecerán. Saben que vendrán y los esperan, también.

- ¡Que salga el ingeniero!¡, ¡Que salga!!¡, ¡Queremos conversar!¡, ¡Queremos conversar, queremos conversar!! -, grita la turba, enfervorizada.

El ingeniero Fernando Regal Lester Bobadilla impresiona con su presencia por su metro ochenta y cinco, sus cien kilos de músculos y su facha de boxeador jubilado de peso pesado; con su casco blanco sobre la cabeza se aparece en la puerta de la obra.

Detrás de él, una veintena de obreros armados con fierros, patas de cabra y cuarterones de madera, lo resguardan.

Su gruesa presencia y su cara de pocos amigos imponen miedo y respeto.

La turba calla. Reynaldo Seminario Tomioca el bullanguero y cabecilla del grupo se encuentra, frente a frente, con el ingeniero Residente de la Obra.

Palidece y calla. Abre los ojos desmesuradamente, se sorprende al verlo.

“*La cagada, mierda*”, piensa para sí.

Desde su metro cincuentaicinco, su abdomen prominente y su nariz achatada, levanta el brazo, acallando a la mancha de sindicalistas.

- ¡Ingeniero, soy el secretario del interior del sindicato de Construcción -, grita airadamente- ¡Venimos a exigir nuestros derechos sindicales y estamos aquí por nuestros puestos de trabajo, ingeniero!, ¡Por los cupos de trabajo que nos corresponde! - con la valentía que le otorga el respaldo de la gente de su sindicato.

El ingeniero Fernando Regal Lester Bobadilla se aparta del grupo y se planta delante del bullanguero sindicalista.

- ¡Y quien mierda eres tú, para que vengas a exigirme cupos de trabajo! -, responde vozarrón e intimidatorio.

Reynaldo Seminario Tomioca se sorprende. Siente el impacto de esas palabras. No esperaba la violenta reacción del ingeniero de obra ni los bullangueros sindicalistas, también.

En anteriores obras que se han construido en la zona, su sindicato las secuestró imponen las condiciones de trabajo “*a las buenas o a las malas*” para su continuidad y culminación.

Los trabajadores de la obra escuchan. Conocen el carácter de su Ingeniero Residente. No dicen nada, están callados pero vigilantes; mostrando sus garrotes, protegiendo a su jefe, dispuestos a responder si son atacados.

- ¡Voy a llamar a la policía, delincuente de mierda! - grita, el ingeniero Regal Lester. - ¡Te voy a meter preso, pedazo de cojudo!

Los sindicalistas se alborotan. Están sorprendidos por la inusual reacción del Ingeniero de la obra. No esperaban este acto de rebeldía e intentan irse encima para agredirlo.

Reynaldo levanta la mano, silenciando al alboroto y las voces.

- ¡No soy extorsionador, ingeniero! - se defiende. - ¡Solo exigimos trabajo para nuestra gente!, esta obra está en nuestro territorio y nos pertenece; usted sabe, ¡ingeniero!

El ingeniero Lester Regal lo observa detenidamente. Lo conoce. Se acuerda de él. Su cara le es familiar, pero no recuerda exactamente, dónde ni cuándo.

Su cerebro se le ilumina. Su memoria lo reconoce. Ahora lo recuerda.

- ¡Te conozco, eres el Reynaldo! - dice enfadado. - ¡Trabajaste conmigo como obrero en el puente de Tumbes!... ¿Te acuerdas Reynaldo?

Reynaldo lo reconoció, desde el momento en que la corpulencia de esa anatomía se apareció en la puerta de la obra. Trabajaron juntos en el norte del país.

- ¡Te acuerdas Reynaldo que te boté por ladrón! y resulta que ahora eres dirigente sindical... ¡No jodas, carajo! - protesta.

Claro. Ahora Reynaldo Seminario, también lo recordaba todo.

Un fin de semana de parranda, le faltó plata para seguir divirtiéndose en la picantería *El Brujo* en Zorritos, Tumbes “con unas hembritas ecuatorianas”, remató bolsas de cemento y varillas de fierro de construcción.

El lunes, el almacenero detectó el faltante. El ingeniero hizo la averiguación y los compañeros de borrachera de Reynaldo, lo delataron.

Lo despidió por delito grave. Lo indemnizaron y se fue en el primer bus rumbo a Lima. Reynaldo Seminario Tomioca se marchó sin pena ni gloria.

- ¡Y resulta que ahora eres sindicalista! -, mirándolo burlón- ¡Por eso estamos jodidos Reynaldo, por gente como tú! - mirando a sus trabajadores y a los sindicalistas. - ¡Y encima vienes a extorsionarme, a exigirme cupos de trabajo-poniendo sus brazos en jarra, amenazador!

- ¡Pídeme disculpas Reynaldo y te doy chamba, a ti y a cuatro de tu gente! -, cachaciento.

El sol de las once de la mañana calienta a las tierras eriazas y poco pobladas de Huaycán.

- ¡Sí no nos da lo que pedimos ingeniero! -, levantando la voz, amenazador- ¡lo cagamos a usted, a su familia y a...

Reynaldo Seminario Tomioca no terminó de articular las últimas palabras.

El ingeniero Fernando Regal Lester Bobadilla, recordó su época universitaria, cuando era campeón de box, en la categoría peso pesado en la Universidad Nacional de Ingeniería.

Practicaba boxeo amateur en los rings de la tribuna norte del estadio nacional de Lima y llegó a ser sparring de Oscar Romero "*Romerito*"; quien disputó el título mundial de box y cruzaba guantes con boxeadores profesionales peso pasado, como el temible negro Oscar Quiñones, y había participado en las veladas pugilísticas que se daban, en la tribuna norte del Estadio Nacional.

Un recto de derecha, directo al rostro de un desprevenido Reynaldo Seminario, lo ha lanzado como dos metros de distancia, terminando de espaldas sobre el polvoriento suelo de la avenida, sangrándole el rostro.

Ante la amenaza a su familia, reaccionó instintivamente y le lanzó el terrible puñetazo.

Reynaldo Seminario Tomioca tiene desviado el tabique nasal, le sangra la nariz, está reventado el labio superior y partido el inferior. Le ha movido, cuatro dientes incisivos y dos caninos de sus mandíbulas superior e inferior.

Ha perdido el conocimiento.

La masa sindical reacciona y suenan disparos. Una bala roza el brazo derecho del ingeniero Lester Regal. Los obreros de la obra defienden al ingeniero.

La obra se ha convertido en una batalla se vuelve campal de todos contra todos.

Cinco obreros de la obra resultaron heridos. Dos tienen la cabeza rota. Otros con varios golpes y moretones en la espalda, los brazos y las piernas.

Un grupo de sindicalistas cargan en brazos a su inconsciente dirigente sindical. Lo llevan al hospital de Chosica. Los demás levantan a sus heridos.

Jurando venganza, se van.

Prometen regresar pronto.

ARCHIVO SOLO PARA SU INFORMACION DIGITAL

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

DE ARAGUA EL TREN

El violento sonido del disparo de un revólver alarma a los madrugadores vecinos de las urbanizaciones Elio y Mirones; quienes en el paradero de la esquina de la avenida Sarria, esperan a los buses y taxis para que los trasladen a sus lugares de trabajo.

Don Armando Rodríguez, el veterano vendedor de diarios recibe a esa hora su dotación de periódicos del día y mientras cuelga las revistas en su quiosco, escucha el sonido del disparo. Se tira al piso, protegiéndose, asustado.

En los veintitrés años de su cotidiano oficio no ha vivido nada de esto “*mi barrio es muy tranquilo*”, siempre se ha jactado.

En la esquina opuesta, frente a la pizzería *Pulcinella*, Casimiro Huilca Poma “el madrugador emolientero”, por el susto ha soltado el vaso de vidrio de sus famosos emolientes de todas las hierbas y sus secretos calentitos, que estaba sirviendo.

Los clientes que rodean a su carretilla, asustados dirigen la mirada en dirección al disparo. El vaso con el emoliente caliente se le ha derramado sobre su mano izquierda, “*achachannu caracho*”, quemándole parte de su brazo izquierdo, también.

El ingeniero Joaquín Cuzcano, Residente de la Obra en construcción, con el cabello encanecido baja de un bus amarillo en la esquina de Thorndike y Sarria. Alertado por el amontonamiento de la gente frente a su almacén, presuroso acelera el paso.

Un alarmado grupo de trabajadores y curiosos, están alrededor de la caseta de obra.

Son las siete de la mañana y hace unos días, el Consorcio Calles de Lima, ha instalado su pequeño campamento en la esquina de las avenidas Sarría y Saavedra, en la Unidad de Mirones de Lima; para los trabajos de remodelación de las pistas y veredas de estas importantes vías, de estas urbanizaciones, del Cercado de Lima.

Sobre el piso de la avenida, un cuerpo delgado de rostro trigueño, cabello negro, polo verde, jean azul y zapatillas blancas está tirado boca arriba.

Una herida abierta sobre el polo de su pecho se desangra.

A gritos los curiosos llaman al serenazgo. Corriendo dos vigilantes del parque se acercan. Por sus teléfonos llaman a la Policía Nacional de la Unidad Vecinal Tres.

“Seguro son los del sindicato de construcción civil del Callao quienes lo han matado”, comentan los aprendices a comentaristas policiales. *“Es un ajuste de cuentas, segurito”,* dice otro. *“Son los extorsionadores de construcción de Morales Duárez”,* argumentan otros. *“No es un patita del barrio”,* deducen. *“De repente cerró con una merca de coca de un narco y le han dado vuelta”,* comenta otro analista. *“Quizás vino a extorsionar a los ingenieros de la obra y los chalecos se le adelantaron”,* dice un sabelotodo.

De una moto lineal negra bajó un muchacho alto y flaco. La cabeza cubierta con casco de motociclista y sin decir una sola palabra, apuntó y disparó una vez. Presuroso y a la volada, se trepó sobre la moto, en dirección a la avenida Colonial.

La policía llega, revisan al cadáver. Encuentran sus documentos.

Se llama Antonio Nazareno Gómez Portillo.

Es un ilegal venezolano recién ingresado al país, con veintidós días de permanencia en Lima. Huyendo de la crisis en su país, atravesó Colombia, Ecuador y medio Perú.

Hoy a las siete de la mañana, estaba parado frente a la puerta de triplay del pequeño almacén de la obra.

Policías de la *Dirincri*, harán las investigaciones criminalísticas y determinarán porque y quienes lo mataron.

Determinarán, si fueron paseros, narcos, los de los préstamos gota a gota, un ajuste de cuentas o cerró a un grande del Tren de Aragua o alguien lo confundió con alguien más.

O estuvo en el momento preciso, en el lugar menos indicado. En la puerta del almacén de una obra en construcción.

En el noticiero matutino de la televisión, el comandante de la Comisaría UV3, aclaró este asesinato.

-El occiso era miembro del Cartel de Aragua y estaba de ilegal en el país -, rodeado de sus policías.

-Según parece, desde Venezuela lo han seguido los *Mara Salva Trucha* para cobrarle una deuda pendiente – informa, durante la conferencia de prensa- y no se descarta un ajuste de cuentas -, con el gorro verde ladeado y muy serio.



CONSUEGROS

El Mercedes Benz color negro rueda lentamente, por la avenida La Molina, metido dentro del desordenado tráfico de las once y treinta de la mañana de un setiembre limeño, rumbo a la avenida El Derby.

En la madrugada, el avión que la traía de retorno a Lima aterrizó sobre las pistas del aeropuerto Internacional Jorge Chávez, desde Miami.

Se ha comunicado con Pitty Domenack, su amiga del *cole* y han decidido juntarse “*tu ileven mai friend*” para desayunar y luego ir al club Regatas a lucir sus frescas y bronceadas anatomías. Sobre todo; contarse los detalles de sus viajes y reírse de todo y de nada, como dos desinhibidas adolescentes de dieciocho años de la adinerada *gentita* limeña.

Pitty su amiga de siempre, la pelirroja Pitty, ha retornado de sus vacaciones en Holanda y tiene muchísimos chismes que contar, experiencias nuevas de que hablar y, de los chicos guapos, de los que se enamoró y la enamoraron.

Sharon Iturralde Polter, regresa de un intercambio estudiantil en California y desde el asiento posterior del Mercedes Benz, con los audífonos puestos, conversa y chatea con sus amigas del *cole*, *lo mostro y beautiful*, que lo ha pasado.

Ha traído un montón de souvenirs, para regalar.

El semáforo está en rojo y los autos frenan. El Mercedes Benz acelera para ganar posición en la avenida. Un Kia plateado le cierra el paso violentamente, antes de llegar a la esquina.

El Mercedes Benz frena intempestivamente. Por inercia el cuerpo de Sharon se desplaza hacia el asiento delantero. Instintivamente, estira los brazos para protegerse.

Está sin el cinturón de seguridad puesto. Se golpea la frente con el respaldar del asiento del copiloto.

Se escuchan gritos de amenaza. Sharon ni enterada.

Se toca la frente y su mente está algo confusa. Unas manos abren la puerta posterior, la toman aprisionándola y jalándola violentamente.

- ¡Calladita mierda, que te vuelo la cabeza! - sacándola fuera del vehículo. - ¡Tranquilita, tranquilita, que nada va a pasarte! - repite una gruesa voz, introduciéndola al otro auto.

Los neumáticos chirrían. Gira a la izquierda, se mete entre otros vehículos y gana la luz verde del semáforo. Se pierde por la avenida.

El secuestro ha durado un minuto y treinta segundos, exactamente.

Un par de autos se han percatado del acontecimiento. Un tercero se estaciona a un costado y el conductor, desciende para enterarse de lo sucedido.

Mateo, el piloto del Mercedes Benz se ha cobijado debajo del timón, al ver un revólver apuntándole la cabeza, a través de su ventana de piloto, protegiéndose de lo que pudiera suceder.

Abre la puerta y muy asustado baja. Nervioso se sienta en la vereda mirando a un sitio y a otro. Reacciona y sacando un teléfono hace una llamada desde su celular.

Sharon, confusa no sabe lo qué está pasando. No entiende lo que sucede con ella. No se ubica dónde está. Tiene la cabeza cubierta con una manta y una mano la sujeta del brazo izquierdo. Nadie habla.

En la radio del auto suena José Luis Perales... ”y quien es él...en qué lugar se enamoró de ti...”

- ¡Déjenme!, ¡que me van a hacer! - grita desesperada.
- ¡Auxiliooooo! - dando de patadas y manotazos.

El conductor del Kia plateado ha subido las lunas polarizadas y raudamente, dobla a la izquierda, luego la derecha, hasta ingresar a la antigua Panamericana sur

- ¡Cállate mierda! - grita una voz, zarandeándola violentamente.

Siente algo húmedo sobre su nariz y su boca y al respirarlo, no recuerda más.

Despierta somnolienta. No sabea que ha pasado y cuánto tiempo ha transcurrido. Tiene los ojos cubiertos con una venda. Está atada por las muñecas y pies con cinta adhesiva.

La desnuda piel de sus muslos siente el frío del piso de cemento, de la habitación.

- ¡Jefe, jefe! -, grita una áspera voz. - ¡Ya despertó la nenita - informa esa voz- aquí la tiene jefe, *usté* verá que hace con esta criatura, nosotros ya cumplimos, jefe- desde la puerta de la habitación!

Espantada, escucha el chirriar de las oxidadas bisagras de una puerta. Tiembla... *¡Braaammm!* Un golpe seco la cierra. El silencio tenso la envuelve. Es una eternidad. No tiene noción del tiempo. Siente miedo. Quiere llorar, pero tiene miedo. Escucha ruidos, como pasos. Siente la presencia de alguien. Intuye que la observan desde la puerta.

Una tela negra cubre su cabeza y le impide ver alrededor. El resplandor de la luz amarilla se trasluce hasta sus celestes ojos.

Trata de recordar lo sucedido

Sharon Iturralde Polter estaba feliz. Después de su viaje de ocho horas desde Miami, se encontraría con su amiga Pitty y con su hermano Bobby *“que está para comérselo cuñis”*, según sus propias palabras.

- *“Anita, prepárame mi jugo, plis”* -, tirando su cartera sobre el mueble, de la inmensa sala de su casa ubicada detrás

del cerro de la Molina— “*me baño y bajo, porfis*” -subiendo las escaleras de cedro, brillantes y recién enceradas.

Ingresa a su dormitorio en la segunda planta. Se desnuda lentamente y en puntas de pies ingresa al *jacuzzi*, para refrescar su tersa piel y sus intimidades florecientes. La espuma le cubre toda su hermosa anatomía y varios líquidos de varios envases, se mezclan con el agua.

Una bata blanca de lino importado cubre su desnudez y abre las puertas de su enorme armario de caoba con espejos de piso a techo. Meticulosamente escoge su atuendo del día.

- “*Que me pongo*” -murmura, quiere verse bonita, esplendorosa. Es la hija única de “*papi*”.

Frente al gran espejo de su habitación, “*no tengo que ponerme, “Ob mai Gad*”,

Una tanga blanca *victoria secrets* transparente, un brassiere 32 C de nylon blanco, un vestido translúcido con tiritas, que no deja gran cosa a la imaginación y unas sandalias blancas de tacón alto, que le alargan las piernas y le estilizan su figura.

Se viste para él, para su Bobby.

-Estás rega, *cuñis* - le diría Pitty, sonriendo cómplice.

Se sabe admirada y deseada por todos los chicos del *haig scul* y del club. Es la mimada hija de papá. Por su *cumple* de dieciocho “*su papi la hizo socia*” y ahora puede ingresar sola, manejando su *Meche*, mostrando simplemente su carnet.

Le fascina sentir las devoradoras miradas de los chicos del Regatas.

Como palmera joven, cimbreo su esbelta figura y su dorada cabellera flota, con la brisa del mar. Sus lentes oscuros le dan un enigmático aire, “*of woman fatale*”.

Es media primavera y el sol de Lima comienza a calentar a las arenas de las playas del litoral y a las calles de la ciudad.

Los amplios espejos de su dormitorio reflejan detalles ocultos de su floreciente anatomía. Desde todos los ángulos se mira y se admira. Es hermosa. Se siente bella. Un extraño escalofrío recorre su cuerpo.

Coqueta sonríe. Sus pequeños y rosados pezones despiertan de su sueño, al roce de la tela del translúcido *brassiere*.

Se siente simplemente perfecta.

La lucidez mental ha retornado a su cerebro. Sentada en un rincón del piso helado, sus hermosas nalgas están adormecidas. Sus tersos muslos reposan sobre el frío cemento.

Siente unos pasos, acercándose. El terror la invade, no sabe que puede pasarle. Grita, pero la mordaza sobre sus hermosos labios, le impide escuchar hasta su propia voz. Solo emite un quejido leve.

Retuerce su cuerpo tratando de alejarse de quien está delante. Sus caderas se contornean. Fuerza sus muñecas y sus tobillos enrojecen, aun más. Intenta librarse de las amarras pretendiendo escapar.

Es imposible. Semeja una débil oruga, intentando liberarse de su capullo para poder volar y sentirse una libre mariposa.

El cholo Rodrigo Bermudes la observa con rabia y con deseo contenido.

Sentado sobre una vieja silla de madera, el cholo Rodrigo rumia sus recuerdos. Su venganza está frente a él, no va a desperdiciarla. Es la oportunidad esperada, no puede dejarla pasar. Su venganza está al alcance de sus brazos.

- Voy a darte donde más te duele ¡conchetumadre! -, murmura, golpeando con sus puños la pared de cemento.

Lo ha jurado ciento de veces. Tantas noches de dolor e insomnio sobre la cama de un viejo hospital del Rímac y luego en el abandono y la soledad de su casa del cerro

Candela, en San Martín de Porres. Ha maldecido su nombre miles de veces, arrastrándose entre las filudas piedras de roca azul, del camino de casi ochenta metros. Resbalándose en la bajada. Cogiéndose de la nada, al borde de los abismos.

Por lástima y solidaridad cuantas veces, tantas veces algunos conocidos lo han cargado en brazos hasta la pista, para que tome una moto taxi. Cuantas veces lo han ayudado a subir a un taxi que lo traslade a cumplir sus sesiones de rehabilitación en el Hospital Cayetano Heredia. O también, lo han subido cargado sobre alguna caritativa espalda de un buen vecino, hasta la puerta de su casita en lo alto del cerro.

- ¡Voy a darte donde más te duele, *ingeniero conchetumadre!* -, repite.

Durante los últimos tres años, este pensamiento lo ha mantenido vivo. Fueron dos mil ciento noventa días y noches, rumiando vengarse. Veintiséis mil doscientas ochenta horas, destilando rabia.

Por enésima vez, observa a esa fresca belleza de mujer tirada sobre el piso. Rendida a su merced. Expuesta a su mirada libidinosa y a sus más lujuriosos deseos.

El blanco minivestido se le ha levantado por encima de sus caderas, dejando libres sus blancos muslos de gimnasta, delineados por azules venas transparentes. Está casi de costado, dejando a su golosa visión, esas nalgas blanquísimas que son una tentación.

El hilo dental de la tanga blanca se ha introducido dentro de sus nalgas. Su desorbitada y lujuriosa mirada se entretiene admirando el bulto blanco, de la tela de la tanga, en medio de sus muslos apretados.

Sus calenturientos ojos descubren un lunar en el extremo de su vientre blanquecino. Su hombría se manifiesta en la cremallera de su pantalón. Le dan ganas de besarla, tiene que violarla. Lo ha jurado tantas veces, lo ha prometido cientos de veces. Su erección, se lo reclama.

Cuántas veces ha diagramado su venganza. Paso a paso, momento a momento. Lo ha repetido miles de veces, hasta aprendérselo de memoria. Llorando lo ha jurado.

Se ha preparado para este momento.

Arrastrarla de los cabellos, abofetearla, escupir su cara, arrancarle la ropa, azotarla a cachetadas hasta enrojecer sus carnes, morder sus pezones hasta hacerlos sangrar.

Violarla veces de veces, tantas veces de diferentes formas y maneras, las veces que quiera y por el tiempo que le dé la gana. Verla llorar, escuchar sus súplicas y sus gemidos. Verla sangrar, suplicar, pedir perdón, por ella, por su familia, por su *papito*...

- ¡Eso va a dolerte en el alma, ingeniero de mierda! - vocifera, con el remordimiento acumulado.

Sharon lo escucha. Tiembla, se acurruca sobre el piso. Con sus brazos protege su cara. Su vestido se la levantado dejando sus piernas de gimnasta, sus muslos tersos, sus amplias caderas y su estrecha cintura, al descubierto.

- *¡Mierda!* - murmura.

Le falta valor para consumir su planificada venganza. No tiene el coraje suficiente para hacerlo.

- *¡Qué chucha me pasa, carajo!* - grita.

La frustración lo invade. No tiene la bravura para ejecutar lo que por tanto tiempo ha jurado.

- *¡Me faltan los huevos...o qué!*

Paso a paso, detalle a detalle, ha programado su consumación. No puede hacerlo. Puede, pero no debe. Debe, pero no quiere.

- *Al que le voy a hacer comer su propia mierda, es a tu viejo-* grita frustrado.

Aún le queda un poco de lucidez mental. Se enoja consigo mismo, no se atreve.

Está allí. Indefensa, a su voluntad, a su capricho. Para violarla, descargar su hombría. Desflorarla por donde se le dieran sus reverendas ganas. Total, nadie sabe dónde está, ni con quien está.

- *Pobre niña, no tiene por qué pagar culpas del mierda de su taita*” -. se lamenta, se justifica.

Se sirve otro vaso de ron Cartavio. Lágrimas discurren por su rostro curtido. Lloro en silencio, de rabia, de impotencia.

Sharon tiene la edad de su hija Maribel. No le gustaría que hicieran con ella, lo que el pretende hacerle a esa muchachita indefensa.

- *Soy una mierda, pero no una cagada*- murmura.

Pasan los minutos. Para Sharon, son una eternidad. Está aterrada. De cuando en cuando, escucha pasos y voces inaudibles. No tiene noción del tiempo.

- *¡A mi Maribel, le hacen daño y lo mato!* -, sentencia con su rostro fiero. No lo mato, con alicate le saco uña por uña, las veinte; le cortaría falange por falange, dedo por dedo y sin anestesia. Tasajearle las venas de sus muñecas y sus tobillos, desangrándolo. Escucharlo, implorarle morir, que lo mate de una vez.

- ¡Soy una bestia! - murmura. - ¡Pero también soy varón...! - arrastrando su cojera, abandona la habitación.

Sharon siente frío. No sabe cuánto tiempo está tirada sobre el helado frío de cemento. Siente hambre y sed. Tiene ganas de orinar.

La puerta se abre y siente que unos pasos se acercan. Se acurruca aún más, como una forma de defensa propia. Está acostada de costado, en posición fetal. Su hermosa piel está humedecida por su transpiración. Siente frío. Mucho frío. Tiritita. El lado derecho de su cuerpo está adormecido.

-Te desataré - le dice una áspera voz, cerca de su oído.
- Te daré de comer, pero si gritas, te mataré, ¡Entendiste! -, apretando el filo de una navaja contra su garganta.

Le saca la capucha. La luz le hiere sus azules ojos. La navaja corta las amarras de las manos. Una asustada Sharon se frota sus párpados para adaptarse a la luz. Sus muñecas, adormecidas están.

Abre sus azules ojos y una flacura de pantalón jean desgastado con una camisa a cuadros rojos y azules, está frente a ella. Lo mira angustiada, no sabe quién es. No lo reconoce, nunca lo ha visto.

Una muleta metálica, arrastra una gran cojera, al caminar.

- ¡Hablarás con tu padre...! - le dice esa áspera voz, entregándole el teléfono móvil que ella traía en su mano, cuando la subieron al auto.

Siente odio por el “*maldito cojo*” y una fiereza antigua reflejan sus azules ojos. Nerviosa busca un número. El teléfono suena una, dos, tres veces.

- ¡Papá, papáaa, soy yo Sharon tu hija, sálvame papito! -. El celular le es arrebatado de su mano, violentamente.

¿En el aire se escuchan unas palabras “hijita, estás bien, hijita?”

- Soy Rodrigo Vicente Bermudes Choquehuanca y tengo a tu hija, ingeniero ¡y sé que me recuerdas bien!

El ingeniero Iturralde lo reconoce, su memoria lo recuerda. Un sudor frío discurre por su frente. Hay una deuda pendiente por saldar.

- ¡Se quién eres, Rodrigo!, no le hagas daño a mi hija, hablaremos- suplica con el temor impregnado en la voz. - ¡Pásame con mi hija, Rodrigo!, te daré lo que quieras, solo quiero saber que ella está bien- implora, desesperado por la vida de su hija.

Sharon Iturralde Polter es la hija única de uno de los grandes empresarios de la construcción en el Perú. Sus empresas han construido diferentes obras en Colombia, México, Panamá, Chile y en los países árabes, también.

- ¡Esto es entre tú y yo, ingeniero! - amenaza con el rencor vertido en sus palabras. - ¡Metes a la policía y recibirás a tu hija, violada por mí y por toda mi gente! - lo intimida. - ¡Ahorita mismo está a mi disposición y sabes que lo haré!, una orden mía y diez cholos lateros la violarán, las veces que quieran y a lo mejor, hasta te la entrego en pedacitos. ¡Tú dirás ingeniero! - acezando de rencor.

Vicente Rodrigo Bermudes Choquehuanca era su maestro de obras, fiel y predilecto. De su entera confianza. Trabajaron más de diez años juntos, en varios lugares del Perú y en varios países de Latinoamérica.

Esa mañana de junio, el Ingeniero Iturralde en su camioneta cuatro por cuatro, doble tracción y lunas polarizadas, visita la obra del intercambio vial de la avenida Sáenz Peña, en el Callao.

Los recién creados sindicatos de construcción civil se arrebataban el control de las recién convocadas obras, por el gobierno regional y las municipalidades del Callao.

Todo el desbarajuste de la construcción civil y las extorsiones comenzó, cuando orondo y jactancioso un presidente regional de la Provincia Constitucional declaró en la prensa y en la televisión:

- *“Las obras que se hagan en el Callao serán para los chalacos, no tenemos que importar, ni ingenieros ni obreros ni técnicos ni nada de nada, porque el chim pum los tiene y de lo mejor”.*

Ahí comenzó todo. Ahí se jodió todo. Esta es la partida de nacimiento de los sindicatos extorsionadores de la construcción y de los secuestros de las obras públicas, en todo el Perú.

En los contratos se advertía:

“El 20 % de los trabajadores serán para los padres de familia de la construcción.

“El 20 % para los trabajadores de la zona de influencia chalaca”.

“El 20 % para los trabajadores de los sindicatos de construcción civil”

“El 40 % para la empresa constructora.

Esta Obra es una de las primeras obras licitadas por el Gobierno Regional del Callao.

Por el control y secuestro de esta obra, dos de los recién creados sindicatos, se agarraron a balazos, palazos y fierrazos en las afueras del campamento de la obra *“exigiendo el cumplimiento del contrato y los cupos de construcción”*.

Eran las once de la mañana.

Vicente Rodrigo Bermudes Choquehuanca apresurado sale del campamento, para avisarle al Ingeniero Iturralde, que regrese, que no ingrese, que hay balacera, que hay bronca entre los sindicatos, que, si lo ven seguramente se las agarrarán con él. Que lo secuestrarán, que le harán daño, que de media vuelta y se proteja.

Lealtad pura.

Dos balazos perdidos, disparados por las turbas le atravesaron el cuerpo a Vicente Rodrigo Bermudes Choquehuanca. Uno le perfora el abdomen y otro le destrozó la pierna. Quedó tendido en medio del asfalto de la avenida Colonial.

Los obreros lo llevaron al hospital Alcides Carrión y lo operaron de emergencia. Le cortaron un metro de intestino delgado. La otra bala, le destrozó la tibia y el peroné. Le pusieron clavos y pernos, como si fuera una ferretería.

Lo enyesaron y le dieron de alta después de estar tres semanas hospitalizado. Fue a su casa, se infectó la herida y le amputaron el pie. Se necrosó la pierna y se la cortaron desde

la rodilla. Dos años en rehabilitación. Sin plata, sin apoyo y sin poder trabajar, sus ahorros se acabaron.

El ingeniero Iturralde lo abandonó. No lo visitó. No lo ayudó. Se olvidó de “*su leal y fiel capataz, el Cholo Rodrigo*”. No pagó, ni la hospitalización ni la rehabilitación. Se olvidó de su existencia.

Le dieron de alta, sin su pierna izquierda. Una inmensa cicatriz en el abdomen, cruzándole todo. Una muleta de madera, comprada y adaptada cerca al Hospital, arrastrando su cojera.

Su mujer lo abandonó, “*cojo inútil*”, le dijo. Sus dos hijos, se marcharon con ella, también.

En su abandono y soledad, Choquehuanca desempolvó su viejo cuaderno de nombres, direcciones y teléfonos. Ubicó a los obreros, que años atrás trabajaron con él, en las diferentes obras del Ingeniero Iturralde.

Se convirtió en “*El cholo Choquehuanca*”. El todopoderoso *cholo Choquehuanca*. El más temido jefe del sindicato de construcción civil en el Callao.

Adaptó a su muleta metálica. Ahora es un fusil adaptado, con seis balas de largo alcance.

Maneja información de las obras de construcción, de los dueños de las empresas y de los ingenieros de las obras. Tiene su red de contactos e informantes. Se ha vuelto poderoso.

Después de media hora de conversación telefónica, el canje se concretó.

- “*Hablando nos entendemos*” – eufórico, el cholo Choquehuanca.

- “*Si pues, como gente decente*” - desganado, el ingeniero Iturralde. La bella Sharon Iturralde Polter, demacrada y el cabello revuelto, después de treintaiséis horas de horror y terror, retorna a su casa en La Molina. Se abraza con “*su papi y su mami*”. Lloran.

- “Como estás mi cielo...te trataron bien” - preguntan- “Si papi...si mami” - contesta llorosa.

Presurosa sube a su dormitorio. Necesita urgente un baño que la refresque y le vuelva su calidez y candidez. Se desnuda e ingresa al *jacuzzi*. El agua le refresca su juvenil piel. Le hace mucho bien, la tranquiliza.

Han transcurrido horas de horas. Para Sharon, el ingeniero Iturralde y su mamá, una eternidad.

El cholo Choquehuanca y su sindicato, a partir de ahora, controlarán todas las obras que las empresas del Ingeniero Iturralde construyan dentro del país.

En seis meses, la hermosa Sharon se casará con Andresito, el hijo mayor del cholo Choquehuanca.

“Pronto seré míster Choquehuanca”, sonríe ganador.

Ojo por ojo, diente por diente; hija por hijo.

El ingeniero Iturralde y el cholo Choquehuanca, pronto, muy pronto, consuegros serán.

Negocios son negocios. Así, dicen.

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

“SOLO DAMOS PROTECCIÓN”:
UN BREVE ACERCAMIENTO A LA NARRATIVA
DE FRANSILES GALLARDO

Lo narré a través del Facebook y hoy lo vuelvo a contar, aquí. Hace algún tiempo (concretamente, a fines de setiembre del 2021, lo recuerdo porque fue entonces cuando lo conté), en el bus en que regresaba desde La Molina, después de ver unos asuntos en la Fiscalía Provincial Penal, compartí asiento con un arquitecto y empresario de la construcción, con quien me puse a conversar durante un largo rato.

Me habló de algunos importantes proyectos en los que había intervenido y de las dificultades y peligros que tuvo que sortear debido, especialmente, al asedio de delincuentes extorsionadores que, obviamente con amenazas exigían cupos; fueron pues, terribles las circunstancias que vivió. *“Y supongo que usted hizo algo para protegerse y no terminar siendo víctima fatal de esos malandrines”*, le dije. Así fue.

Contrató a una persona quien, durante algún tiempo, le proporcionó la seguridad que necesitaba, con gente experta en esos menesteres, que (creo que es obvio) eran *“maleados”*, gente del hampa. Me dio el nombre de ese sujeto. *“Caracho, qué chico es el mundo -le dije- ¡Yo conozco a ese tipo!”*. El arquitecto, que era un hombre de edad avanzada, me corrigió: *“No lo conoce; más bien, lo conoció”*. Efectivamente, debí haber hablado en pasado. El tipo que le dio seguridad solía presentarse como un bondadoso *“hermano evangélico”* y hasta llegó a fungir de empresario

televisivo, dirigiendo un canal de televisión por Internet, relacionándose con personajes conocidos de la farándula local, y era “*muy respetado*”.

Yo lo conocí, hace más o menos unos veinte años; cuando un amigo mío me pidió, que lo acompañara a una oficina en un edificio de cuatro pisos frente a una dependencia del Poder Judicial, en La Molina; y, según me enteré después, el tipo se había adueñado de ese edificio, sabe Dios cómo, arrebatándole a una señora de edad avanzada. Mi amigo me dijo que aquel hombre era una persona preocupada por trabajar en favor de la gente desocupada de Manchay y que le había pedido que formara parte del “sindicato” que estaba organizando.

Después de presentármelo, mi amigo le comentó que yo era poeta. “*Ah, qué interesante*”, dijo el tipo. “*¿Y por qué no se anima usted a colaborar con nosotros en asuntos culturales?*”, me preguntó, y agregó que mi amigo, había aceptado darle apoyo en el “*rubro de deportes*”. Le contesté que iba a pensarlo y que pronto tomaría una decisión al respecto. Finalmente, nos despedimos.

Cuando bajábamos, de frente y sin anestesia le dije a mi amigo: “*¿Y cómo diablos has terminado relacionándote con este tipo? Este es un delincuente. ¡Lo que él llama 'sindicato' no es más que una organización criminal de extorsionadores!*”.

Dije esto con plena seguridad, porque -mientras conversábamos- el personaje afirmó que el mentado “*sindicato de desocupados*”, con el cual habrían de “*gestionar*” trabajo para sus asociados, no iba a tener “*pierde*”, porque “*contamos con una batería brava*”; y al mencionar los nombres de los integrantes de esa “*batería brava*”, ¡bingo!, saltó - como era casi previsible- un nombre que resultó clave: el “*loco Aldo*” (que era un prontuariado delincuente peruano,

integrante de “*los destructores*”, una de las más peligrosas bandas del Callao).

Sorprendido, mi amigo comprendió todo y, felizmente, resolvió romper contacto definitivo con aquel pintoresco personaje dizque organizador de “*sindicatos*”, “*seguidor*” de Jehová, y que aparentaba ser una mansa paloma; yo, naturalmente, tampoco supe más de él hasta el día ese, del 2021, cuando conversé con el arquitecto y empresario, en el bus que nos traía desde La Molina.

¿Por qué he recordado esto?

Pues, porque acabo de leer unos bellos y también conmovedores relatos, en los que se aborda precisamente, el asunto de las extorsiones en la construcción civil, terrible situación a la que tienen que enfrentarse, casi cotidianamente, en Lima y provincias, los empresarios, ingenieros y trabajadores, dedicados a la hechura de puentes, edificios, colegios, carreteras, etc.

Son relatos, cada uno de ellos con un particular título y, en cierto modo, con autonomía propia, que -sin embargo- en conjunto conforman una verdadera novela, elaborada como una suerte de homenaje a aquellos hombres que usan casco blanco y que, como solemos decir coloquialmente y con acierto, “*se la juegan*” por el bienestar de los demás: los ingenieros, hombres preocupados “*del estar bien*”, como se dice en este libro. ¿Como se llama el conjunto de textos al que me refiero? Precisamente CASCOS BLANCOS.

Un libro que realmente hacía falta. Su autor: el poeta e ingeniero cajamarquino Fransiles Gallardo; autor también, de los trabajos narrativos Aguas arriba, Puka Yaku: Río de Sangre y Entre Dos Fuegos: Historias de Ingenieros; en poesía: 9 Nueves, Estremecido Gato

Montés, Arco Iris de Magdalena y Ventisca tu (des) amor; y el nutrido, meticuloso e integral estudio, acerca de la primera obra de ingeniería hidráulica en el Perú, Kumpy Mayu, construida hace 3500 años.

Los relatos de CASCOS BLANCOS están escritos con un lenguaje sencillo, directo, conversacional y ameno en el rico e impuro castellano del Perú.

A pesar de las situaciones dramáticas y extremadamente peligrosas de las que se ocupan y nos cuentan, no dejan de poner de manifiesto el oportuno y saludable toque de ironía y buen humor, que no es común, en la árida seriedad académica de otros autores.

Es que se trata de literatura, pues; y, como sabemos la literatura es el ejercicio de la libertad y, como tal, goza de la licencia, inalienable e insobornable, de - incluso- ponerle al mundo patas arriba; quiero decir, darle vuelta a todo: poner belleza donde hay fealdad, del dolor hacer brotar una sonrisa, darle una luz de esperanza al desfallecimiento, hacer que la vida sea más llevadera, darnos felicidad, y más, mucho más.

Y la escritura de Fransiles Gallardo es esto, sin lugar a duda: literatura del optimismo que nos dice que, a pesar de las peripecias y el caminar al filo de la navaja (es decir, los peligros), el trabajo de los ingenieros es y será exultante y siempre valioso. *“Los temporales, las ventiscas, las inclemencias, la incertidumbre, nada conmina, nada detiene”*, afirma el autor en una de las primeras páginas, como un canto de fe; y no hay error en tal afirmación.

Castellano impuro del Perú, dije, y lo reafirmo.

Aquí unas ilustrativas muestras. Esta que es una expresión trujillana: *“Nos aprimeraron esos pendejos”*; o sea, *“nos adelantaron”*. Díganme si no es un verbo lindo. O esta,

muy nuestra: “*Lo lornearon*”, cuyo significado es, dicho también popularmente, “*le hicieron el xonzo*”. Y esta que, aunque no es nuestra, es muy significativa y en gran medida se relaciona con el mundo del hampa: “*Por los alrededores han abierto bares y puticlubes al paso*” (antros nocturnos donde frecuentan mujeres de “la vida alegre”). O la que sigue: “*Mis chalecos están atentos ante cualquier agresivo movimiento*”; es decir, “*mis guardaespaldas*”; “*Fierros cortos y largos para parar y pechar las broncas*”: enfrentar y devolver las agresiones. “*Caminar rengo, rengo*”; o sea, cojeando. Bello y sugestivo el castellano nuestro, sin duda.

La literatura no es ni tiene que ser, precisamente, un testimonio, digamos, “*fotográfico*”, no es la constancia periodística, ni menos sociológica destinada a ofrecernos información fehaciente de la realidad; sin embargo, tiene la virtud de ayudarnos a conocerla en sus más increíbles, pintorescos y, también, sórdidos intersticios, a pesar de que su finalidad es básicamente estética. Lo constatamos en este libro.

No solo se trata de una suerte de denuncia y puesta en alerta respecto de hechos que deberían, si se quiere, escarapelarnos: la criminalidad cada vez más desalmada en nuestro medio, y los empresarios, profesionales y trabajadores expuestos diariamente al peligro; es, igualmente (y yo lo resalto de modo especial), un documento lingüístico de gran valor para investigadores interesados en lexicología.

Hablé del sentido del humor. Claro. En uno de los primeros relatos encontramos a un malandro (quiero decir, un delincuente) al que, “*por coincidencias de la vida*”, los policías -que no conocían su nombre real- le pusieron el apodo de “*Malocho*”. ¿Se imaginan a qué “*coincidencias de*

la vida” se hace referencia? A estas: “... cuando lo redujeron, le sacaron la mierda a golpes y le quebraron ocho huesos; estuvo ocho semanas hospitalizado y lo sentenciaron a ocho años de cárcel por agresión a ocho policías...”. Casi todo se junta allí: delincuencia, abuso policial, drama, hilarante imaginación.

Pero el libro, también da cuenta del humor cínico que brota de la creatividad perversa de la gente de los bajos fondos, como esta desbarrancada explicación que da un delincuente: “*Dicen que extorsionamos, ingeniero; eso no es cierto. Solo damos protección*”.

Desvergonzada y cruel protección. ¿Protección frente a qué peligros? A los que los mismos “protectores” generan; en otras palabras: “*Si no cumples con lo que exigimos, te atienes a las consecuencias*”. Amedrentamiento sin asco. Lo dice un personaje, en el libro: “*Amedrentar a los ingenieros es fácil, los llamas por teléfono y les dices que conoces a su mujer, a sus hijos, dónde estudian, qué hacen, etc., etc.*”; “*a los gerentes, igual: les metes miedo y si se ponen machos, les dejas una corona de flores con una tarjeta en la puerta de su casa, y asunto arreglado*”. Tenebroso, realmente.

Pero el crimen no solo atenta contra la integridad de los demás; también convierte en víctimas a su propia gente; casi siempre, a través de lo que se conoce como “*ajuste de cuentas*”, que son asesinatos por venganza, debido al incumplimiento de algún compromiso o deuda o porque, como se dice en el mundo del hampa, “*lo cerraron con un billete*”; o en enfrentamientos entre bandas, como ocurrió con el evangélico extorsionador, que en el libro aparece como fundador del grupo sindical llamado “*los desocupados de Villa El Salvador*”: “... hace dos días se enfrentó a balazos, pedradas y palazos con los integrantes del sindicato de construcción civil de Pachacamac” y, como era de esperarse,

terminó muerto. Es que *“El crimen no perdona, dicen. Dios tampoco...”*.

No sé si el tipo, al que me referí al principio de esta nota -aquel que hablaba de la *“batería brava”* con que contaba su *“sindicato”*- sabía que *“el crimen no perdona”*, pero lo cierto es que, como el evangélico de la narración, también terminó asesinado, pero aparentemente, en un *“ajuste de cuentas”*.

Es lo que me contó el arquitecto y empresario, con el que conversé después de haber salido de la Fiscalía Provincial Penal de La Molina (y eso es por lo que me indicó que, al mencionar al personaje en cuestión, debía hacerlo en pasado); su muerte, según me dijo, ocurrió el año 2018, y su cadáver, con uno de los brazos seccionado, apareció abandonado cerca del río Lurín, en Pachacamac: evidentemente, sus victimarios se encarnizaron con él.

Las historias de los veintitrés relatos que conforman este libro, corresponden a hechos más o menos similares al que acabo de aludir, y son contadas con el encanto de la rudeza y la belleza de lo hosco, es decir, directamente: con el lenguaje de la calle, para ser leídas con fruición, deleite y asombro.

Debo decir, finalmente, que estoy convencido que CASCOS BLANCOS -prácticamente, una novela- es literatura indispensable, valiosa y saludable, que yo celebro sin reservas y con entusiasmo y placer. Es, repito: un libro que hacía falta.

Bernardo Rafael Álvarez
Abogado, Escritor
Lima, 2 de mayo del 2023

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL

CONTENIDO

Presentación

Ing. María del Carmen Ponce Mejía

Decana Nacional del Colegio de Ingenieros del Perú/ 13

Los extorsionadores de construcción civil y los cascos blancos.

Mg. Ing. Edwin Chávarri Carahuatay / 15

1. Malocho/ 19
2. Una mano, esa mano/ 25
3. Cevichito de a dos soles/ 31
4. Ex obreros, los rivales/ 41
5. La Fiore/ 51
6. Cánepa/ 61
7. Cojo Belisario/ 71
8. Comando/ 79
9. Negado ingeniero/ 87
10. Salva/ 93
11. Sobre manila/ 99
12. Casco trofeo/ 107
13. Arreglo floral/ 111
14. Cerebro/ 119
15. Planificadores/ 125
16. Telefoneando/ 129

17. Paleta de madera/ 135
18. Un día de chamba/ 143
19. Cholo ciego/ 151
20. Evangélico/ 159
21. Peso pesado/ 163
22. De Aragua, el tren/ 169
23. Consuegros/ 173

*“Solo damos protección”: Un breve acercamiento
a la narrativa de Fransiles Gallardo.*
Bernardo Rafael Álvarez / 187

ARCHIVO SOLO PARA VISUALIZACIÓN DIGITAL



COLEGIO DE INGENIEROS DEL PERÚ

Av. Arequipa 4947, Miraflores

Telf. 445-6540/446-6997

www.cip.org.pe

ISBN: 978-612-49148-6-7



9 786124 191486 7

CASCOS BLANCOS